

INSTITUCION GRAN DUQUE DE ALBA
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE AVILA

JUAN GARCIA DAMAS

SANGRE EN LA TIERRA

* * *

PARAMERA



e de Alba
-32

COLECCION TELAR DE YEPES

CURRICULUM VITAE

JUAN GARICA DAMAS

nació en Jamilena (Jaén), el 28 de abril de 1915. Estudió el Bachillerato en Madrid, Instituto "Cardenal Cisneros", y Magisterio en Avila; Lengua y Literatura francesas en las Universidades de Madrid (Escuela Central de Idiomas), París (Sorbona) y Aix-en-Provence.

Ha ejercido la docencia como profesor de Francés en el Instituto de E. Media, en el Instituto Politécnico, Colegio Diocesano y otros centros de enseñanza del Bachillerato.

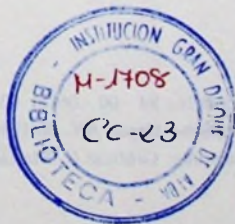
Con la excepción de un cuento premiado y publicado en la revista "Moros y Cristianos", de Villajoyosa, en 1967, es ésta su primera obra que ve la luz en letras de molde.

JUAN GARCIA DAMAS

SANGRE EN LA TIERRA

* * *

PARAMERA



CONSEJO DE REDACCION:

Carmelo Luis López (Director).

Jacinto Herrero Esteban.

José M.ª Muñoz Quirós.

Luis Garcinuño González (Secretario).

I.S.B.N.: 84 - 00 - 06171 - 3

Depósito Legal: AV. 50-1986

Imprime: Gráficas C. Martín, S.A. - Pol. Ind. Las Hervencias - AVILA

SANGRE EN LA TIERRA

**Narración basada en la leyenda
medieval abulense del
REY NALVILLOS**

JUAN GARCIA DAMAS

SANGRE EN LA TIERRA

Narración basada en la leyenda
medieval sobre el
rey NIVILIOS



Institución Gran Duque de Alba

JUAN GARCÍA GARCÍA

Dedico esta narración, basada en una leyenda medieval abulense, a Julia Rodríguez Jiménez, mi esposa.



Institución Gran Duque de Alba

La tosca aguja de hierro del reloj de sol proyectaba su sombra sobre la hendidura de la piedra que señalaba las once de la mañana. El sol estaba alto y el cielo azul aquel día veinticinco de mayo de mil ochenta y cinco, que Jezmin Yahia no iba a olvidar ya nunca. Una primavera prematura se había enseñoreado de la ciudad y del campo, en el verde de los frutales y de la huerta, en los álamos y acacias de los caminos, en los trigales de la vega. Repuntaba el amarillo en los campos de centeno y de cebada.

Jezmin Yahia vagaba por el jardín entre rosales y mirtos, bojes y alhelies, dompedros y albahacas, penetrado de aromas y embriagado de colores. Y el mozo, a sus veinte años, encontraba que la vida era hermosa. Si, la vida era hermosa allí, en Toledo, a orillas del Tajo, en aquella mansión que Alá todopoderoso y munificente les había dado. Ese día, no obstante, Jezmin se hallaba contrariado e iba algo mustio de un lado para otro buscando la sombra de los árboles y el cobijo de los setos, con el propósito de burlar la vigilancia de Al-Menón, su tío, que sentado bajo el follaje tupido de una morera blanca leía versículos del Alcorán. Al-Menón era un anciano venerable de plateada barba, que había cosechado glorias y acrecentado sus bienes en algaradas y guerras contra los cristianos y, las más de las veces, contra sus propios hermanos en la fe musulmana. Su cuerpo estaba cubierto de alforzas debidas, ya a la espada cristiana, ya al alfanje moruno. Al-Menón estaba considerado, entre los suyos, como el más docto y sabio alfaquí. Sin embargo, para su sobrino, en los últimos tiempos, había perdido todos sus méritos y sólo veía en él una especie de insoportable tirano que no encontraba más que prohibiciones en la sagrada Ley del Profeta. Tirano hasta tal punto, que había logrado suscitar en

Jezmin un odio feroz hacia él, precisamente a causa de las muchas prohibiciones y advertencias que, a cada momento, le hacía y que el impetuoso joven se sentía inclinado a desobedecer. Solamente Alá conocía los esfuerzos que le costaba no rebelarse y mostrarse aparentemente sumiso a los mandatos e imposiciones del viejo tío, al que la edad había llenado de alifafes. Todo, con motivo de su prima, Aja Galiana, que le estaba destinada para esposa, junto a la que había sido criado y educado, y a la que ahora amaba apasionadamente, con el ardor propio de la juventud, en un descendiente del Profeta. (Jezmin estaba convencido de que por sus venas corría la sangre de Mahoma y la de sus descendientes, los Califas que en el mundo habían sido.)

Durante los meses de marzo, abril y el mismo mayo (el moro contaba por lunas), Al-Menón llevó a cabo mejoras y reparaciones en la alberca, limpiándola de lodo y yerbajos y, cubierta la venerable cabeza con el almaizal, se cuidaba de dirigir en persona las obras y los trabajos de limpieza de acequias y baños. Hortelanos, jardineros y alarifes, trabajaron dos meses largos.

—¿Sabes para qué es tanta obra? —preguntó Aja Galiana a Jezmin.

—No.

—Es aquí adonde me voy a bañar en el verano.

—Yo, también. Nos bañaremos los dos —repuso Jezmin muy serio.

Aja Galiana rió mucho, con una risa que parecía una música, los brazos cruzados bajo los núbiles senos, entre el tintineo de las ajorcas de oro de sus muñecas. En el rostro de luz de luna de Aja Galiana el providente Alá había derramado con largueza las gracias todas de la tierra y del cielo: la delicadeza del nardo en el marfil de la piel, el rubí en el rojo de la boca, el aljofar menudo en el blancor de los dientes y el penetrante aroma del jazmin en su frágil persona. Reía la muchacha y Jezmin, encandilado por los entornados ojos de su prima, pensaba que entre todas las huries del profeta jamás hubo mujercita tan bella. Más que la risa, la mirada larga, velada por las pestañas, le turbaba.

—No puedes —dijo ella dejando de reír con un asomo de picardía.

—¿Por qué?

—Lo prohíben la Ley y Al-Menón.

La alberca estaba rodeada de higueras, nogales, moreras y sauces, oculta en un macizo de verdor. Estaba alicatada con alizares de Talavera y cuando

Al-Menón mandó sangrar el aljibe, el agua la llenó. Allí, desde hacía unos días, se bañaba Aja Galiana guardada por sus esclavas. Jezmín, el enamorado Jezmín, escalaba tejados y terrazas, se asomaba a los ajimeces al atisbo de su amada, con el propósito de verla desnuda. Pero no se lograban sus sucios deseos. Porque él mismo se daba cuenta de que sus deseos eran sucios, de que con sus actos infringía los sagrados preceptos de la Ley coránica y desoía los sabios y saludables consejos de Al-Menón. Y, aun reconociendo su falta, su nada edificante y sí muy reprobable conducta, persistía en ella con un apasionamiento y un tesón que no excusaba su juventud, y menos la elevación de su origen.

Ese día veinticinco de mayo, Jezmín Yahia intentaba burlar la vigilancia con que se rodeaba el rito secreto del baño de Aja Galiana. Merodeaba por el jardín al acecho de la oportunidad y, ocultándose tras los arbustos, a lo largo de los setos de aligustre y mirto, llegó hasta la tapia que separaba el jardín de la huerta. A través de la enramada pudo ver a la joven flotando deliciosamente en el agua. Se zambullía, emergía y volvía a flotar boca arriba, con los brazos extendidos. Quedó aturdido, fascinado por el cuadro. Cuando más absorto, maravillado y ciego estaba en la contemplación del objeto de su amor, resonó a sus espaldas, y en la calle, un bullicioso rumor de voces, una tremenda algarabía. Alarmada, la muchacha salía del agua y sus esclavas la cubrían con un albornoz. Jezmín se deslizó rápido temiendo haber sido advertido y el peor de los castigos. El peor de los castigos para él era ser separado de su prima.

Todo el alboroto —Jezmín lo supo algunos minutos después—, se debía a que el rey de Castilla y León, Alfonso VI, efectuaba su entrada triunfal en la ciudad.

Por razones políticas, económicas y personales, Alfonso VI era amigo de Al-Menón, con quien tenía concertados acuerdos secretos en beneficio de ambas partes. En virtud de esos tratos, Al-Menón había favorecido en el reino de su hermano Al-Mamún la causa del cristiano rey de Castilla y éste, en compensación, le otorgaba amplios y ricos territorios en Talavera, pertenecientes a musulmanes notables cuyos nombres figuraban en una lista negra. Para Alfonso VI estas concesiones no eran un problema de conciencia, puesto que le daba algo que no tenía y que, por añadidura, no era suyo. Para Al-Menón

tampoco había problemas morales. El reino de Toledo se desmoronaba a causa de las luchas intestinas, de las rivalidades soterradas, de las ambiciones desmesuradas de poder y de riqueza de los más favorecidos por el trono, ambiciones que nunca se sentían saciadas. Y, sobre todo, por el relajamiento de las costumbres y de la moral pública y el menosprecio de la Ley divina. Que la justicia de Alá cayera sobre la cabeza de los culpables, aunque fuera de la mano de los cristianos. El, por su parte, no sólo mantendría su posición y privilegios en la hecatombe que maquinaba contra sus hermanos de raza y religión, sino que saldría de ella más rico y poderoso con los bienes de los desposeídos musulmanes. A los esclavos y siervos poco les iba en la cuestión, si no era la vida, ya que se limitaban a cambiar de señor. Pero el anciano y sabio alfaquí no pudo gozar largo tiempo de la posesión de sus nuevos territorios. Alá lo llamó a los cielos para que rindiera cuentas de sus actos en la tierra, y de su particular interpretación de los versículos del Corán. A la hora de la muerte encomendó hija y sobrino a la protección de su amigo Alfonso, que se comprometió a dispensársela y le juró por el Dios de los cristianos, que así lo haría siempre.

Jezmín Yahia, bien plantado, de aire resuelto, inteligente y apasionado, causó magnífica impresión en el monarca. Era aquél un morito con prendas personales, del que cabía sacar buen partido. También le gustó Aja Galiana. De verdad que la mora era bonita. Pero —torció el gesto una vez que la muchacha hubo salido— era demasiado bonita para permanecer en una corte trashumante, rodeada de caballeros con especiales ideas acerca de las moras y, entre los cuales —el rey lo reconocía con el corazón desolado—, los había verdaderos bellacos. Tampoco podía él convertirse en el ángel de la guarda de una morita, por bella que fuese, y había que reconocer que la mozuela lo era. Y, acompañada por su dueña, cuatro damas, cuarenta caballeros cristianos de probado pundonor y treinta jinetes árabes, la envió a Avila, a su hija doña Urraca, esposa de Raimundo de Borgoña, con carta para éste a fin de que “cuidase a la dama mora et ficiese que la señora infanta la oviese amor, ca en facerlo tal le faria mucho placer”.

Jezmín Yahia y Aja Galiana se separaron con una escena tal de desespero y dolor, que logró enternecer a los curtidos caballeros castellanos y leoneses y a

los no menos empedernidos moros. Llorando, se hicieron promesas de fidelidad y amor eternos.

Jezmin Yahia, durante días, lloró amargamente, con una pena honda a la que no podía sobreponerse. Cuando tuvo ánimos para reflexionar con calma, pensó que el día 25 de mayo, día en que, por única vez, furtivamente, había visto a su prima desnuda en la alberca, el rey había hecho su entrada triunfal en Toledo, justo en aquel mismo instante. Entonces creyó que el castigo que, por desconocer su falta, no le había venido de Al-Menón, le llegaba ahora por decisión real, por otras razones que se le ocultaban. Y así, veía ahora claro, como a la luz del sol veía desde la terraza los frutales de la huerta, que su acción no quedaba sin castigo. Allí, mientras contemplaba las filas de albaricqueros, duraznos, alberchigueros, perales, manzanos, ciruelos, cerezos y melocotoneros, comprendía que Alá era grande, que sus ojos eran inmensos y lo veían todo desde la altura, y que, por designio de Alá, la expiación del pecado llegaba por los caminos rectos o por los vericuetos más inverosímiles y retorcidos.

Aja Galiana no pensaba en castigos ni penas expiatorias. Admitía las decisiones de Alá, que se le transmitían por medio del monarca cristiano y las aceptaba con la humildad de las hijas del Profeta. Pero su corazón se quedaba en Toledo, junto al corazón gemelo de Jezmin Yahia, del que, en su interior, no se consideraba separada para siempre. "Alá es grande y el mundo es un pañuelo" —se decía. Ya en el llano, contempló asombrada una muralla enorme que corría de saliente a poniente, una muralla ciclópea, azulada, envuelta en neblina gris.

—¿Qué es? —preguntó.

—Es Gredos —le respondieron.

—¿Cae muy lejos Avila?

—Muy lejos. Dos días de camino, con la impedimenta. Hay que pasar la montaña.

Aja Galiana ocultó sus lágrimas echándose el albengala sobre la cara. ¿Podría su amado Jezmin, alguna vez, cruzar aquella imponente barrera?

La comitiva, mandada por Fernando de Lago, llegó a Avila un atardecer del verano caluroso, y una multitud curiosa de chiquillos, albañiles que traba-

jaban en la construcción de la muralla, mendigos y desocupados, se alineó en la orilla del Adaja para presenciar el paso del vistoso cortejo. Algunas mujeres, sentadas en la sombra, con la cabeza del hijo en el halda, se ocupaban de despiojarlos. “Lo mismo que en Toledo”, pensó. Entre estas gentes de la condición más varia, se hallaban algunos jóvenes que se distinguían del resto por la calidad de sus vestidos y la gallardía en la apostura. Uno de éstos, llamado Nalvillos, quedó deslumbrado ante la belleza de la mora, de cuyo rostro no despegaba los ojos. La joven sintió el fluir de la insistente mirada, como si la taladrara y se volvió para ver unos ojos grises clavados en ella, un mozo rubio y un rostro perlado de sudor.

—Es guapa la mora —dijo uno a Nalvillos.

Este giró la cabeza bruscamente, como si le hubieran pinchado, y le miró con ira. Le habría fulminado.

—No te enfades —le dijo el otro. Te la estabas comiendo con los ojos.

Nalvillos no dijo nada: le volvió la espalda y entró en las calles pinas de la ciudad, maravillado de que existieran moras tan bellas, tan delicadas y con tanta gracia.

Dos días después, Aja Galiana, bañado el rostro en lágrimas, despedía a sus jinetes árabes en el patio del alcázar. A Nalvillos, que presenciaba la escena disimulado en un rincón, las lágrimas que resbalaban por las mejillas de la morita le parecían hilos de aljófares. Porque era así, él lo sabía, como llamaban los moros a las perlas pequeñas. Los guerreros musulmanes, por su parte, se despedían con grandes alharacas de pesar y “movieron gran planto”.

Aja Galiana conservó sus cuatro doncellas y algunos donceles de su raza y fe. Bajo la protección de la infanta, la morita habría vivido feliz sin el recuerdo de Jezmín, de sus jardines, de sus baños y sin el almibarado veneno de la envidia de algunas damas cristianas, que en tal sentimiento habían trocado el de amistad y aprecio que le manifestaron en los días que siguieron al de su llegada. Las había deslumbrado con la belleza y sencillez de su persona y con la riqueza de sus vestidos y alhajas. Pero a una dama bella lo que más le molesta, lo que más detestable le resulta en el mundo, es otra dama que sea más bella que ella. Y no faltaban motivos para que Aja Galiana, a pesar de su inocencia, se atrajera la malquerencia y hostilidad de otras damas que se sentían pos-

tergadas en los galanteos. Los jóvenes caballeretes preferían a la mora, casi reclusa, por aquello de que lo extraño y lo de fuera es siempre lo mejor, y por la fama de que gozaban las hijas del Profeta. Entre las jóvenes damas que frecuentaban la mansión de la infanta, Aja Galiana se encontraba tan cómoda como en un lecho de aliagas.

Ocupábanse el conde y doña Urraca en repoblar las ciudades de Salamanca, Segovia y otras, con gentes traídas de Asturias, Galicia, León y otros dominios del norte, cuando el de Borgoña fue nombrado conde de Galicia. Nalvillos, hijo del gobernador de Avila, Jimeno Blázquez, que ardía en deseos de acercarse a la mora, instó a su padre para que hablase al conde y éste le tomara a su servicio. Así lo hizo Jimeno, aprovechando la oportunidad de que los condes pasaban por Avila. Con ellos se llevaron a Aja Galiana, acompañada de sus damas y donceles y a Nalvillos, que durante el viaje no desaprovechó ocasión para mostrarle su rendimiento. Nalvillos se las prometía felices. Estaba en camino, pensaba él, de probar su valer, de hacer fortuna y de conseguir el amor de la mora. Era orgulloso, tenaz y valiente, y don Raimundo halló ocasión para ponerle a prueba en limitadas acciones de guerra, en las que Nalvillos adquirió cierta celebridad por su valor y prendas personales.

Jezmín Yahia, por su parte, había dejado Toledo y residía en Talavera, obsesionado por el recuerdo de su prima. Siempre se le representaba como la última vez que habían hablado, con los aladares cayéndole a ambos lados de la cara, los aterciopelados ojos arrasados por las lágrimas. Para distraer su pena, paseaba Jezmín por los alfalfares y las huertas durante las horas de la mañana, o bien se iba por los talleres de los alfareros para ver salir de las manos de los artesanos toda clase de vasijas: cántaros, fuentes, lebrillos, orzas, jarras... de las formas más variadas y elegantes, desde las porosas a las vidriadas, en colores que eran verdaderas obras de arte. Otras veces permanecía en su palacio postrado, víctima de terribles jaquecas.

Tenía Jezmín al frente de sus haciendas a hombres entendidos en cuestiones agrícolas, regadíos y cría de caballos. Grandes ruedas de madera, de seis varas de diámetro, montadas al borde del Tajo, giraban y giraban con ensordecedor estrépito de crujidos y lamentos y sacaban en sus cangilones el agua que, distribuida por canales y acequias, regaba sus campos. Permanecía horas

enteras tendido bajo las mimbreras, viendo girar la rueda de la noria, impulsada por la corriente, que de esa manera, se sangraba a sí misma, el chorrear y verterse de los cangilones. Y se maravillaba de la grandeza de Alá, que había sabido dar a los hombres la capacidad de pensar, crear y hacer, de transformar su pensamiento en cosas materiales. En otras ocasiones era el caz del molino lo que atraía su atención: el agua movía las muelas transformando su caída en un movimiento de rotación y, después de un breve desvío, volvía apaciblemente al río para seguir su curso, realizar nuevos trabajos y, por último, morir en el mar. Y, en su divagar, encontraba Jezmin cierta similitud entre el fluir, correr y morir del río y la existencia humana.

Habían pasado dos años y el tiempo que todo lo consume no había extinguido el amor de Jezmin que, en la noche bochornosa distraía su insomnio jugando al ajedrez con uno de sus servidores. Retumbante y sonoro, llegó hasta sus oídos, en el aire quieto, a través de puertas, pasillos y estancias, el golpe del pesado aldabón, por tres veces repetido.

—¿Qué aldabonazos tan desaforados son esos? —preguntó Jezmin a su servidor con severidad.

—Llaman —repuso éste.

—Mira quién es y no abras si no son gente de pez o vienen de parte del rey cristiano.

El servidor encendió un candil en una de las mechas del candelabro y fue hasta la puerta.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy Ben-Ali y traigo un mensaje de Aja Galiana para Jezmin Yahia.

El servidor, desconfiado, aun creyendo haber reconocido la voz, abrió el ventanillo. No eran tiempos aquellos para fiarse de nadie, y menos a aquellas horas de la noche. Percatado de que no le engañaban, tiró del cerrojo, levantó retrancas y giró llaves. El mensajero, desarmado, entró. Su aljuba estaba destrozada, el resto de sus vestidos era puro harapo y tenía el aspecto famélico.

—Pareces un pordiosero.

—Ya. Llévame con Jezmin Yahia.

Le entregó la carta que Aja Galiana le había encomendado. Jezmin, tembloroso, inició la lectura de pie, a la luz del candelabro:

“Pronto hará dos años, mi querido Jezmín, que salí de Toledo y, aunque dicen que uno se acostumbra a todo, y en parte no les falta razón, la verdad es que a mí me cuesta creerlo. Como desde el día de nuestra separación, como desde el instante de mi llegada a Avila, ahora, en Galicia, cuando estoy sola, recorro de un extremo a otro mi habitación, desesperada, y mis ojos, en los que tantas veces te has mirado como en el agua clara, profunda y fresca de los aljibes, que te han mirado sin cansarse nunca, encontrando en ti su mayor deleite, mis ojos, digo, no han dejado de verter lágrimas, tantas lágrimas que bastarían para llenar de agua salada y amarga el aljibe que recoge el agua dulce de las lluvias en nuestra casa, la casa de mi difunto padre Al-Menón, que Alá tenga en el cielo. Estoy descentrada, sola, aislada en un país extraño. ¿Qué quieres que haga, en esta situación, una mujer enamorada que te adora, sino recordarte y llorar? Estaba tan acostumbrada a verte, a tenerte a mi vera, a recibir las pruebas de tu ternura, de tu inocente y dulce amor, del que tantas venturas esperaba en un porvenir no lejano... Yo te había dado mi cariño, mi corazón todo, había puesto en ti todas las ilusiones de mi vida, todo me parecía risueño, del color de las rosas de nuestro jardín. Ahora, todo se ha derrumbado y estoy en esta Galicia envuelta en lluvias y brumas, tan distinta de nuestro querido y luminoso Toledo. Aun Avila, con su luz fascinante, con su valle y con los picos de las montañas, con sus aristas, con su río, con sus gentes afanosas que levantan murallas y templos, con sus castellanos, moros y judíos, aunque sin comparación posible, me recordaba nuestro Toledo.

La lluvia, que en Toledo recibíamos alborozados, como una bendición de Alá, aquí es constante —llueve un día tras otro, sin parar—, acaba por convertirse en una pesadilla. La atmósfera está siempre rayada como por los hilos de un inmenso telar gris. Te confieso que todo es triste, muy triste, que mi melancolía es infinita y que, a veces, preferiría vivir en un serrallo, esclava, bajo la mirada atroz de negros y malvados eunucos. Hasta el habla de los cristianos de este país es triste, como triste es su poesía, las cantigas de sus trovadores y cantadeiras. En este ambiente intento aislarme (lo que no es difícil entre gentes tan austeras y graves como las de la corte de la infanta) y entonces doy rienda suelta a mi nostalgia. Entonces pienso que tú, incapaz de soportar por más tiempo esta penosa separación, vas a emprender un largo viaje, atrevesando

rios, montañas y llanos por tierras cristianas, para venir en mi busca y llevarme contigo a lomos de tu corcel, a tierras de musulmanes.

Para complacer a la infanta doña Urraca, hija del rey, nuestro amigo y protector tuyo, que es toda dulzura y bondad para conmigo, yo trato de esconder mi profundo dolor que, por permanecer secreto, es aun más intenso. Hoy me parece que, a medida que he ido adentrándome en la tierra de los profanos, en su vida y costumbres, me he ido sintiendo cada vez más profana. Que Alá sea misericordioso con su pobre esclava y no le tenga en cuenta, en su hora final, ni a lo largo de su vida, sus muchas flaquezas. Porque mis flaquezas, Jezmin, han sido grandes y mucho me temo que si Alá y tú no venís en mi ayuda, continúe deslizándome por la peligrosa pendiente en que me hallo. Figúrate, amado mio, que hasta he llegado a comer la carne de una pata y de los lomos del animal inmundo y —comprendo tu horror, oh hermano— la he hallado un manjar exquisito. Yo misma me horrorizo, pero me tranquiliza un poco el que esa carne haya sido curada —purificada— por la sal y ahumada al fuego, que ahuyenta los malos espíritus.

Otra cosa que echo de menos en estas tierras son nuestros baños tibios y perfumados y, muy especialmente, los días deliciosos de la alberca en que, rodeada por mis esclavas, sentía sobre mi cuerpo la caricia del agua y de los rayos del sol filtrados por la enramada. Ni siquiera la infanta, mi protectora, con ser tan alto su rango, se baña; tan en poco aprecio tienen su cuerpo las damas cristianas y tan poco se lavan que, a veces, exhalan tufaradas irresistibles. Y de sus hábitos, de sus costumbres, de su vida social, ¿qué decirte? Les dedicaré sólo unas líneas para que comprendas mi vida y halles justificados mis actos, aunque yo solamente quisiera hablarte de mi pena y de la inmensidad de mi amor, de un amor de cuya abnegación y entrega sólo saben las hijas del Profeta. Porque lo que es las damas cristianas... Dicen que el rey es como si tuviera un harén en el que cada concubina viviera en la casa de sus padres o en la de su esposo. Así tiene la ventaja de no estar asediado y de no tener que sostener grandes gastos.

Aquí, en Galicia, en León y en la Castilla toda, existen monasterios, casas muy grandes, como alcázares, con muchas dependencias y huerta, que están

habitados por una especie de derviches que llaman monjes, y que son los hombres de mayor saber de todos los reinos cristianos, que son muchos. En esos monasterios hay grandes habitaciones que nada más sirven para trabajar en ellas. En el trabajo de los oficios, los monjes se han especializado de tal manera que yo creo que sus métodos deberían tomarse como modelo.

Hay en esos monasterios grandes salas llamadas scriptoria, donde trabajan copistas, hombres cuyo oficio es escribir; miniatores, que pintan; antiquarii, hábiles en caligrafía; scriptores, ayudantes de los antiquarii y rubricadores, que hacen letras con adornos. Todos ellos trabajan en la reproducción de libros antiguos y lo curioso del caso es que, hacen muchas copias al mismo tiempo, y que el mismo manuscrito pasa por todas esas manos. Pero no creas que en los monasterios trabajan sólo los monjes: los laicos también lo hacen, a sueldo, y los hay que incluso se llevan el trabajo para hacerlo en sus propias casas.

Pues bien, uno de esos derviches o monjes ha sido encargado de mi educación. Su tarea es enseñarme la escritura de la lengua castellana y adoctrinarme en el Dios de los cristianos, con el estudio de los Evangelios. Es hombre de gran paciencia y mucha piedad y sabiduría. En ocasiones emplea palabras que no entiendo. Colijo de sus lecciones que no existe gran diferencia entre Alá y el Dios de los cristianos y, algunas veces, se me ocurre pensar, por algunos de sus atributos, que son uno mismo. Pero lo que me desconcierta y no llego a comprender son unos llamados misterios, que son dogmas, y en la interpretación de los cuales los cristianos hilan muy fino.

Por otra parte, la antigua nobleza, a la que pertenecen el rey, la infanta y su esposo, se debilita. Parece que, con el tiempo, y a causa principalmente de las guerras que vienen sosteniendo contra los reinos musulmanes y de las luchas que sostienen entre sí, los miembros de esta nobleza antigua se han visto muy reducidos y se apoyan en la institución profesional de los caballeros, guerreros profesionales salidos de los ministeriales, es decir, escuderos, palafreros y otras gentes de la condición más varia. Estos caballeros, como pago a sus servicios, reciben feudos de sus señores y se convierten en una clase hereditaria, en una nobleza de segunda fila. Pero estos caballeros son mucho más puntillosos en materia de honor, de casta y de etiqueta, que sus señores, los anti-

guos nobles, que son los únicos que, legítimamente, pueden aspirar a la corona. Algo parecido a lo que sucede entre nosotros.

Uno de estos caballeros, gallardo si los hay, llamado Nalvillos, bebe los vientos por mí. Sé que esta confesión va a ser un tremendo alfiler clavado en tus entresijos más sensibles, pero prefiero hacerte daño y que estés enterado de todo lo que me concierne, a fin de ponerle remedio, si es posible, a permanecer callada e inactiva en un silencio que me haría culpable a tus ojos. El caballero Nalvillos, que me tiene asediada, es osado, hábil, tenaz y rudo en el combate. Goza de la estimación de don Raimundo y de doña Urraca, tiene fondos propios a pesar de su juventud, a los que temo se incorporen mis posesiones del señorío de Talavera, si continúa mostrándose tan porfiado, en lo que toca a mi persona, como lo viene haciendo desde el día mismo en que entré bajo la protección de los condes. Te juro por Alá, cuyos ojos son grandes y todo lo ven, que te permanezco fiel, que mi corazón es tuyo y lo será siempre, que jamás ha alentado la pasión del caballero con un gesto, una palabra o una mirada, aunque a veces me sienta complacida por su fogoso rendimiento y su impetuosidad, que juzgo capaces de romper todas las barreras, de las que mi frialdad ostensible hacia él no es la más pequeña.

Así y todo, temo; mi temor se acrecienta de día en día. Doña Urraca quiere que me convierta al cristianismo. Dice que ahora que conozco la doctrina me condenaría yo misma si no me hiciera cristiana, y en las mismas razones abunda, aunque con más profundo y amplio saber, mi preceptor y adoctrinador. Estoy enterada de que Nalvillos anda de por medio y creo que este enamorado caballero tiene tanto interés por la salvación de mi alma y por conseguir mis dominios de Talavera, como por la posesión de mi cuerpo y persona que sólo a ti, hermano, están destinados.

No ignoro cuánto te va a doler la lectura de esta carta, pero yo no sufro menos al escribirla y puedes creer que he dudado mucho, que he pensado mucho antes de ponerme a ello. Bien saben Alá y el Dios de los cristianos, con qué terror les he pedido por partes iguales, que Nalvillos desvie de mí su atención y la fije en otra de las muchas damas cristianas que por él suspiran. Muy sabido me tengo que ha rechazado a una de gran hermosura y prendas,

haciéndole desaire, así como desobediencia a sus padres que, queriéndola por nuera, la han casado con otro hijo, hermano de Nalvillos.

Fatimilla es mi consejera y amiga fiel. A ella le cuento mis penas y cuidados y no ha dejado de aconsejarme para que te escriba. Ella ha conseguido salvoconducto para Ben-Ali, nuestro leal servidor y portador de esta carta, en la que pongo todo mi amor y la esperanza de nuestra dicha en común. Salud, hermano. Que Alá me sea benévolo y derrame sobre ti sus bendiciones, como tú me llenas el corazón.

En Galicia...''.

A medida que avanzaba en la lectura, a Jezmin Yahia le cambiaba la color. El gozo, bien lo veían los servidores, se tornaba en hiel; la emoción primera, en una calma fría y temible.

—¿Cómo has tardado cuatro meses desde Galicia hasta aquí? —le preguntó con una tranquilidad que desmentía la chispa homicida del mirar—. Y le tiró tal golpe de alfanje que Ben-Ali, ya preparado —en ello le iba el cuello— eludió de un salto.

El otro servidor logró contenerle:

—Déjale hablar, señor. ¿No ves como llega? Si después de haberle oído juzgas que merece tu castigo, no será tu servidor fiel quien trate de impedirlo, y que la hoja de tu alfanje caiga sobre su cabeza.

—Bien —dijo Jezmin respirando hondo—. Qúitalo de mi presencia. Dale de comer y, vestido y limpio, lo traes a mi presencia para que se explique.

Ben-Ali comió albóndigas de cordero, bien cargadas de especias, alcaparras y pepinos en vinagre, cebollas y, como postre, dulce de alcorza. Luego se aseó y vistió. Mientras tanto, tendido en un lecho de almohadas y cojines, Jezmin leía y releía la carta, con las entrañas comidas por la rabia, la desesperación y los celos. Al fin, con aire ausente, escuchó el relato del mensajero.

En las montañas de León, Ben-Ali había sido atacado por un grupo de siervos de la gleba, huidos del feudo de sus señores por temor al castigo inexorable que merecían sus fechorías. Transformados en bandidos, estos siervos cayeron sobre él por sorpresa en una angostura, armados con hoces, azadas, palos y almocafres. No le dieron tiempo para defenderse; le golpearon hasta dejarlo por muerto y le robaron el caballo, armas, dinero y vestidos. Menos

mal que la carta —por no saber leer o por no entenderla por estar escrita en lengua árabe—, la dejaron junto a su cuerpo. Fue recogido, casi sin vida, por una pastora serrana que apacentaba un rebaño de ovejas y cabras. Ella le ocultó en una cueva, le llevó paja en que dormir y vestido con que cubrirse, le curó con emplastes, cataplasmas y jugos de yerbas medicinales en las que era experimentada, y le alimentó con pan de cebada y leche de su rebaño. Cuando estuvo bueno no quiso dejarle partir. La muy astuta había escondido la carta y, para arrancársela, se vió obligado a acceder a los impuros deseos de la montaraz pastora que, fea, desgñada y sucia, olía a sudor y a requesones. Valiéndose de ardides y promesas consiguió escapar al cabo de más de un mes. Pordioseando llegó hasta Zamora y, pasada esta ciudad, bebió agua podrida en el charco de un arroyo seco por el estiaje, a consecuencia de lo cual le sobrevinieron unas calenturas cuartanas que le hicieron pensar que su última hora había llegado. Afortunadamente unos leprosos cristianos (que en todas partes hay gente buena, desinteresada y caritativa), confinados en un bosque, contraviendo la ordenanza que allí les tiene aislados, y exponiéndose al rigor del castigo, se le acercaron haciendo sonar sus carracas, creyéndole muerto. Le curaron como supieron, siempre con jarabes, jugos de hierbas y mejunges y, a los cuarenta días, pudo ponerse en camino.

—Y aquí me tienes, señor, temiendo haber sido soltado por la cuartana y ganado por la lepra. Si crees que merezco la muerte por mentiroso, dámela, y que Alá sea misericordioso con tu servidor y el suyo, que soy yo mismo.

Jezmin Yahia halló verosímil el relato y justificadas las causas de tan largo viaje. Dijo:

—Mañana, al ser de día, salimos para Toledo. Almohazad y enjaezad los caballos para esa hora y la escolta esté preparada.

A uña de caballo, unas veces; al paso, otras; al trote corto y otras al largo, todo sabiamente dosificado, hacia el medio día hicieron su entrada en Toledo. Jinetes y caballos iban cubiertos de polvo y sudor. Era día de mercado. Jezmin no reparaba en nada. En cambio, Ben-Ali, que había pasado largos años en las tierras del norte, entre brumas y cristianos, encontró el espectáculo grato y risueño, multiforme y variopinto. Le encantó de manera especial la plaza del Zocodover, con la profusión abigarrada de tenderetes donde se ven-

dían las más variadas mercancías: cestas y canastas de mimbre, palma y esparto; esteras, alfombras, alcalifas y tapices; alcarrazas, botijos, tinajas, platos y tazas de Talavera; aceitunas aliñadas con ajo, tomillo y laurel, que iban desde la gordal hasta la de cornezuelo; zanahorias, rábanos, melones, sandías; pimientos verdes y encarnados, guindillas, alcaparrones, verdolagas, tomates, berenjenas y toda clase de frutas y verduras... Plantas aromáticas, simientes, flores, desde la albahaca hasta el clavel, pasando por el jazmín y el jacinto. Toledo era una ciudad con economía de mercado.

En cuanto a la gente... aquello era un enjambre abigarrado e inquieto, una algarabía de lenguas disimiles y mezcladas: aparentemente una babel en la que todo el mundo se entendía; cristianos, moros y judíos. Los judíos, prestamistas y usureros comerciantes. Arabes y cristianos, soldados, campesinos y artesanos: forjadores, plomeros, orfebres, plateros, vendían espadas, cimitarras, piezas de armadura, cotas de malla, espejos, joyas repujadas y sedas. Había vendedores de todo y compradores para todo, desde la herramienta o utensilio más vil, hasta la joya o tela dignas de la reina o sultana más empingorotadas. Gentes de toda clase y calaña: caballeros, villanos, damas cristianas y moras, eclesiásticos, esclavas moras con ajorcas en el tobillo, monjas, soldados, mendigos, inválidos, ciegos, granujas, ladrones y pillos de toda condición. A Ben-Alí le gustaba recrearse en la vista de las moritas con sus vestidos adornados de alamares y sus cabellos recogidos por las finisimas y transparentes albangas.

Seguido de su escolta, Jezmin Yahia se dirigió al alcázar y solicitó audiencia del rey. Se la concedieron para el día siguiente por la mañana. Era lo que esperaba. Desde allí fueron al palacio de Al-Menón, que ahora era suyo. Por la tarde, tras el baño y masajes, salió de compras. Fue a la alcaicería y compró sedas, turbantes y albangas. Visitó a los mejores orfebres. Quería presentarse con las mejores galas ante Aja Galiana, y llevarle los más ricos obsequios.

Al día siguiente, a las once de la mañana, le recibió el rey. Jezmin le pidió la venía para trasladarse a Galicia a ver a su prometida. El monarca le dijo que su viaje no sólo sería inútil, sino contraproducente, porque Aja Galiana se había convertido al cristianismo, se había bautizado y había contraído nupcias con un caballero de Avila llamado Nalvillos. El mismo la había dotado con

nuevas posesiones en Talavera y ahora ya no se llamaba Aja Galiana, sino Urraca, como su propia hija, la infanta, que había sido su madrina de bautismo y de boda.

—La cosa tiene mal arreglo —terminó el monarca. El bautismo imprime carácter. No sé si bastaría con una retractación pública de su conversión. No creo que Roma lo anulase todo. Además, Roma está muy lejos.

Jezmin salió fulminado de la cámara real. De nuevo pensó que el 25 de mayo había sido una fecha aciaga para él, que Alá se mostraba inflexible y despiadado en el castigo. “Pero Alá se excede”, se dijo. E irritado, ciego de furor y de celos, se prometió vengarse del tal Nalvillos y que le quitaría a Aja Galiana, aunque con ello tuviera que enfrentarse con todos los castigos de Alá. Ningún otro podía ser peor. Desesperado, despidió a su escolta y se perdió por las callejuelas de la ciudad, frecuentando lugares y casas de mala nota. Fue visto con albederas, moras y cristianas que, dejadas de la mano de Dios, se hacían competencia unas a otras y, después de quince días sin aparecer por su palacio, fue hallado por sus servidores en una alberguería, especie de posada para gente de pies sucios y alpargatas rotas. El derviche Abdel-Ibrahim le reprochó su conducta con dulces palabras:

—Hijo mío, un musulmán de tu rango no puede descender tan bajo sin que las salpidaduras del cieno de la depravación en que se hunde, no alcancen al prestigio de nuestra santa fe y al sentimiento de honda veneración debido al Profeta y a nuestro libro sagrado. Las muestras de relajación moral de que has hecho gala en estos días, nos han llenado de consternación y dolor a tus amigos y hermanos musulmanes, y han ofendido gravemente al omnipotente Alá —el derviche se inclinó reverencioso—, de cuyos agravios no puedes esperar sino nuevas desdichas. Un musulmán que se precie no puede —se apoyó sobre la palabra—, hundirse en el lodo.

—¿Entonces, qué hacer? —preguntó Jezmin abrumado.

El derviche meditó un instante como midiendo el alcance de la pregunta. Luego dijo gravemente:

—La respuesta la encontrarás en la lectura y meditación del Libro de la Ley. Frecuenta la mezquita, vuelve a la oración y a las abluciones, llena tu serallo de jóvenes y bellas concubinas.

Y se marchó sin, por un momento, haber abandonado su aire solemne y digno.

No dejaron sus confidentes de informar al monarca de la conducta irregular de Jezmín Yahia. Alfonso VI sabía por experiencia que a los caballeros —gente de guerra— y a los moros que gozaban de la misma consideración, no debía dejarlos inactivos. En tiempo de paz se hundían en la molicie o, inquietos y puntillosos, le presentaban complicaciones. Alfonso era hombre de Estado, consciente de sus prerrogativas y de sus deberes. Ordenó que Nalvillos Blázquez y Jezmín Yahia participaran en acciones de hostigamiento en territorios enemigos. En estas expediciones robaban rebaños, destruían cosechas y entraban a saco en aldeas y poblados. Con ello el rey perseguía tres objetivos: mantener en jaque al enemigo, no dándole reposo en una guerra de desgaste; adiestrar a los caballeros y mesnadas en la práctica de la guerra, y evitar querellas intestinas, siempre de temer y peligrosas. De soslayo, manteniéndoles distantes y ocupados, evitaba el presunto choque entre Jezmín y el caballero de Avila.

Nalvillos, por su parte, era dichoso. Poseía su tesoro más codiciado, Aja Galiana —ahora doña Urraca—, a la que amaba más que a la niña de sus ojos, había puesto a prueba su coraje y arrojo, y había ganado honores y nombradía en acciones parciales de guerra. Era estimado y enaltecido por sus iguales y superiores. Le querían y le admiraban, tanto como él admiraba y quería a su esposa. Porque lo sorprendente para los que le rodeaban y trataban, no era ya que amara rendidamente y admirara a su mujer, sino que la respetara como si se tratase de un ser superior. También en este aspecto la mora era envidiada por las demás damas. Tenía sobre ellas y sobre su marido la ventaja de la distinción que da la cultura, que ya entonces empezaba a ser estimada. Hablaba y escribía el gallego y el castellano de la época como su propia lengua árabiga. Recitaba de memoria poetas árabes y provenzales y decía como nadie las cantigas gallegas, acompañándose del alboque. Leía los libros del monasterio que le llevaba su monje y hasta llegó a conocer y coleccionar toda clase de plantas y de hierbas medicinales y venenosas. Estos estudios la entretenían y fascinaban. Nalvillos, especialmente dotado para la guerra, en punto a saber y razonar, estaba muy por debajo de su esposa. Y a pesar de que

era orgulloso y porfiado, no le costaba trabajo someterse a sus razones y admitir sus caprichos. Veía por sus ojos. Las castellanas decían en sus murmuraciones, que la mora no amaba a Nalvillos, que, en el fondo, le despreciaba.

Aprovechando una tregua regresó Nalvillos con su esposa a Avila, para poner en orden la administración de su hacienda. Tampoco le tranquilizaba el hecho de que las posesiones de Urraca estuvieran tan cerca de los reinos sarracenos y con Gredos por en medio. Decidió venderlas y se fue a Talavera. El único comprador con dinero para pagar lo que valían era Jezmin Yahia. Nalvillos conocía al moro de nombre y sabía de su parentesco con Aja Galiana. Lo que ignoraba era la naturaleza del afecto que, desde niños, sentían el uno por el otro y que hubiesen estado prometidos. El moro le recibió amable, acogedor, hospitalario y le colmó de agasajos. En lo que se mostró irreductible fue en los tratos; era correoso, duro de pelar y, en materia de dineros, inflexible como un judío. Nalvillos cedió sus tierras por dos tercios de lo que valían. Así y todo quedó agradecido por la deferencia que el primo de su esposa le dispensaba. En la despedida, Nalvillos insistió a Jezmin una y otra vez para que fuese a Avila, con ocasión de los festejos que allí se preparaban. Era lo que el moro más ardientemente deseaba, pero se hizo de rogar para alejar la menor sombra de sospecha. Acudió a las fiestas con su séquito y se alojó en la casa de Nalvillos. Años después pensaría el caballero de Avila que más le habría valido meter en su pecho una víbora.

En el momento de verse, Aja Galiana y Jezmin se encontraron muy cambiados, pero ambos se sintieron irresistiblemente atraídos y experimentaron la misma emoción. Con la terciaria de damas y fieles servidores, concertaron verse a solas en la alcoba de Fatimilla. Y mientras Nalvillos asistía a los oficios religiosos de la tarde en San Pedro, sucedió lo que tenía que suceder.

El día del torneo Nalvillos embistió al moro con su acostumbrado ímpetu y lo derribó del caballo. La caída fue violenta y el público aplaudió al caballero con gran regocijo y abucheó al moro, que intentaba levantarse contraído por el dolor. Sus gestos resultaban grotescos y con ello aumentaban las mofas y risotadas. El espectáculo era muy divertido y no hubo la menor compasión. Al fin y al cabo no se trataba nada más que de un moro. Cuando Nalvillos descendió del caballo, se acercó a su adversario y le tendió la mano para ayudarle

a levantarse, todo el mundo aplaudió entusiasmado. Todo el mundo, menos su mujer que, con los puños crispados, empalidecida, contenía dos lágrimas. Su actitud no pasó inadvertida para su cuñada y amigas.

Desde ese día, Nalvillos advirtió a su mujer seca, evasiva y esquivia. Hacia todo lo posible por contentarla. Reflexionaba en qué podía haberla ofendido o darle motivos de queja y mostrábase siempre afectuoso, jovial, dulce y condescendiente. Pensó en las perturbaciones físicas que tan frecuentemente cambiaban el humor de las mujeres, pero aquello se prolongaba demasiado tiempo. Por fin, le preguntó:

—Vamos, explícate. ¿Qué tienes contra mí?

—Nada.

—Sí. Algo te pasa. ¿En qué te he agraviado?

—En nada, digo. —Y cambiando el tono— es que me acuerdo de Toledo. Estoy tan alejada de todo lo que ha sido mi vida...

—Ahora me tienes a mí, mi cariño... ¿A qué más puedes aspirar?

—¿Y si nos marcháramos a Talavera? Si, eso es, a vivir a Talavera.

—¿A Talavera? Es descabellado.

—¿Por qué?

—A ver qué hacemos nosotros en Talavera. Allí ya no tenemos nada.

—No tenemos nada porque lo has vendido.

La frase, lógica, brutal, le causó sonrojo.

—Ah, ¿es por eso?

—Por eso. —Y con gesto airado lo dejó plantado.

La venta de sus posesiones, en la que había consentido, era ahora motivo de despecho e indignación para Aja Galiana. Desde el momento mismo en que consumó su infidelidad, entregándose enloquecida a Jezmin Yahia, la idea de lo equivocado y de lo absurdo de aquella venta se tornó obsesión en la que no cejaba de echar todas las culpas al buen Nalvillos. Ella, con su impremeditación, había cortado todos los caminos de acceso a Jezmin, ahora, cuando más le quería, cuando más le necesitaba. ¿Por qué, Nalvillos, se lo había propuesto? ¿Por qué había tenido que venderlas? El dinero, el dinero. Un dinero que era suyo. ¿Qué había hecho de él? ¿Lo tenía? Y si lo tenía, ¿qué empleo pensaba darle? Y tuvo una idea luminosa: compraría lo que ella quisiera, lo que

conviniera a ella y a sus propósitos, lo que mejor conviniera a sus planes todavía no maduros. "A ver qué se ha creído ese".

Otro día:

—¿Qué has hecho del dinero de la venta de mis tierras?

—Está guardado. No sé qué empleo darle.

—Yo sí que lo sé.

—¿Sí? ¿En qué?

—Quiero un palacio fuera de Avila, como el que tenía en Toledo: con baños, juegos de agua y jardines.

—Eso es un lujo inútil.

—¿Inútil? ¿Qué sabes tú de eso?

—Sí, sé.

—Pues quiero un palacio y con ese dinero lo he de tener.

Nalvillos la veía irritarse y temía una escena violenta con ella más que a una batalla en campo abierto contra millares de enemigos. Para contemporizar, accedió:

—Bueno. Pero ¿por qué fuera de Avila?

—¿Quieres que te lo diga?

—No deseo otra cosa.

—Lo siento, porque te va a escocer. No aguanto a tu madre, ni a tu cuñada, ni a tus damas cristianas.

—Tú también eres una dama cristiana.

—Pero es diferente. Soy una dama cristiana conversa que, para ellas, es lo mismo que seguir siendo mora. Cuando me miran, sus ojos están erizados de púas. Es como si me tocaran con higos chumbos.

Nalvillos pensó que, probablemente, su mujer tenía razón o, por lo menos, estaba convencida de que la tenía. Inútil, pues, luchar con ella. Para complacerla, no lejos de Avila, compró la finca de Palazuelos a un moro rico, llamado Fatimón, vecindado en la ciudad. Fatimón resultó tan duro de pelar para vender como Jezmín lo había sido para comprar. Aunque la tierra tenía agua abundante, encinas, olmos y hayas, y hermosos prados, Nalvillos pagó por ella más de lo que valía. Y mandó construir el palacio a gusto de su esposa, que no por eso dejó de verse libre de su cuñada y amigas. Pero ahora goza-

ba de más libertad. Sólo las soportaba contados días del año y un par de semanas en verano. Desde allí, con más comodidad, encontraba el medio de hacer llegar sus cartas a Jezmín y recibir las de éste.

En 1104 (o 1105), los caballeros de Avila recibieron orden de salir por primera vez a campaña al mando de Sánchez Zurraquines, Nalvillos Blázquez y su hermano, Zurraquin Sancho y otros. Reconquistaron Cuenca y Ocaña, que habían caído en poder del emir de Zaragoza.

Durante los preparativos para la marcha, Nalvillos dijo a su mujer que, mientras durase la campaña, volvería a Avila para vivir con su familia. Ella se negó en redondo. Entonces él, por vez primera, pensó en sus derechos y en sus deberes. La idea que, desde hacía tiempo, le rondaba la mente se le fijó como una espina enconada. ¿Por qué no tenían hijos? Tal vez ella no los quería porque no le quería a él. Y el clavo de la duda se le hundió en lo más profundo. Si era necesario ser rudo, lo sería. Seguro que ella todavía no le conocía bien y tomaba el rábano por las hojas. Para que fuera aprendiendo a conocerle decidió ejercer su autoridad, combinándola, eso sí, con una cierta flexibilidad. Con cintas, le tomó medidas de caderas y cintura, se fue al barrio de Ajates, donde un herrero amigo de confianza tenía su taller y le encargó un cinturón de castidad. El día de la despedida dijo a Aja Galiana:

—Súbete las sayas que te voy a poner esto.

—Pero eso es ridículo —exclamó ella reconociendo el aparatejo.

—Déjate de sandeces —replicó él, seco.

—Además de ridículo, es un vejamen. Me estás ultrajando.

—Bobadas. Ninguna dama se siente ultrajada por llevarlo puesto. No se ve —terminó con sorna.

—Pero se siente. Es molesto.

—¡Vamos! —dijo enérgico. No quiero discutir más. Esta vez soy yo quien lleva el gato al agua. O Avila, con mi familia, o cinturón. No hay más que hablar.

—Pues cinturón —admitió ella con despecho.

Dió toda clase de facilidades e incluso le ayudó para facilitarle la labor. Quería acabar cuanto antes. Nalvillos, por su parte, cerró el candado y se guardó la llave. A partir de ese instante, ella observó un mutismo cargado de

furor y de odio. Cuando su esposo cruzó el umbral y le perdió de vista, escupió con desprecio y entonces, sólo entonces, rompió a llorar amarga y desoladamente.

Al día siguiente, ya más tranquila, habló largo tiempo con Fatimilla y entre ambas ultimaron el plan que había madurado y concebido durante toda la noche. El moro Fatimón, negociante y truchimán, llevó un mensaje de Aja Galiana a Jezmín Yahia a Talavera. Una semana después, mediada la noche, con treinta hombres caía sobre Palazuelos y reducía a la media docena de sorprendidos cristianos que hubieran podido oponérsele. No le resultó más laborioso liberar a la mora del férreo cinturón.

El primer alto lo hicieron en un lugarejo llamado Cepeda, algo desviado del camino, en las primeras horas de la mañana. Llegaron a Talavera avanzada la noche, con los caballos aspeados y medio reventados.

El tiempo pasaba. Llevaban una vida placentera, al parecer feliz. Sin embargo, les roía una comenazón de inquietud y de intranquilidad y se entregaban con furia a su amor, como si presintieran su brevedad efímera. La sombra del caballero de Avila se interponía entre ellos y les nublaba la dicha.

—Vende esto y vámonos a tierra de musulmanes —aconsejaba Aja.

—Esta es también tierra de musulmanes.

—Tarde o temprano vendrá.

—Sé que vendrá y yo le espero. Mientras llega, no te inquietes ni temas y seamos felices.

—Vendrá con muchos hombres y nos matará.

—Yo sé pelear y pelearé por ti.

Aja Galiana le abrazaba con el corazón inundado de gozo y de congoja. Cuando se hallaba sola leía poesías y romances y, de nuevo, coleccionaba hierbas y consultaba libros árabes. A veces, se encerraba con Fatimilla en una pieza del sótano y, en una alquitara, mientras cocían hierbas, destilaban extraños jugos y líquidos.

Mientras tanto, al frente de su hueste, en guerra abierta, afianzaba Nalvillos su crédito de hombre valeroso y lúcido como experto capitán. Su prestigio aumentaba de día en día a lo largo de la interminable campaña. Por fin, regresó a Avila con el nombramiento de Gobernador para las ciudades de Avila,

Segovia, Arévalo y Olmedo. Encajó la noticia con la sangre fría que le era característica y tomó posesión del gobierno de la ciudad. Durante unos días se le vio, taciturno y sombrío, imponerse en los deberes de su nuevo cargo. Luego, acompañado de su madre, Menga Muñoz, se retiró a descansar a Palazuelos. Era lo que menos hacía. Recorría la finca a pie en todas direcciones y escrutaba una a una todas las salas y alcobas del palacio. Sentábase en un banco del jardín o tendíase en tierra y así permanecía horas y horas, con la vista en el cielo y los ojos extraviados. Por las noches, en lugar de dormir como le aconsejaba su madre, salía al jardín y miraba las estrellas, la sierra. El caballero sufría. ¿Qué había hecho para merecer tan triste sino? Había amado a su esposa y ella (ahora lo veía todo claro como a la luz del sol), nunca le había correspondido. ¿Cómo había podido ser tan confiado, tan ciego, él, tan cauto y precavido en la guerra? Ahora Urraca —Urraca no; Aja Galiana— le estaba deparando los días más amargos y terribles de su existencia: le había sumido en la vergüenza y en el deshonor; le había tornado en el escarnio de cristianos, musulmanes y judíos, era el hazmerreir de todo el mundo. A eso había llegado a parar. Y él, por su parte, ¿qué motivos le había dado que justificasen su conducta? ¿Le había sido infiel? ¿Qué le había hecho sino amarla, servirla, admirarla, confiarle la custodia de su nombre y su honor? Había depositado en ella todo lo que en él valía: su rudeza de caballero, su fe de hombre de honor y de cristiano, la delicadeza de sus más escondidos sentimientos. Siempre había accedido a todos sus deseos y satisfecho todos sus caprichos, grandes y pequeños. ¿Qué se había hecho de todo? ¿dónde estaban su amor, su rendimiento, su honor, su dicha?

El caballero cayó de rodillas y elevó, una vez más, los ojos al cielo:

—¿Dónde están, Dios, todas esas cosas por las que merece la pena vivir y luchar, y sin las cuales la vida no tiene objeto? ¿Qué hacer, Dios mío? Aconséjame Tú que todo lo sabes, que todo lo puedes, que sabes dónde está lo justo y lo injusto. Tú eres la justicia última, Tú eres el justiciero.

Dejó caer los brazos, se santiguó y se puso de pie. Giró la mirada en torno. Los árboles, la montaña dormida bajo la luz de la luna. En el lado opuesto, invisible, la ciudad callada, acorazada por la muralla, reposando confiada en la paz de la noche, guardada por la vela de sus centinelas y de la ronda. Si, su

esposa debía morir: sólo con la muerte podía pagar su crimen, crimen que a él, a su nombre y al de su familia llenaba de ignominia. Era él el agraviado, el ofendido, el deshonorado, quien debía vengar la infamia, quien debía darle muerte con su propia espada, teñir la hoja de su acero con la sangre de la adúltera. Pero aquella era sangre de una mujer (el caballero recapacitó; nunca se había visto a sí mismo dando muerte a una mujer), de la suya, de Aja Galiana. Y “vió” su espada rasgando la carne color de luz de luna clara, delicada como el jazmín amarillo, fragante como el nardo. Por dentro —la veía abrirse—, la carne era de un blanco sonrosado y, enseguida, la herida larga y profunda, enorme, se iba llenando con la sangre que fluía de las venas cortadas. Y mientras tanto ella, intentando preservar su cara a los golpes, le miraba aterrorizada, con los ojos grandes inmensamente abiertos por el espanto y, silenciosamente, sin una palabra, sin una queja, fatalista como todos los descendientes del Profeta, le presentaba el costado, la nuca con ricitos negros, para que golpease, para que hiriese pronto, para que acabase de una vez. “No; no podré hacerlo. Habrá que ver la manera de que lo hagan otros”. Quedó perplejo un instante, sorprendido de que tal idea hubiera podido ocurrirle. ¿Entregar a otros el cuidado de su venganza, la reparación de su honor? ¿Es que él no era un hombre, un caballero? ¿Podía un caballero transferir deberes tan personales y tan sagrados a manos mercenarias? “¡Dios, qué locura!”. Y, negándose a pensar más, resuelto a llegar hasta el fin de su empresa, entró en el palacio y ordenó a su lugarteniente que tuviese la mesnada dispuesta para partir al amanecer.

Nalvillos, ducho en emboscadas, era ágil para concebir, rápido en ejecutar y conocía el terreno. La ronda del palacio de Jezmín Yahia fue sorprendida y, en la media noche, el combate breve y violento. Jezmín demostró su coraje, pero recibió una lanzada en el cuello, del brazo de su enemigo. Ben-Alí y otro de sus servidores consiguieron retirarle y cerrar la puerta. Nalvillos, protegido por sus guerreros, la golpeó con un hacha, levantando a cada hachazo enormes astillas. Al cabo de unos minutos la abrieron y entró violentamente, seguido de sus caballeros. En la sala principal, extendido sobre unos cojines, estaba al cadáver de Jezmín Yahia. Aja Galiana, tendida a su lado, le tenía rodeada la cabeza con el brazo lleno de sangre aún fresca y apoyaba su mejilla

en la frente del muerto. Al entrar el caballero, había vuelto hacia él los ojos vi-
driados, empavorecidos, grandes... Tuvo una convulsión y quedó inmóvil, con
la mirada dilatada, sin brillo. A su lado había una copa vacía. Guerreros árabes
y servidores, pálidos, sobrecogidos de espanto, esperando la muerte, se alinea-
ban junto a las paredes, en el cuello las puntas de las espadas de los caballeros.

Nalvillos no tenía ojos más que para mirar el cuadro que formaban los que
yacían a sus pies. Estaba clavado en el suelo, como fascinado ante algo increí-
ble. Al cabo de unos momentos, giró la mirada en torno suyo y dijo:

—No más sangre. Salid todos, llevaos a ese y dadle sepultura.

Cuando estuvo a solas con el cadáver de su esposa, se arrodilló a su lado,
le cerró los ojos y rezó largo rato. Luego cogió la copa y la olió. “Se ha enve-
nenado”, se dijo. “He perdido para siempre lo que tenía y he destrozado mi
vida”. Espantó algunas moscas que habían venido a posarse sobre la boca y
nariz de Aja Galiana. Sentía un nudo muy grande en el pecho. Al amanecer no
pudo contenerse: se inclinó sobre el cadáver y besó una frente de mármol. En-
tonces el nudo se deshizo en un sollozo, como un rugido y Nalvillos lloró.

Al apuntar el sol, la comitiva se puso en marcha con el cuerpo de Aja Ga-
liana envuelto en un lienzo blanco, terciado y atado a la albarda de una mula.
Nalvillos quería darle sepultura cristiana en Palazuelos. A las diez de la maña-
na el cielo estaba blanco. Hacía calor. La comitiva marchaba con paso lento,
silenciosa. El caballero, cabizbajo, iba detrás de la mula. Las moscas se arra-
cimaban sobre el lienzo, en busca del cadáver, a través de juntas y rendijas.
Los cuervos trazaban en el cielo una geometría de círculos siniestros y dejaban
oír sus graznidos. El calor aumentaba con las horas del día. No corría un so-
plo de brisa en el campo calcinado. La subida de los puertos era difícil. El calor
acentuaba la descomposición del cadáver. Hedía. En la calzada romana
del puerto del Pico la mula resbaló y cayó sobre el cadáver, aplastándolo con
su peso. El animal, con una pata rota, no podía levantarse y tuvieron que breg-
gar para desatar el cuerpo de la mora y cargarlo de nuevo sobre un caballo. El
hedor aumentaba, se hacía insoportable.

Nalvillos, en vista de que era imposible continuar el viaje en aquellas con-
diciones, decidió dar tierra a la que había sido su esposa, en Cepeda de la Mo-
ra. Mandó buscar azada y pala y, con sus propias manos, cavó la fosa en un

trozo de tierra mollar, a la sombra de unos negrillos. Antes de echarle la tierra encima, rezaron siervos y caballeros. Mientras sus hombres y animales descansaban, Nalvillos veló durante toda la noche. A la mañana siguiente continuaron camino hasta Avila. Pero ahora el caballero era otro hombre: estaba abarido, deshecho. La vida carecía de atractivo y de significado para él. “Dos polos, pensaba, orientan la vida del hombre caballero: el amor y el honor. Y yo he perdido uno de mis polos”. En efecto, por ganar el uno, había perdido el otro. En su mente simplista, identificaba el honor y el deber, que eran, para él, una misma y única cosa. En amor era un fracasado y ese fracasado ya no tendría remedio. Su vida carecía de un norte. Solamente le quedaba algo que tuviera algún valor: su deber de caballero cristiano. Tenía que vivir, sin entusiasmo, para cumplirlo humilde y fielmente, para morir combatiendo por Castilla, por el engrandecimiento de la tierra que tanto quería, de cuyo barro estaba amasada su sangre.

Marchó a la guerra. Su arrojo y temeridad no tuvieron par si no fue en el Cid. Era hombre cauto y prudente, sabio en el manejo de sus hombres y minucioso en la preparación del combate. En sus incursiones por tierras de agarenos llegó hasta Sierra Morena. Pero no le alegraban las victorias, las recompensas ni los honores. Cortés y urbano, nunca reía, siempre grave y taciturno, como corroído por un mal interior.

Dos años después, en la flor de la edad, consumido por oculta y ruda pena, moría en Avila el rey Nalvillos.

PARAMERA

(Novela corta)

JUAN GARCIA DAMAS

*A la memoria de María Barrio, sin cuyo
aliento esta humilde obra y otras (inéditas)
no habrían sido escritas.*



Institución Gran Duque de Alba

Es invierno y hace ya mucho rato que se extinguió el brillo de las últimas y temblorosas estrellas. El cielo es alto, hecho de carnes pálidas con traumas morados y grana en oriente. La lámina fría y transparente del aire descansa sobre un horizonte de lomos azules y picachos blancos. El caminante, con la escarcha en los pies y el macuto en bandolera, camina de cara a la brisa del amanecer, con las enguantadas manos en los bolsillos. La brisa, casi inmóvil, es el hálito que arrastra el fresco de las nieves con pureza de cumbres, con olor de laderas y hondonadas, de gargantas con aguas vírgenes, con ternuras temblorosas o arriscadas, de flora múltiple, humilde y silvestre.

El caminante lleva más de dos horas haciendo camino por la carretera nacional 502 y la circulación de vehículos es en sentido contrario, en la dirección de Avila. Los coches y camiones que van hacia Avila, al caminante, le dejan sin cuidado. Le interesan, por el contrario, los que ruedan hacia Arenas de San Pedro, hacia las Cinco Villas o el Parador Nacional de Gredos.

El caminante ha visto cómo la helada claridad del alba bañaba los prados incipientes y ha sentido cómo el alma del frío se le colaba cautelosa por las ropas, llenando el amplio valle solitario hasta el lejano encinar, llena de silencio, temerosa de despertarlo.

A estas horas de la mañana, el Valle de Amblés, con las espadas aceradas de sus chopos dispersas en el llano, levantando sus finas hojas hacia el cielo, el Valle de Amblés, digo, está callado. Está callado, pero puede hablar a los poetas, a los soñadores, a los que, de alguna forma, aman y gustan de la belleza. Y la belleza del Valle de Amblés, incluso en invierno, está en el aire, en sus grises, en sus azules desvaídos, en sus plomos, en sus ocre, en sus tímidos verdes

y gravita sobre la ciudad amurallada y rojiza. El Valle de Ambles parece grande, casi inmenso.

Atrás ha quedado Salobral, cobijado por una manta de tejas, sin que se advierta en él un soplo de vida. Más adelante, a la siniestra mano, hay un empalme y, desde él, se distingue un pueblecito. Ese pueblecito es Niharra. El campo es un océano de silencio. Desde Niharra se puede ir a Sotalvo. Pero el caminante no piensa ir a Sotalvo, aunque en Sotalvo hay un castillo en ruinas que llaman de Mal que os Pese. No lejos de Sotalvo están también las ruinas del castro romano de Ulaca, como si Sotalvo, en la historia, hubiese sido un arrecife contra el que chocasen las naves de Roma y del Medievo. O como si fuese un banco de arena en el que hubiesen encallado ambas naves, quedando después sumergidas y destrozadas por el furor de las mareas y el oleaje del tiempo y su devenir humanos.

El caminante se siente cansado. El camino es largo y la zancada es corta. Le pesan los zapatos y le pesa el macuto. Lo deja en el suelo y se sienta en el tronco talado de un viejo chopo y enciende el primer pitillo de la mañana, mientras se decide a esperar que alguien pase y le suba a su coche o en su camión.

En el cielo, que ya revienta de azul, navegan, dispersos, blancos rebaños de nubes y el sol, tímido aún, rielando en los charcos y a lo largo de los surcos, pone una rara luminosidad en la cara barcina del campo.

Transcurre media hora. A lo lejos, un relumbrón de níqueles y cristales. El caminante, macuto al brazo, sale al borde de la carretera, pisa el asfalto y tiende el brazo. El vehículo, un automóvil de lujo, se detiene pasados cuarenta o cincuenta metros. Su único ocupante, una mujer (perdón, señora o señorita), con gafas de sol, examina con atención al caminante.

Le interroga:

—¿Adónde va?

—Hasta donde me lleve: al Alberche.

—¿Es usted pescador?

—Todos somos, más o menos, pecadores.

—He dicho pescador, con "ese".

—Perdón. Había entendido mal.

—No me gusta subir a desconocidos, pero usted tiene cara de buena persona. Suba por el otro lado.

—Muchas gracias.

Acomodado al lado de la dama viajera, el caminante se siente otro hombre, un poco más feliz que hace unos minutos y acrecido en categoría.

—No ha contestado usted a mi pregunta. ¿Qué es usted? ¿Pescador, cazador furtivo?

—Ni lo uno ni lo otro.

—¿Vagabundo?

—Vagabundo ocasional.

—Entonces no tiene prisa —dice. Acciona en la palanca de la caja de cambios y revoluciona el motor.

—Ninguna.

El coche (es un Dodge), arranca con la suavidad de un trasatlántico.

—¿Periodista o escritor?

—Una miaja.

—Vamos, un Rousseau.

La mano enguantada continúa manipulando la palanca de los cambios de velocidad. Sesenta, ochenta...

—No tanto.

—¿Busca usted aventuras aldeanas?

—Se encuentran mejores en la ciudad.

Curva y puente sobre el Adaja. Solosancho. Un campesino abreva cinco o seis vacas en una pila. Parada. La dama baja el cristal y el hombre de las vacas se acerca solícito.

—¿Esta carretera va a Villaviciosa?

—Sí. Está a un kilómetro y algunos metros.

—¿Hay un castillo?

—La carretera termina al pie. ¿Lo va usted a comprar?

—No lo sé. Por lo pronto voy a verlo. Gracias.

Sube el cristal y arrancamos. La carretera, llena de baches, asciende y serpea. El kilómetro y unos metros son, en realidad, dos kilómetros y seiscientos metros. El cielo se entolda.

—¿Piensa usted comprar el castillo?

—¿Por qué lo pregunta? ¿Para qué quiero yo un castillo?

La masa rojiza del castillo se recorta contra el pétreo gris húmedo de la montaña. Estamos en Villaviciosa. Un ligero silbido llega hasta mis oídos y la dama, que ha virado con precaución, crispa el morro.

—Un pinchazo —dice.

Frena, para el motor y descendemos cada uno por un lado. En efecto, el neumático delantero de la derecha se desinfla rápido, con agudo silbido de serpiente.

—Me alegro de haberlo subido. Ahora puede serme útil.

En Villaviciosa el airecillo es fresco y la viajera, que frisa los cuarenta, se pone un chaquetón de ante. Es de una belleza sin pretensiones y viste un atuendo deportivo que trasciende el buen gusto y la riqueza.

—¿Dónde tiene la bolsa de la herramienta?

—En el portaequipajes. Espere un momento a que lo abra. Menos mal que está usted aquí. Eso es el gato. Le conviene aflojar los tornillos antes de levantar el coche.

El viajero ha sacado el gato y la bolsa de la herramienta. Mientras ella habla, después de dos tentativas, ha logrado quitar el tapacubos.

—Esto de los pinchazos es una lata. En particular para las mujeres. Es necesario tener fuerza para aflojar esos tornillos. El último pinchazo que tuve fue el verano pasado y estuve a punto de cometer una tontería.

—¿Una tontería?

—Bueno, más bien una bellaquería. Me llevé un disgusto enorme. Esa llave no vale, se va usted a destrozar las manos. Hay otra: una niquelada muy buena.

—No la veo.

—Espere un momento. —Entra en el coche—. Aquí está.

—Decía usted que se había llevado un disgusto enorme.

—Sí, un fracaso.

Un grupo de chiquillos desarrapados rodea el coche y, silenciosos, contemplan a la dama, que se ha quitado las gafas y luce unos maravillosos ojos melados.

El segundo tornillo es rebelde. Un campesino que se ha aproximado, sin decir palabra, echa una mano al viajero y el tornillo cede.

—Déjeme a mí —dice.

Busco el gato y lo coloco.

—Calce el coche por el otro lado —dice la dama.

Mientras busco piedras y las pongo delante de las ruedas, el campesino ha aflojado los tornillos que quedaban. Es hombre cincuentón, enjuto, envarado y cetrino. Le blanquean las patillas. La talla, menos que mediana. Sobre la calva cabeza le baila la grasienta boina capona.

—Este gato hay que ponerlo más allá —dice el campesino.

—No, no —interviene la dama—. Tiene que ser ahí.

Sin una palabra, el hombre hace girar la manivela y el coche sube mientras yo acabo de quitar los tornillos.

—Basta —le digo.

—¿Ya vale?

—Sí.

La dama fuma apaciblemente. Es alta, elegante. Quito la rueda y rápidamente pongo la de recambio. El campesino ha cogido nuevamente la llave y, a mi izquierda, aprieta los tornillos que yo voy metiendo. Guardo la rueda pinchada y recojo la herramienta. El baja el coche y quita el gato. Cuando todo ha terminado, dice el campesino señalando la lleva niquelada:

—Esa es buena.

Cinco duros saltan de mi portamonedas a la mano del campesino. Hundidos entre la maraña gris de la cejas, se le animan los ojillos con un vivo resplandor codicioso en el ocre de la cara.

—Convídense a nuestra salud.

—Gracias.

—¿Fuma?

—Sí.

—¿Le hace un pitejo?

—Bueno.

Saco un paquete de *Ducados* y le ofrezco un pitillo. El campesino lo toma y, mientras le doy lumbre, le pregunto:

—¿Que tal se vive?

—Mal; ésta no es vida.

—¿Tiene muchos hijos?

—Siete. Cuatro casados. Que lleven buen viaje.

Y se aleja rápido, sin volver la cabeza, quizá temeroso de que el viajero se arrepienta de su largueza.

—¿Qué tipo más raro! —dice la dama.

—Ya. Ha salido de estampía.

El viajero se mira las manos, llenas de grasa.

—Ahí tiene usted una acequia.

A veinte pasos, distantes entre sí, lavan dos mujeres. La primera de ellas ve acercarse al viajero.

—Ahí lleva usted el jabón. Cójalo que lo lleva el agua.

Como un pez, flota el trozo en el nervio de la corriente.

—Gracias. Qué agua más limpia tienen ustedes.

El viajero pesca el jabón y empieza a lavarse. De rodillas, la mujer frota la prenda contra una piedra.

Sí, sí. Lo que es agua no falta. Tenemos agua por todas partes. Abundante y buena.

—Y fresca.

—Sí, señor. Y en verano igual que ahora.

Mientras se acerca a la mujer para devolverle el jabón, el viajero va pensando que, probablemente, no será tanto.

—Muchas gracias.

—¿Quiere usted que le saque una toalla?

—No merece la pena. No se moleste.

—Es aquí mismo, en esta casa. Se la saco para que se seque las manos.

—No se moleste.

Le repito las gracias y me despido, secándome con el pañuelo.

La viajera fuma, apoyada en el coche, rodeada de boquiabiertos y callados chiquillos. La viajera es mujer de aspecto distinguido y de belleza otoñal.

Por primera vez contemplo el paisaje. Villaviciosa, más que pueblecito, es

un lugar apartado del mundo, arrinconado en el ángulo de dos espolones de la sierra. En primavera y verano el sitio no debe carecer de belleza, con su bosquecillo de álamos y algunos frutales, rodeado de una naturaleza abrupta. Por sus acequias discurre cristalina y fría el agua serrana. En esta época del año el lugar es hosco, sombrío, con sus casas miserables, sus mujeres mal vestidas y sus chiquillos subalimentados.

Villaviciosa, castigado por los vientos, hostigado por las tempestades, combatido por los hielos y acosado por las nieves, debe de existir desde hace centenares de años y soporta, con callada y sufrida tenacidad, los embates de la naturaleza. Increíblemente, sobrevive a la acción devastadora del tiempo y de los usos humanos. La aldea está aquí, anclada en su vejez, sin que en ella haya cambiado otra cosa que sus habitantes y las vigas que soportan los tejados de sus pobres viviendas.

Villaviciosa posee un castillo feudal de noble traza que, como en sus buenos tiempos, se yergue sobre la ladera y domina el caserío. Hoy el castillo sólo conserva su caparazón, la facha de lo que fue. Apuntalada, cuarteada y ruinosa, la masa dorada de sus muros —en la que campean piedras heráldicas y rejas adustas—, domina sobre la decrepitud de la pobre aldea. Los moradores del palacio —así lo llaman las gentes del lugar— emigraron y el castillo quedó vacío, como el caparazón de una tortuga muerta. Con los ojos de la imaginación uno puede ver a los feudales de antaño vagar por callejas solitarias u otear el horizonte entre dos almenas de la torre del homenaje o desde la ruinosa atalaya. Ahora, el castillo está vacío, solo, arruinado; mas en torno a sus ruinas continua malviviendo, agarrada a una tierra pobre, aferrada a los riesgos, hundiendo sus raíces en el granito, una pequeña y antigua comunidad castellana vieja. Sorprenden la tenacidad y el apego de estas gentes por el terruño que los vio nacer y crecer, sin ambiciones, siempre pobres, pero participantes, acaso sin saberlo, en las grandes empresas colectivas de la historia. Y uno piensa que esa tierra que les ve trabajar y penar noche y día, que se siente fecundada por su sudor, les ve también envejecer y morir. Y que algunos días al año, tal vez en los más crudos del invierno, les tiende los brazos y, piadosamente, los recoge en su seno como una madre pobre, pero siempre amante y fiel, que nunca olvida a ninguno de sus hijos.

La viajera, sonriente, me ve llegar. Mi presencia rompe el hechizo en la chiquillería, que se dispersa ruidosa.

—Desde que llegamos aquí no he dejado de mirar el campo y de formularme preguntas.

—¿Qué preguntas?

—¿De qué vive esta gente?

—De lo que sacan de la tierra.

—¿Usted cree que de esta tierra se saca algo?

—Son gente sobria.

—¿Sobria?

La dama queda pensativa un instante.

—Sí. Son los herederos de una sobriedad antigua. Les viene de siglos. ¿No ve usted? Son pequeños.

—Sí. Son pequeños y correosos.

Deambulamos pegados a los muros del castillo, atisbando por rendijas, mirillas y troneras.

En Villaviciosa, delante de la puerta del castillo, flanqueada por la torre del homenaje y coronada por una gran piedra de armas, hay un toro de granito. Es un toro de la estirpe de los históricos toros de Guisando a los que, si bien cede en tamaño, gana en longevidad y vetustez.

—¿Y lo de Villaviciosa? ¿De dónde cree usted que puede venirle el nombre al pueblecito?

—No sé. Quizá pequemos por dar a la palabra un sentido demasiado peyorativo. Hay bastantes pueblos de España que tienen ese nombre. ¿Le gusta a usted la etimología?

—Pienso que los nombres de los pueblos y aldeas hacen referencia siempre a alguna cualidad, tacha o defecto de sus primitivos habitantes. Y lo mismo sucede, a mi parecer, con los de los arroyos y ríos.

—No creo que sea porque fueran viciosos sus primeros habitantes. Aquí no hay lugar para los vicios.

—Lo hay en todas partes.

—Los vicios y el trabajo no casan bien. A estas gentes el exceso de trabajo y de fatigas les debe haber quitado tiempo y ganas para ser viciosos.

—¿Quiere usted decir que han sido virtuosos a la fuerza?

Un poco sorprendido, miro de frente a la viajera, que sonríe entre divertida e irónica.

—Sí. Creo que sí. Seguramente es eso lo que he querido decir.

Sobre el castillo, sobre el toro de granito, por encima de la montaña, de los tejados y de los viajeros, torva, planea una nube negra. Más allá, hacia el valle, el cielo está azul. Es un océano surcado por blancas barcas perezosas. El viento, casi imperceptible, abanica plácidamente el campo soporoso, entumecido por el invierno y que parece como si quisiera despertar bajo la caricia tibia del sol mañanero.

—¿Usted cree en la virtud?

La viajera acentúa su sonrisa y esta vez adquiere un aire entre escéptico y desengañado.

—Sí. Desde luego.

—¿En la virtud por la virtud? ¿En la virtud pura?

—En la virtud por lo que sea. Pura o mezclada, ¡qué más da!

—No da igual. La virtud, para serlo, ha de ser pura y simple, sin añadidos de ninguna clase. En el momento en que le ponga otro ingrediente, ya no es una virtud pura, sino impura.

—Yo creo que hay personas virtuosas y otras que no lo son.

—Habría mucho que decir sobre eso. Dígame: ¿cree sinceramente que conviene ser virtuosos?

—Sí.

—La virtud, su virtud, está marcada por el interés, porque es una conveniencia. Usted mismo ha dicho que “conviene”.

—No me desarma usted aunque lo crea. ¿Es usted virtuosa?

—Yo estoy por encima de la virtud. Dispongo de recursos para ser virtuosa o dejar de serlo. Para mí es sólo una cuestión de inteligencia o de deseos. ¿Y usted, es virtuoso?

—Como la mayoría de los mortales.

—Es decir, a medias, que es tanto como no serlo.

—Usted misma ha dicho que la virtud responde a la llamada del interés. A veces se falta a la virtud para alcanzar la felicidad o el placer. Según usted,

hasta los santos carecerían de virtud en su afán de pureza o de santidad. La virtud tiene topes.

—Si tiene topes no es virtud. La virtud sería el desinterés total por nosotros mismos y eso no es posible. No se puede ser virtuoso hasta este punto y no hasta este otro.

—Entonces, según usted, la virtud no existe.

—Existe la virtud mediatizada.

—Es usted demoledora.

—Soy realista y sincera.

—Depende de lo que entienda usted por realidad.

—Sentir el mundo que nos penetra. Ver las cosas y las personas tal como son. Usted tiene cara de buena persona. A pesar de ello no debo confiar excesivamente en usted.

—Siempre se ha dicho que justo en el medio está la virtud.

—La virtud de los que siempre están en el medio. Los virtuosos a la fuerza. Para ellos las oscilaciones de la balanza de la vida no cuentan. Les pasan desapercibidas y... son virtuosos.

—¿Acaso usted ha dejado de serlo alguna vez?

—Es una inconveniencia lo que pregunta y ello me prueba que se halla usted dispuesto a faltar a su virtud.

—Perdón. Lo sabía. Pero no me parece usted, por la forma en que se expresa, una mujer feliz.

—Otra incorrección.

—Perdóneme. No doy pie con bola. Usted me interesa y esa es la causa de mis pifias. Creo que me estoy comportando con torpeza.

—La verdad, no me parece usted un águila para periodista. ¿Se llama usted?

—Antonio.

—Yo, entre otros nombres, tengo el de Silvia.

—Es bonito. ¿Es usted casada?

—Sí, soy casada. ¿Qué le parece?

—No me parece que esté muy satisfecha.

—¿Satisfecha? ¿Por qué había de estarlo y por qué había de no estarlo?

¿Quién puede decir que se siente satisfecho? ¿Se siente usted satisfecho? Para estar satisfechos hay que poseer la felicidad total. Y nadie puede ser enteramente feliz si no es un idiota. La vida es un encadenamiento de instantes felices con momentos desdichados que tiene como soporte el tedio. ¿Quiere que nos vayamos? Esto no tiene más que ver y el pinchazo me ha contrariado.

—Por mí, cuando usted quiera.

Silvia ocupa su sitio al volante y yo me acomodo a su lado. Cuando el automóvil pasa la cuneta y vira a la izquierda, enfila la carretera. A nuestras espaldas resuenan los gritos de la chiquillería, alineada más allá de la cuneta:

—¡Calzonazos! ¡Calzonazos!

—Eso va por usted —dice Silvia.

—Ya. Creen que mi puesto está en el volante.

Rodamos en silencio dos minutos, con los ojos en las curvas y en los baches. De nuevo Solosancho y la carretera 504. Ascendemos hacia Robledillo y La Hija de Dios. El viajero tiene ganas de hablar, de decir algo. Le interesa aquella mujer que niega la virtud y que dice no sentirse satisfecha. Piensa que quizá la aventura está en el coche, en el puerto de Menga. Pregunta:

—¿Qué piensa usted del amor, Silvia?

El viajero siente de soslayo en la cara el mirar de la dama. Tras unos instantes viene, lenta, la respuesta bien meditada.

—El amor, en términos generales, consiste en la comprensión mutua, en la aceptación afectuosa de la existencia del otro —o de los otros—, en la libertad de la persona, en la paz de todos.

—Yo creo que el amor es sinónimo de entrega y de renunciación. En amor siempre habrá que renunciar a algo nuestro, hay que entregar una parte de nuestro ser. Sin esa entrega y sin esa renunciación, entiendo que el amor es una superchería.

—Hasta cierto punto nada más. La renunciación y la entrega totales son mutilaciones de nuestra propia personalidad. En términos absolutos, entraña la anulación de la propia existencia, lo que sería contrario al amor. Por eso la renunciación y la entrega tienen fronteras que nunca son sobrepasadas.

La viajera conduce despacio y mira al campo. La carretera asciende suave-

mente. Queda atrás Robledillo, recostado a la sombra de un monte pedregoso. Expresa Silvia sus opiniones sin calor, en tono impersonal.

—Hay personas cuya entrega y renunciación no reconocen fronteras, humanamente hablando. Y esa entrega y esa renunciación contribuyen al acrecentamiento de su personalidad.

—No conozco a nadie en esas circunstancias y, por supuesto, nunca figuraré entre esas personas. Yo siempre me he reservado algo. Me gusta ser independiente, espiritualmente libre, que es la manera más difícil de ser libre. Una entrega incondicional y absoluta sería un error. Quiero siempre ser yo misma. El amor sin límites puede convertirse en esclavitud y yo no quiero ser esclava. Conozco casos...

—Esos casos pueden ser aberraciones.

—Sí. Las aberraciones existen. Yo, una vez...

—¿Sí?

—Me sentí muy desgraciada.

—Ya lo dijo. ¿Por qué?

—Es humillante sentirse despreciada por un hombre.

—¿Usted?

Sonrió con un cinismo amargo. Luego dijo:

—Yo. Y conste que no lo digo por presumir.

—No lo creo.

—Le parecerá absurdo, pero es la realidad. Y lo gordo del caso es que era un patán, un patán virtuoso. Todavía tengo clavada la espina y me duele. Fue áquel un momento culminante en mi vida y fallé. Estaba dispuesta a todo: a la entrega total, a la renunciación, a convertirme en una campesina, a cavar la huerta. Era un patán que merecía la pena. Y fracasé. Ahora me alegro, pero no pude impedir que me doliera el fracaso. Usted no sabe cómo duele un fracaso cuando se está dispuesta a renunciar a todo a impulsos de un sentimiento espontáneo y nuevo. Hasta ahora no lo había dicho a nadie, sólo a usted, un desconocido con cara de buena persona, que no dejará de serlo aunque a veces le pasen malos pensamientos por la cabeza.

Evidentemente, la dama me interesaba cada vez más, pero me desarmaba cada vez más rotunda y definitivamente.

—¿No quiere usted a su marido?

—Lo estimo.

—¿Por qué se casó con él?

—Por una tontería, una apuesta.

—¿Una apuesta?

—Sí. ¿Conoce usted Cuenca?

—No.

—Habíamos ido unos cuantos amigos y amigas en dos coches. Mi marido hacia ya tiempo que bebía los vientos por mí y no me dejaba al sol ni a la sombra.

—Ya.

—Pues bien, en Cuenca hay una pasarela de hierro que salta la hoz del Huecar, desde el Mesón de las casas colgadas hasta la iglesia de San Julián. Abajo están el abismo, el río, los frutales en flor. La altura es mucha. Una casa de diez o de veinte pisos, no sé.

—Ya.

—Mi marido sufría vértigo. A la entreda del puente me preguntó que cuándo nos íbamos a casar. Para que me dejara en paz le contesté que cuando subiera al puente, desde el río, trepando por una cuerda.

—¿Qué bárbara!

—¿Cómo?

—Nada, nada. Siga.

—Por la tarde hicimos la prueba.

—¿Y subió?

—No. Se cayó desde unos 10 metros de altura. Se rompió las dos piernas y algunas costillas y empezó a devolver.

—¿Y usted?

—Yo también empecé a vomitar.

—¿Y después?

—Me casé con él.

—¿Quedó bien?

—Quedó bien de las costillas.

La Hija de Dios quedaba atrás, a la derecha, encerrado su caserío en el ar-

co cerrado de una curva. Poco después empezaba la subida del puerto de Menga.

—Me cuenta usted unas historias muy extrañas. Parecen fantasías.

—Sí. Hay realidades que parecen fantasías y fantasías que parecen realidades.

—¿Y la otra historia?

—Esa ya la sabe. Los detalles son secundarios.

Dejamos Mengamuñoz a la derecha, proyectándose su caserío sobre el fondo violáceo de la ladera del Cerro del Santo. Una punta de vacas pace en una pradera. Fuertes pendientes y curvas muy peligrosas. La conductora es experta y lleva el coche con mano maestra. Coronamos el puerto y detiene el coche para contemplar el paisaje.

—Me gusta este aire frío de las montañas —dice.

Blanquean, lejanos, los picos de Gredos.

El Alberche es un río truchero, de trucha fina y célebre ya en tiempos del Arcipreste de Hita. Es afluente, por la derecha, del Tajo y tiene su nacimiento en la Fuentes del Alberche, en el regazo de la loma de Cañada Alta, cerca de La Herguijuela y no lejos de Piedrahita.

En su *Libro del Buen Amor*, libro de una gracia ingenua y de una rara tersura que transpira frescor y vida rotunda por cada uno de sus versos, Juan Ruiz, en *De la pelea que hobo Don Carnaval con la Cuaresma*, enumerando los ricos manjares de la época, nos habla de las truchas del Alberche. “Las truchas del Alberche dábanle en las mejillas” (a Don Carnaval), dice el Arcipreste.

La loma de Cañada Alta está en las laderas septentrionales de Gredos y, apenas se corona el puerto de Menga, se halla uno en la cuenca del Alberche. Desde el puerto de Menga se ve el océano de los picos nevados que emergen de un círculo de cumbres. El Alto Alberche se dirige hacia el este, entre la Serrota y la Paramera de Avila por el norte y la sierra de Gredos por el sur. Su valle, en este tramo acotado para la pesca, es una sucesión de cañadas, vegas y ca-

ñones, de tierras muy pobres, en las que predominan el pasto y el piorno. A trechos, de tarde en tarde, se ve un minúsculo campo de patatas o de centeno.

A mano izquierda, según se adentra uno en la cuenca del Alberche, quedan los Baldíos de Avila, con el pico de Majalespino y, a la derecha, la Serrota. El paisaje, de un verde parduzco, resulta hostil en el amontonamiento de sus masas, que oscilan entre el verde y el morado, con el verde mustio de los piornos. La fonda de Santa Teresa, entre un bosquecillo de chopos y sauces desnudos, exhibe su decrepita osamenta, que recuerda la de un viejo y enflaquecido animal bajo la piel maltrecha y rota. Avanzada la primavera es delicioso el paraje.

De la fonda de Santa Teresa, a lomos de la sierra y a la mano de la lanza, arranca un camino vecinal que lleva hasta Cepeda de la Mora. En invierno, es un mal camino porque sobran las brascas curvas y pendientes y el barro. Cepeda de la Mora es un viejo pueblo serrano, con casas que son las mismas de hace doscientos o trescientos años. Sus calles son un barrizal, un lodazal amasado de tierra arenisca y excrementos del ganado. Los habitantes de Cepeda de la Mora viven del ganado y del centeno. Pobremente. Muy pobremente, pero viven. Han echado raíces en la tierra misera, en la roca, como las han echado el pasto y el piorno. Las casas del pueblecito, por el color, la elevación y los materiales, se confunden con el terreno. Los hombres se confunden con la tierra. Los niños, sucios, mal vestidos, se confunden con la tierra. Las mujeres, de negro, desteñidas las prendas de sus pobres ropas, curtidas, achaparradas, se confunden con la tierra. Y la tierra es árida, dura. Los pastizales, en esta época del año, son míseros. El piorno sirve como combustible.

El coche apenas si cabe en la calle.

—Condenados pueblos —dice contrariada la viajera.

—Sí. Esto está malo.

En Cepeda de la Mora el camino se bifurca. Un ramal va hasta Navadijos. El otro, por Garganta del Villar, hasta San Martín de la Vega del Alberche, a diez kilómetros. Nosotros tomamos el de Garganta del Villar.

—Qué bien suenan estos nombres. ¿Verdad?

—Sí. Son nombres sonoros y recios, de castellano antiguo. Cepeda de la Mora, Navadijos, Garganta del Villar, San Martín de la Vega del Alberche.

—¿Y San Martín del Pimpollar? ¿Qué me dice usted de San Martín del Pimpollar?

—También es hermoso.

El camino hasta Garganta del Villar y San Martín de la Vega del Alberche es pésimo. Hay trozos en que la conductora pierde el dominio del coche. Patinan las ruedas y corremos el riesgo de salirnos de la carretera y volcar.

—Deberíamos volver. Esto está muy malo.

—A lo hecho, pecho. Ya tenemos que llegar.

La falda de la viajera se le ha subido hasta medio muslo.

—Tire usted de la falda.

A través de las gafas oscuras me mira de reojo, tira de la falda hacia la rodilla y no dice nada.

Pasamos Garganta del Villar y después de cuatro kilómetros, bordeando la orilla del río, estamos en San Martín de la Vega del Alberche. Son pueblos cortados todos por el mismo patrón. En ellos parece haberse detenido el tiempo. El campo, con ligeras variantes, es el mismo. En estos pueblos de la sierra hace mala orilla. El vientecillo congela. Los caminos son malos. La tierra es inhóspita. Sin embargo, las gentes, muy pobres, son hospitalarias. Con el forastero reparten su miseria.

Hay que hacer camino, muy mal camino, para subir hasta las fuentes del Alberche, cerca de La Herguijuela.

El viajero, que tenía pensado quedarse en San Martín, dice:

—Creo que no me voy a quedar aquí.

—No le va a ser fácil encontrar posada en este pueblo.

—A desandar camino. Se va mejor en el coche con la calefacción.

La viajera detiene el coche en un ensanche.

¿Qué le parece si preguntamos por algún sitio donde tomar algo? Y mientras, fumo un cigarrillo. Tengo ganas de fumar.

—Muy bien. Preguntaré yo mismo.

Nos apeamos. El airecillo es cortante y la calle, un arroyo. Se ve hielo por todas partes. Una mujer acaba de tirar un balde de agua sanguinolenta. Curiosa, nos mira.

—Señora, ¿podría decirnos dónde podemos tomar un bocadillo y una cerveza?

—¿Un bocadillo? Malo está eso. Aquí no hay casa de comidas ni posada.

—¿Y en el bar?

—En el bar, tampoco. Aquí no hay un bar para gente tan fina como el señor y la señora. Hay un taberna como para nosotros. No vale nada.'

—¿No?

—Pasen ustedes a mi casa, yo les daré algo.

—De ninguna manera.

—Si, que pasen ustedes.

—Por favor, señora, no insista.

La buena mujer nos mira desconcertada, con un brillo de desolación en los ojos.

—¡Vamos! ¿Por qué me hacen ustedes ese desprecio?

Los viajeros se miran y comprenden que han llegado al límite.

—No es despreciarla, señora, compéndalo.

—Pasen, pasen.

La mujer nos precede con el balde goteando en la mano. Suelo de piedras y techos bajos de madera que casi se tocan con la cabeza. La pieza es pequeña y de las paredes cuelgan dos viejos cromos. Escabeles familiarizados con el estropajo. Olor a cebolla y lumbre de piornos en el hogar, en el que humea la negra caldera. Están de matanza. En el pasillo, tres hombres remangados despiezan el marrano. Una moza entra con una brazada de piorno.

—Buenos días.

—Buenos días.

Nos miran con extrañeza. En el suelo hay una garrafa cuartillera y, a su lado, con un culo de tintorro, un vaso grande.

—Elpidio, mira si puedes sacar el solomo.

—Ahora.

Elpidio toma la garrafa y termina de llenar el vaso. Pasa el tintorro de mano en mano y los compadres humedecen el gaznate. El vaso no está ni medio cuando llega el turno al viajero.

—Un buen trago entona el cuerpo. —Elpidio ofrece el vaso al viajero.

—Ya, ya.

El viajero hace de tripas corazón, sonríe amable y encuentra la mirada expectante de Silvia. No lo duda y, sin respirar, se echa el vaso coleteo. Después, campechano, se limpia los labios con el revés de la mano.

—Buen vino, ¿verdad? —comenta Elpidio.

—Sí que es bueno, sí.

Elpidio llena el vaso de nuevo y ofrece a la viajera. Silvia bebe un sorbo. La mujer saca un plato de pastas.

—Son caseras, ¿sabe usted? —dice a Silvia—. Aquí todo es casero.

—Claro, está este pueblo bastante aislado.

Los viajeros toman pastas.

—Están muy buenas —dice Silvia.

Tomen ustedes más. Tomamos otra y hablamos del frío de los hielos que, en la sierra, son muy fuertes. Dan por supuesto que somos marido y mujer. ¿Somos de Madrid? ¿Queremos comprar algún terreno para edificar? Soy yo quien responde con mentiras y verdades a medias. Silvia alaba las pastas y el vino a la mujer. Esta quiere asar el solomo para que probemos la matanza. Tenemos prisa. Pues se lo llevan ustedes y lo asan en su casa. Eso de ninguna manera. Nos despedimos. Muchas gracias por todo. No hay de qué. Son ustedes muy acogedores. Adiós, señora y la compañía.

Volvemos al coche y empezamos a desandar camino. Silvia conduce con precaución.

—Muchas gracias —me dice.

—¿Por qué?

—Apuré usted el vaso de vino para que no lo bebiera yo. Le vi la intención en los ojos. Estaba pensando que me daría repugnancia si quedaba algo. Tiene usted cara de buena persona y lo es.

Desde la fonda de Santa Teresa, siguiendo la cañada y pegada a un curso de agua, la carretera desciende suavemente a lo largo de cuatro kilómetros. Monotonía. paisaje de una dureza que, más que verla, se siente, se mete por

los poros. No se ve un árbol en toda la extensión. Sólo el pasto y el piorno. Bruscamente, la pendiente se acentúa, la vaguada se angosta y el arroyo se hunde. Puente muy corto con curvas a la entrada y a la salida, de noventa grados. Barrera y boquete de muros verticales. A la derecha riscos con huecos y agujas como las torres de las catedrales góticas, que recuerdan los órganos de Despeñaperros, en Sierra Morena. La cueva del Maragato. En otros tiempos, la cueva del Maragato ha sido refugio de bandoleros y guerrilleros, que merodeaban por la Serrota y los Baldíos.

El arroyo, ahora, queda a la derecha de la carretera, cincuenta o cien metros por debajo de ella y corre a precipitarse en el Alberche. Tramos acotados. Ladera de pinos jóvenes. De aquí hasta las fuentes, la trucha es fina. Venta del Obispo.

Ahora abandonamos la izquierda del río, que corre entre prados. Hay árboles en sus márgenes y a los lados de la carretera. La venta de Rasquilla moja su mampostería en el río. En primavera se arrebujá en un manto de hojas. Hay dos explanadas para el estacionamiento de coches, autobuses y camiones, y un cobertizo con encañado que puede funcionar como comedor al aire libre. La venta de Rasquilla es una casa vieja, con la puerta en el hastial orientada al mediodía. A unos veinte o treinta metros hay un puente que salta una garganta de aguas frías y trucheras en su confluencia con el Alberche. A la entrada de ese puente, la carretera se bifurca. La de enfrente, la 504, lleva al Puerto del Pico, al barranco con sus Cinco Villas, a Arenas de San Pedro, a Extremadura. La otra va a Gredos, a las truchas del Tormes, a la capra hispánica, a Béjar, al campo de Salamanca.

La venta de Rasquilla goza de prestigio entre pescadores y amigos del campo y de la carretera. El local no es agradable, resulta oscuro y frío en invierno. Los techos son bajos, de madera pintada de oscuro, con vigas, cuarterones y tablas alabeadas y crujientes. El suelo, enlosado; las mesas, los bancos y los taburetes, todo de los tiempos en que la venta era frecuentada por carreteros, tratantes, buhoneros y cómicos de la legua.

Pasamos al comedor. Es una pieza angosta, con tres mesas y una ventana que da al río. La mesa que hay delante de la ventana está ocupada por una pareja. La mujer está sentada frente a la ventana y el hombre a su izquierda. La si-

lla de la derecha está ocupada por los abrigos y un bolso. La mujer viste de negro y, de espaldas, parece joven. El ha pasado ya de los cincuenta y usa grandes gafas con montura dorada. En un rincón arde una estufa de butano.

Tomamos asiento y acude la dueña de la venta. Es mujer gorda, no ríe y trata a la clientela con seco desparpajo.

—¿Qué van a comer?

—¿Qué tiene? —pregunta Silvia.

—Consomé o sopa; truchas, ternera, pollo, jamón serrano, chorizo, queso aceitunas...

—¿Truchas del Alberche?

—No señora. Tienen que ser de piscifactoría.

—¡Vaya! ¿La ternera es de la casa?

—Tampoco. No hemos matado. Ahora hay poco movimiento y no matamos. Tiene que ser de Arenas.

—Bueno, bueno. Traígame sopa, truchas de piscifactoría con jamón y ternera de Arenas en su jugo.

—La sopa tiene que ser de cocido.

—Bueno.

La ventera me mira.

—¿Y usted?

—Para mí lo mismo.

—¿Vino?

—Una botella de clarete de Rioja.

—Tiene que ser de Cebreros.

—Bien. Traígalo de Cebreros. Y, si es posible, pronto.

—Tienen que esperar a que se haga.

—¿El vino?

—La comida.

—Mientras tanto, mándenos el vino con algo de entremeses.

La ventera nos vuelve la espalda con el aire del que está en su casa. Silvia y el viajero se miran perplejos y luego sonríen.

—Estos son lentejas —digo.

—No está muy amable, que digamos.

—¿Amable? Parece que tenía ganas de espantarnos.

Acude una muchacha robusta y limpia el tapete de plástico con una bayeta. Pone platos y cubiertos. A través del cristal de la ventana se ven las aguas verdosas del río. La pareja de junto a la ventana nos ignora. Ella no ha vuelto la cabeza y el viajero no consigue verle la cara. Por las trazas debe ser mujer de pueblo. El hombre tiene aspecto ciudadano, habla por los codos, come y la envuelve en una mirada cálida. Ella apenas ha probado la trucha y asiente con leves inclinaciones de cabeza.

La chica robusta nos trae el vino, servilletas de papel y entremeses. Jamón, chorizo, queso y aceitunas.

Escancio vino en los vasos.

—Son buenos los entremeses.

—Sí; y más a estas horas.

Silvia no quita ojo a la pareja. La mujer vestida de negro va a coger algo del bolso y se vuelca la silla. Se apresura a levantarla y a poner bien los abrigos. La mano es regordeta, morena, con la marca del trabajo.

—¿Se da usted cuenta? —pregunta Silvia—. Estoy encantada. Un marido amable, atento, afectuoso. No deja de hablar.

—¿El suyo no lo es?

—¿No lo es, qué?

—Atento, afectuoso.

—El mío es correcto. En casa quien hace el gasto de la conversación soy yo. El escucha si quiere. La mayoría de las veces ni eso.

—¿Y usted?

—Yo ya estoy acostumbrada.

La camarera nos sirve la sopa y aprovecha el viaje para retirar platos de la otra mesa.

—Ella no ha probado la trucha —dice Silvia.

—A lo mejor no le gusta.

El se sirve vino y le acaricia la mano con la misma locuacidad y la misma cálida mirada.

—Me gustaría verle la cara.

—Me parece difícil.

Nos sirven las truchas, y en la otra mesa, ternera. El hombre come y bebe. Silvia está intrigada. Alabamos las truchas.

—¿No le parece chocante? —dice después de un silencio.

—Chocante, ¿qué?

—Eso.

El viajero para su atención en la mujer. Solamente le ve la cabeza, la nuca marfileña y, con dificultad, una mano. Aquella mano tiembla. A la mujer tampoco le apetece la ternera. El se anima con la comida y el vino. No deja de sonreír y, de vez en cuando, le coge la mano. Evidentemente, trata de tranquilizarla.

—Ya. Son amigos, como usted y yo.

—Como usted y yo, no. No compare. Usted se queda y yo me marchó.

—Ya.

—Me da lástima esa pobre mujer. Va a caer y tiembla como una cierva herida.

—Sí, parece viuda.

—Una mujer sin marido...

—Y quizá sin dinero.

Nos traen la ternera. Cuando la chica acaba de servirnos, la pareja ha desaparecido. Silvia sonríe.

—Me he llevado un chasco. No he conseguido verle la cara.

—Ni yo. No ha vuelto la cara en todo el tiempo.

Mientras retira en una bandeja los platos de la mesa que ha quedado libre, pregunto a la chica:

—¿Tienen café de cafetera?

—No, señor.

—¿De puchero?

—Sí.

—Prepárenos dos...

Al acabar el café Silvia deja doscientas pesetas sobre la mesa.

—Pague lo que falte —dice.

—Me opongo.

—Inútil.

Pregunta Silvia a la ventera por los servicios.

—Por ahí —le contesta, señalando a una puerta.

El viajero, además de contrariado, está un poco alicaído. Mientras espera a Silvia sale a la puerta de la calle para dar un vistazo. Enfrente está el río Arenillas, con aguas raudas, claras y espumosas. Más que río, este afluente del Alberche, es una garganta truchera. A sus pies hay una mala carretera. Es la carretera 500, que va desde El Barraco, en la 403, hasta el Barco, en la nacional 103, de Soria a Plasencia. Desde el valle del Alberche, la carretera 500 salta por San Martín del Pimpollar al valle del Tormes. La carretera 500 y la 504 tienen 3 kilómetros en común, en la margen derecha del Alberche. Las aguas del río, en ese tramo, se arremansan, lucen como espejos, como espejos fríos entre prados húmedos o helados. La venta del Obispo está en el ángulo que forman la 500 y la 504. Tres kilómetros más allá, en el vértice, a este lado del puente sobre el río truchero, está la venta de Rasquilla.

Por la carretera 500 (o 504, allá el gusto de cada cual) se aproxima un autocar lleno de excursionistas y se para en la puerta de la venta. Vibra el aire con la música de los transistores. Son gente más que madura, de alguna empresa, que en el día de sol trae al campo los aires de la ciudad. Gentes sencillas, en traje de domingo, con rostros en los que se advierten los pliegues formados por el paso de los años, el cansancio de los largos días de trabajo y las vicisitudes de una vida laboriosa y gris. Se precipitan en el interior de la venta y piden bocadillos y cerveza sin que dejen de sonar los transistores. Discuten de toros y de fútbol. El caminante se siente identificado con las caras que expresan fatiga y resignación. Le parece como si la vida hubiera dado a aquellos seres todo lo que les podía dar en alegría y en felicidad, y luego se lo hubiera arrebatado, dejándoles sólo los años, la resignada indiferencia de una vida decadente, el cansancio y la perspectiva de un mañana inseguro. Acaso también la nostalgia del pasado. Cuando uno rememora el pasado lo revive con tristeza. Eso es, al menos, lo que le sucede al caminante en este momento con el estómago ahito y la cabeza repleta de vapores. Revivir el pasado, piensa, es sumergirse en la añoranza, sentir la fugacidad del instate que acaba de pasar. Es triste el recuerdo de las horas alegres o dichosas, pero es más triste aun enfrascarse en el recuerdo de nuestros fracasos, pequeños o grandes, en la historia de nuestras

humillaciones. Al examinar un hecho de nuestra vida pasada, es poco probable que nos sintamos enteramente identificados con él, con nuestra manera de actuar en un determinado momento o circunstancia. Siempre encontramos algo digno de ser rectificado, incluso en la esencia misma de nuestros actos más simples y decisivos. Pero es inútil intentar rectificar el pasado. En la trayectoria de una vida siempre existen puntos desviados, soluciones de continuidad que no fuimos capaces de prever o de evitar. Los hechos, a veces las palabras, dejan huella, y esa marca nos queda en el fondo de la conciencia. Frecuentemente olvidamos. Nuevas actitudes, nuevos hechos nos arrastran con el viento de la acción y la marca queda soterrada en la barahunda del bregar cotidiano. Y un día, de súbito, cuando menos se la espera, reaparece clara y limpia, emerge a la conciencia y perturba la placidez de nuestra existencia interior.

Al otro lado del Alberche, entre venta del Obispo y Hoyocasero, hay un bosque de pinos, robles, olmos, castaños y alguna encina. Están repobladas las laderas que caen al río. La carretera 403 serpentea por la falda del monte.

La comida ha sido copiosa; la digestión es lenta, pesada. el viajero tiene el vino triste. Sin embargo, la reaparición de Silvia le anima, le borra las nubes del ánimo y empieza a sentirse otro hombre. Silvia, lo observó con particular complacencia, ostenta un vivo color en las mejillas. Por mi ánimo, durante la comida, cruzaron ráfagas de inquietud y desasosiego a causa del señor de las gafas y de la viuda enlutada. Me parecía que aquellos dos, sin saberlo, estaban tendiendo una red separadora entre Silvia y yo, y que la red amenazaba ir tupiéndose, estrechando sus mallas, espesándose por instantes.

Pero Silvia sonríe; el viento serrano y frío le ciñe la falda a las piernas y le levanta el cabello, que tiene toda la distinción de las peluquerías caras. Se lleva una mano a la cabeza para sujetarlo y echarlo hacia atrás, en un gesto de cálida coquetería. Es una mano fina, estrecha, de dedos largos, delgados y frágiles.

—Tiene usted unas manos...

—Ya. Son el resultado de muchas generaciones inactivas. Quizá haga mil o dos mil años que mis antepasados no trabajan.

—Son magníficas.

—No es mérito mío.

—Entonces debe estar muy agradecida a sus antepasados.

—¿Agradecida? No sé hasta qué punto. Ya sabe usted el papel del azar en esos asuntos.

Ya en el coche Silvia habla y habla con una mezcla divertida de gracia, de aplomo y de cinismo. Sin embargo el viajero se siente incómodo. Le invade de nuevo una sensación de malestar, se va a poner malo. El malestar aumenta con rapidez y teme lo peor. Lo peor, para él, sería vomitar en el lujoso vehículo y delante de Silvia. A mitad de camino entre venta de Rasquilla y venta del Obispo, el viajero no aguanta más.

—Pare, por favor, me he puesto malo.

—Sí; tiene mala cara. Quizá el vino de Cebreros. Ese vino tiene grados. O el butano, quién sabe...

El coche se detiene en la orilla de la carretera, el viajero salta abajo y, como una exhalación, llega hasta el río, que sólo dista unos cuantos metros. La corriente es rápida, profunda. El viajero apoya sus pies sobre un pedrusco de la orilla de aspecto firme. Se inclina en una primera y, a duras penas contenida, arcada, seguida de otras. Socavado por debajo, el peñasco cede y piedra y hombre se desploman en la corriente. Millones de agujas invisibles le atraviesan las carnes al viajero. Por un momento queda inmovilizado, como petrificado, con la conciencia del pasmo doloroso y letal del frío. Un esfuerzo enorme por salir y la mano de Silvia que acude presta, le ponen fuera del agua. Ahora es peor. El frío es más sensible si no más violento. Las carnes le tiemblan como las de los toros estoqueados, sin que le sea posible hacer nada por evitarlo. Tiritita y escucha el entrechocar de sus propios dientes.

—Vamos al coche. Corra. Tiene que cambiarse de ropa inmediatamente —dice tirando de él, Silvia.

Haciendo de tripas corazón, él consigue articular:

—No la tengo.

—¿No tiene usted otros vestidos?

—No. Este chapuzón no estaba previsto en el programa.

—¡Ah! ¿Pero tenía usted un programa? Ya me lo contará.

La voz, entre punzante y guasona, dejaba entrever un asomo de crueldad compasiva. La tiritona del viajero no cedía. Lo que estaba pasando no lo deseaba a su peor enemigo.

—¿Me compadece o se burla? —le pregunta con tono que quisiera destemplado, si el tartajeo no se lo impediera.

—Ni lo uno, ni lo otro. No soy demasiado inclinada a la compasión. Sencillamente, en estos momentos me parece usted una criatura inofensiva e indefensa: un crío.

—¿Eso piensa usted de mí?

—Así le veo, y así debe verse usted. Ha sido un golpe de mala suerte.

—Sí. ¿Qué le vamos a hacer?

—No se me enfade. Tiene la carne de gallina y está usted lo que se dice verdaderamente horroroso, lamentablemente horroroso.

Como desagravio a sus palabras, acaricia con la enguantada mano la cara chorreante, pasmada y temblorosa del viajero.

El coche se detiene ante la puerta de la venta del Obispo.

Por la venta del Obispo pasan los vehículos que, desde Madrid, van a Barco de Avila y a Béjar. Y los que suben a Gredos, y los que van a pescar al Tormes y los que se quedan en el alto Alberche. Y los que siguen la nacional 504, en cualquiera de sus sentidos.

La venta de Rasquilla, como su nombre y sus trazas indican, era venta de arrieros, carreros, chalanes y gentes de poca entidad social. La venta del Obispo, aunque vieja y venta, tiene otro aspecto, otro empaque, y era digna de albergar entre sus paredes a los padres de la Iglesia. Su portal es enorme y el techo de madera está cruzado por viejas y señoriales vigas. En él podían encerrarse algunas carrozas y recibir cobijo pajes y criados. A la derecha está el mostrador, cubierto por una placa de cinc. Desde él se ve la vasta cocina, llena de calderos, peroles, pucheros y sartenes desmesuradas. De las paredes cuelgan fuentes de Talavera y dorados cobres relucientes. A la izquierda, junto a la puerta de entrada, se hallan los primeros peldaños de una escalera de roble.

—¿Tienen habitación? —pregunta Silvia a la ventera.

—Si. ¿Van a pasar aquí la noche?

—No lo sé. Mire.

—¡Ay, Jesús! —exclama la ventera llevándose las manos a la cabeza—. ¿Se ha caído al río?

Ocupado como está en dar tiritones, el viajero no contesta, pero en su lugar lo hace Silvia.

—Si.

—Vamos pronto; este hombre se muere —afirma la mujer.

Echamos escaleras arriba. La habitación, digna de un obispo medieval o renacentista, es espaciosa, destartada, con cama y cómoda antiguas, aguamanil con espejo y sillas de enea. Crujen las tablas del suelo.

—Esto está helador —dice Silvia—. ¿No tendrá usted una estufa?

—Huy, eso sí que no. Aquí nos las arreglamos con leña y piorno. A la gente le gusta más. Sobre todo la leña. El piorno es una llamarada y se pasa enseñada.

—Ya. Prepare algo caliente para que el señor entre en calor.

—¿Vino caliente o leche con coñac?

—Lo que sea mejor.

—Yo me voy por el vino.

—Pues vino.

Acompaña Silvia a la ventera hasta la puerta y la cierra a sus espaldas.

—Vamos —dice—. Desnúdese rápido y métase en la cama. Está amenazado de pulmonía. Más vivo. ¿No sabe usted hacerlo más aprisa? ¡Ah! Le da vergüenza. Bien; eso me gusta. Es usted pudoroso. Me saldré al descansillo. Aviseme cuando esté.

El viajero, en puros cueros, se mete en la cama y luego advierte:

—Ya está. Puede entrar.

Seguía la tiritera. Temblaban la cama, la cómoda, el aguamanil, las sillas de enea y el piso de tablas.

No entra nadie y el viajero casi lo agradece. Al cabo de diez largos minutos entran Silvia y la ventera, que porta en vieja bandeja un enorme tazón de vino caliente.

Mientras lucho por tragar a pequeños sorbos el brebaje abrasador y pienso en el bálsamo de Fierabrás y sus temibles efectos, Silvia da órdenes a la ventera, que la obedece servicial. Su olfato de campesina le dice, a juzgar por el coche y el empaque y desenvolura de la dama, que se halla ante una señora de campanillas. El señor, eso piensa el viajero, con su chapuzón que le da un aire de pollo desplumado, aunque quizá más joven, carece de la distinción de la señora, vástago crecido de un tronco múltiple de generaciones inactivas.

—Encienda lumbre, una buena lumbre, y ponga esa ropa a secar. El señor no tiene otra. Cuando la tenga encendida —me refiero a la lumbre— bajaré para darme un calentón.

—Si, señora.

Mientras Silvia se instala en una silla a la cabecera de la cama, la ventera, cuarentona y maciza, curtida y pelinegra, con las prendas mojadas en ambas manos, advierte concienzuda:

—Tendrán que tener paciencia y esperar; no es cosa de un momento. Es demasiada tela. El señor, con el vino caliente que es un don de Dios para los enfriamientos, dentro de poco será otro hombre. Estaba usted que daba lástima verlo, una verdader pena. No parecía sino que iba a entregar el alma. ¡Jesús, Jesús! Con lo fríasima que está el agua del río. Nada más pensarlo me entran escalofríos.

La mujer sale y tras la puerta cerrada resuenan sus pasos, uno tras otro, uno en cada peldaño, en la escalera de madera. Silvia se ha quedado callada, cavilosa. El viajero comprende que se siente en una situación extraña, embarazosa. Cuando acaba de beber el vino caliente, le alarga el tazón:

—¿Me hace el favor?

Silvia, sin responder, lo toma, se levanta, lo deja sobre la bandeja, encima de la cómoda, cubierta por un paño blanco como los altares de las iglesias, y vuelve a ocupar su sitio. Colgando de un clavo, contra la pared, por encima de la cómoda, hay una estampa con un cuadro de la Virgen, ensuciado por las moscas.

—Es usted una calamidad.

—¿Cómo?

—Está claro. Es usted una calamidad. Una verdadera calamidad. Esta ma-

ñana, cuando le recogí en la carretera, pensé que nada cuesta hacer un favor. No crea que siempre he pensado eso, pero esta mañana lo pensé. (Muy mal pensado, tendrá que reconocerlo conmigo, pero lo pensé.) Luego me agradó usted con su cara de buena persona y me fue simpático. También sé que no todos los que tienen cara de buena persona lo son, que la cara, contra lo que se dice, no siempre es el espejo del alma. Pero me fue usted simpático y decidí llevarlo a donde usted quisiera sin salirme de mi itinerario. Sin embargo, ya ve usted lo sucedido: me he desviado de mi itinerario, he comido con usted en una venta de mala muerte, se ha caído al río y he tenido que sacarle, me ha puesto perdida la tapicería del coche y, por si fuera poco, ahora me tiene aquí amarrada, atendiéndole como si fuera su enfermera o su mujer. Porque esto último es lo que piensa la ventera.

Escuchando a Silvia, el viajero no sabe a qué palo quedarse. Sus palabras le resuenan en los oídos como una especie de zumba extraña, que oscila entre la lamentación y la burla. Por una lado, le parece que Silvia está pesarosa de lo hecho y que se lo reprocha. Por otro le llama "calamidad", como a un crío. Un tercer aspecto: ¿qué pretende insinuar con lo de "amarrada" y las suposiciones que atribuye a la ventera?

—Ya. Lo que piensa la ventera. La ventera tiene saberes muy prácticos.

—¿Por qué lo dice?

—Su vino caliente me ha devuelto los ánimos. Sabe mucho de remedios contra el frío.

—¿Se siente reconfortado?

—Mucho.

—Más vale así.

—Ahora, una pregunta. ¿De verdad está usted amarrada?

—¿A ver?

Nuestras miradas se cruzan, guasona la de ella, dudosa la mía, titubeante entre la timidez y la audacia, entre el miedo a la repulsa y la esperanza de la aceptación. Estamos solos en la habitación espaciosa, destartalada y fría. El silencio es como una trampa, como un lazo que nos ata con su hilo invisible. A Silvia no le falta razón; los hechos se han encadenado sin que ninguno de los dos haya puesto nada de su parte y nos han conducido hasta esta situación in-

verosímil en la que, de pronto, se habían desencadenado oscuras tensiones vitales.

—¿Es verdad que le he sido simpático?

—Sí.

—¿Me cree buena persona?

—Y bastante calamidad, por añadidura.

El viajero titubea. Siente que tiene que decir algo, que hacer algo, pero no sabe qué. La mujer le fascina y le intimida. Parece que sí, ¿pero y si es que no? Silvia se le ha metido dentro y piensa que por ella lo arriesgaría todo, la vida incluida. Por ella soportaría las torturas que fueran necesarias; soportaría sus bofetadas, sus insultos. Lo que no soportaría sería su desprecio.

—Si esa mujer tarda en encender la lumbre me voy a quedar hecha un carambano y entonces seré yo la que necesite el vino caliente.

Con voz que pretende ser firme, digo:

—Silvia, me he enamorado de usted.

—¿Tan pronto?

Su voz parece tranquila, cargada de matices irónicos y cálidos, tan tranquila como la mía había sonado trémula e insegura. Y, sin embargo sus labios se han abierto para dejar paso a una sonrisa, y sus ojos aterciopelados se han animado con un brillo enigmático.

—No es pronto; desde que cruzamos las primeras palabras. Quizá antes de conocerla ya la había presentido.

—No diga tonterías.

—No quiero que piense usted mal de mí, pero no sabría vivir sin usted.

—Pobrecito. Se moriría muy pronto. Me estoy quedando helada.

—Venga aquí, que le voy a dar calor.

El viajero alarga el brazo, la coge una muñeca y tira con fuerza hacia él.

—Suelta. ¿Está usted loco?

No hay bofetada, ni insultos, ni desprecio.

—Bigardo —murmurado entre dientes, con una especie de rencor y desfallecimiento, en una lucha breve y deliciosa.

Dos horas; ha oscurecido. Silvia no ha bajado a la cocina para darse un calentón a la lumbre. Está a mi lado, lasa, su cuerpo alargado junto al mío.

—Silvia.

—¿Qué?

—No eres una mujer.

—¿Qué soy?

—Una llama.

—¿En qué sentido?

—En todos. Por un lado me consumes: ardo en ti y quisiera arder siempre, ser devorado por ti.

—Me gusta que me lo digas.

—Por otro, eres una llama que me quema en la conciencia.

—¿Cómo es eso, tienes remordimientos?

—No lo sé; pero siento que te he mancillado.

—Tonterías, escrúpulos. ¿No será que has mirado demasiado la estampa de la Virgen y el Niño? Claro que es eso. Has pensado y sigues pensando que la Virgen nos ha mirado todo el tiempo y que aun lo está haciendo con severidad. Pero no ha sido ella la que nos ha mirado, sino nosotros a ella, especialmente tú. Es una estampa de un cuadro de Murillo que está en el Museo Metropolitano de Nueva York, y sólo representa la maternidad de María. Es María, mujer y madre. Mira cómo el niño, hermoso, con sus manos carnositas, busca los pechos maternos.

—Dices cosas tremendas con el aire de la mayor inocencia. Eres descreída, impia...

—Digo lo que hay pintado. Ni yo misma sé lo que soy. Pero si María fue dichosa con la maternidad, ¿por qué yo, que no soy María, sino Eva, no puedo buscar la maternidad en la dicha, para lograr la dicha en la maternidad?

—Te entiendo. Yo, sin embargo, me siento culpable.

—Me vas a dar la noche con tus escrúpulos. ¡Con lo bien que ha empezado todo!

Completamente desnuda, saltó de la cama, se llegó hasta la cómoda y dió la vuelta al cuadro, poniéndolo de cara contra la pared.

—Mírame bien. Ya no tienes a quien mirar más que a mí. Si me miras bien estoy segura de que antes de un minuto te habrán desaparecido esos pujos de culpabilidad.

Buscó refugio en el calor de mi cuerpo y yo comprendía que tenía razón.

No obstante, a la hora de la cena el viajero no se siente feliz. Tras la dulzura viene la hiel. Silvia, la mujer-llama, es un ser enigmático e inasequible. No sabe uno a qué atenerse con ella.

Durante la cena, servida en una gran mesa maciza junto al fogón, Silvia, para no ser preguntada, pregunta a la ventera una y otra vez. Y mientras el marido atiende el mostrador, la mujer habla, habla, habla...

—¿El negocio, dice usted? Ahora es escaso. Aquí no viene nadie de cutio. Personal de paso. Camioneros y gente así, cuando les surgen averías o la nieve bloquea los puertos. La gente gorda, los del dinero, los señorones, esos se van al Parador Nacional. Allí hay comodidades, calefacción y otros avios muy diferentes, a lo que ellos están acostumbrados. Aquí todo es limpio, eso ya lo ven ustedes, pero muy viejo. No puede darse una idea la señora del mucho trabajo que da tener esto limpio; porque las cosas viejas, ya se sabe... Cuando levantan la veda de la trucha y en el verano, hay más negocio, ya es otra cosa. En el verano viene mucha gente de Madrid, de Salamanca, de Toledo, de Avila, de todas partes. Ahora, en el invierno, esto es feo y frío, pero en primavera avanzada y en verano el campo es un primor. En el invierno nos aburrimos. Casi siempre solos. Pero en el verano todo está animado: los coches a lo largo del río; las sombrillas de colores al borde del agua; la gente, casi en los cueros, casi tan desnudos como cuando los parió su madre, ahí tostándose al sol y bañándose. Y el campo verde, los pinos, los álamos. A mí me gusta el campo porque, digan lo que digan, el campo es bonito. Y como yo nací en San Martín de la Vega del Alberche, le tengo cariño a la tierra. Luego, aquí tenemos nuestro pasar. Ya somos viejos para ir a otro sitio y aquí vamos tirando. En el verano compensa el trabajo; pero hay que aguantar mucho. Hay clientes que se creen que todo el monte es orégano... A pesar de todo, no podemos quejarnos. Trabajando mucho, desde luego; pero ahora el negocio es escaso.

Con la cena y la sobremesa cayó una botella de Jerez. El viajero tiene el vino triste. Ya otra vez en la cama:

—¿Quieres a tu marido?

—Pero qué aguafiestas eres. ¿A qué viene ahora esa pregunta?

—¿Le quieres o no le quieres?

—No, en el sentido en que lo preguntas.

—¿Nunca le quisiste?

—Nunca.

—¿Entonces, por qué te casaste?

—Tenía que hacerlo. No por compasión; nunca he compadecido a nadie. Tampoco lo hice porque me saliera la lástima de adentro al verle impedido para siempre. Era algo más fuerte, un mandato de la conciencia. Y te aseguro que aquí donde me ves, tan ligera de cascos —sonríe entre amarga y cínica—, no puedo desobedecer los dictados de mi conciencia... (medita un momento con los ojos en el techo) ni las exigencias de mis instintos. Soy una mujer todavía joven y aún no me ha sido posible medir la enorme magnitud de mi fracaso. Creo que he sido siempre una fracasada, una desdichada. Siempre he buscado algo en la vida que la vida misma me ha negado. El amor..., los hijos. Quizá los hijos habrían calmado esta sed. Pero creo que estaré siempre condenada a vivir así, en este estado de inquietud permanente, de ansiedad, sin un norte fijo, buscando algo que no encuentro. Esta tarde te sentías culpable, temías haberme mancillado. Y puedes creer que, escuchándote, veía desnuda tu alma y conseguiste conmoverme. Un poco, te lo aseguro, sólo un poco; pero si he de decirte la verdad, ha sido la primera vez que me ha sucedido. Se me ocurrió echarlo a broma y decirte que, si te sentías manchado, que te tirases al río y de él saldrías limpio. ¿No es eso lo que hacen los hindúes para lavar sus pecados, cuando se bañan en el Ganges? Me pareció cruel decírtelo. Para mí las cosas son mucho más sencillas: cuando me siento sucia, me meto en la ducha, me enjabono bien, de pies a cabeza, me perfumo y, cuando salgo, ya estoy limpia.

—Silvia, todo lo que dices, todo lo que me has contado, es bastante complicado. Francamente, no lo entiendo.

—¿No lo entiendes? Pues está muy claro.

—¿Te cuidas de tu marido?

—Mi marido tiene quien le cuide: enfermeras, criados...

—¿Y tú?

—Yo estoy allí... cuando estoy. Le acompaño. Estoy atada a él, mejor que atada, encadenada. Pero se trata de una cadena muy larga, tan larga que, a veces, me siento libre, más libre que pueda estarlo ninguna esposa en el mundo. Ninguna mujer es más libre que yo. Pero la cadena existe.

—Córtala.

—¿Cómo?

—Hay separaciones judiciales, anulaciones. Ahora creo que las cosas son más fáciles. Yo te quiero. Creo que seríamos felices, muy felices.

—Me pides que rompa una cadena y me ofreces a cambio otra más gruesa y más corta.

—Eres cruel conmigo. Te estoy hablando honradamente.

—¿Crees de verdad que esto es honrado?

—Mis intenciones lo son.

—También lo eran cuando mirabas a la estampa de la Virgen.

—Te estoy haciendo proposiciones concretas.

—Ya. Si yo fuera americana me sentiría feliz. El divorcio lo arregla todo. Maridos de quita y pon. Pero resulta que no soy americana, que he nacido en este país nuestro, que tengo mis ideas propias, amorales o inmorales, como quieras llamarlas, y me atengo a ellas.

—Ahora eres cruel contigo misma.

—No me interrumpas. Te estoy desarrollando una teoría. No se nace impunemente en un país. La tierra lo da todo: la lengua, el color de la piel, los huesos, los tuétanos y hasta la conciencia. Seguramente te estás preguntando qué clase de conciencia es la mía. Es la mía y no la de los otros. Todo lo disímil de la de los demás que tú quieras. Quizá sea la de una bruja, pero en esa conciencia, corrompida o no, existe un sentimiento. De ese sentimiento arranca la cadena que me une a él. Y es una cadena que no puedo ni quiero romper, porque me la he impuesto yo misma. Lejos o cerca, tengo que estar unida a él, aunque sea para su desdicha y para la mía.

Suspiró y agregó en tono distinto, más animado, como quien quiere quitar gravedad e importancia a lo que acaba de decir:

—Pero las cosas no son tan trágicas como parecen. Entre las personas educadas, sensatas, existe el comedimiento en el decir y la sangre nunca llega al

rio. No lo comprendes y te extraña. Entre los nuestros las cosas pasan así: van como sobre railes. Las tempestades no agitan el agua de un vaso. La vida no es una balsa de aceite, pero todo se sabe y todo se ignora, o se aparenta ignorarlo. Pero, ¿qué te pasa, querido? Estás triste y no debe ser así. Cambia esa cara y no pienses. (Se había vuelto, me acariciaba con sus manos finas, se apretaba contra mí.) ¿Ves? Estamos juntos y eso es lo importante. La felicidad, se ha venido repitiendo desde Horacio —o quizá antes—, es fugaz como el instante. Hay que captarla en el momento preciso, aprisionarla. ¿Qué nos quedará luego? El polvillo dorado de las alas de la mariposa que tuvimos en nuestras manos; el perfume de una flor, la luz materializada en un cuadro impresionista. Eso quedará siempre de las cosas que pasan. Los momentos fugaces de la dicha, del amor, también pasan, pero perviven en el recuerdo, en lo más íntimo de nosotros mismos. Son como un sedimento que nos gozamos en remover para revivir el pasado. Quiéreme mucho, como me has dicho antes, como me has querido esta tarde.

Es viva, vibrante de frío, la luz en la altura. Una brisa de nieve orea la cabellera de Silvia. A la vera de la cuneta, morral a la espalda, el caminante pregunta con forzada indiferencia:

—¿Nos volveremos a ver?

—¿Lo deseas?

Hay una intención maligna en la pregunta. El caminante lleva su cuerpo cubierto con las huellas de los labios y de los dientes de Silvia. Se siente desmañado, casi desfallecido, insomne y con plena conciencia de sus limitaciones cree que, probablemente, no podía ir más allá. Pero el encuentro sería otro día.

—Sí; deseo quemarme en ti, disolverme en ti.

Ella sonríe con una llamita perversa en los ojos.

—Tal vez lo consigas, si te lo propones.

—¿Dónde nos encontraremos?

—No lo sé. Por estos pueblos, por estos caminos de Dios sí, como dices, si-gues por aquí una semana.

—Seguiré.

—Nos encontraremos.

El coche arranca suave, dulcemente, acariciando con la blandura de sus neumáticos las piedras esquinadas y el polvo de la carretera.

El caminante, sólo a medias, se decide a hacer camino. Friolento, cansado, decaído, dominado por hondo desaliento, haciendo de tripas corazón, toma la carretera de Hoyocasero.

La carretera culebrea entre la venta del Obispo y el Hoyo. Se retuerce plagándose a los altibajos del terreno, ciñéndose a las faldas de los montes. El paisaje tiene un cierto encanto severo y triste, el triste y severo encanto que, a veces, se exhala de los pobres. El sol y la brisa cabalgan a lomos de la tierra en la tarde recién estrenada. El caminante piensa que en la montaña, cuanto más hermoso e imponente es el paisaje, peores son las carreteras y los caminos. En una loma, no muy próxima, reniegrea, como en un festón, el encaje pardonegruzco del encinar.

Un bulto se mueve lento por la carretera. Es un hombre encorvado bajo el peso de una haz de leña. El hombre se detiene un instante. Mira hacia el terraplén que le queda a la izquierda. Por fin se decide y, de espaldas, descansa el haz sobre el ribazo y se sienta. Hasta los oídos del caminante llega un jadeo de pecho antiguo, con susurros de órgano cascado. Saludo:

—Buenas tardes.

—Buenas tardes tenga usted.

—¿Pesa el haz?

—Lo suyo..., pa mí. Comprenda usted. Uno ya es viejo y le quedan pocas fuerzas.

—Ya. ¿Cuántos años tiene?

—Dos más que la mujer y ella dice que tiene setenta y cinco. Con que setenta y siete.

—¿Fuma?

—Sí, señor. Todavía fumo, pero poco. Ahora está el tabaco muy caro y la vejez acaba con los vicios.

Le ofrezco un *Ducados* y le doy lumbre.

Al viejo, pequeño y enflaquecido como el práctico en ayunos y vigiliás, le tiembla la mano rugosa con manchas cárdenas. Tiene la cara color de tierra y se cubre con una gorra mugrienta, deshilachada y punteada en el filo de la visera, en la que el cartón se abre en un bostezo.

—Demasiados años para cargarse como lo hace, ¿no?

—Ya. —Permanece pensativo. Luego levanta la cara hacia mí y entreabre la boca mellada—. Si no fuera por la mujer, no podría. Ella me ayuda todos los días. Lo que pasa es que hoy está malucha y la he dejado encamada.

El viejo usa gafas, unas gafas antiguas, con un cristal deslustrado y otro brillante, que le dan el aspecto de un viejo halcón desplumado y tuerto, o de un extraño y antológico pez del Alberche. Su miserable atuendo tiraría a limpio si el pardo verdoso de la pana raída y pieceada lograran alguna vez parecer limpios.

—Claro; hay que calentarse. El invierno por aquí es duro —le digo.

—La mujer y yo nos calentamos en la cama. Tenemos ya los huesos fríos. La leña es pa venderla.

—¿Cuánto le pagan por el haz?

—Quince o veinte pesetas, según.

—¿Cobra usted subsidio?

—Sí. Muy poco. Con el haz de leña nos ayudamos.

—Ya.

El viejo cambia la conversación. Nunca ha salido del pueblo. Ni siquiera sirvió al rey. Sólo salió el otoño pasado para ir al hospital. Se había quedado ciego. “Malo es ver cómo cada día se ve un poquito menos, hasta que sobreviene la oscuridad. Entonces, como uno no ve dónde pone los pies, le entra el miedo. Tiene usted a la mujer delante, que le habla, y no la ve. Tampoco ve usted los cerros, ni los picos, ni el cielo cuando se nubla ni cuando está azul... Nada. La oscuridad. Y entonces está usted más solo y amedrentado. Ya ve usted, el campo y el cielo, pa nosotros, los pobres, es todo, todo.” Lo operaron de cataratas. Con el ojo izquierdo no ve nada. Su mujer tampoco ha salido nunca. Es muy trabajadora y mirada por una peseta. Cuando era joven, siendo novios, quiso llevársela de criada la señora condesa a Madrid. Estaba guapa entonces. Ahora, ya se sabe. Los viejos no son guapos.

—El señor conde es el dueño de la finca, ¿sabe usted? Una finca hermosa y rica. Tiene huertas, pastizales, tres fuentes, pinos y encinas.

—¿Viene por aquí?

—No sé. Hace ya muchos años que no lo veo.

El viejo se detiene. Parece recordar, escharbar con dificultad en los desvanes del recuerdo. Por lo que tarda, le debe costar trabajo orientarse en ese desván cubierto por las telarañas y el polvo del tiempo. Al fin parece haber cogido el hilo y, pausadamente, va desenterrando el ovillo:

—Creo que sí, que vendrá. No se abandona así como así una finca como ésa. Hay caza, mucha caza. Perdices, conejos, liebres... De todo, de todo. El señor conde organizaba buenas cacerías con sus amigos de Madrid. Las escopetas, los perros. Un año... Todavía me valía bien. Con cuarenta o cincuenta años, un hombre se vale. ¿Qué le decía?

—Hablabas del señor conde y de la caza.

—¡Ah! Sí. Un año me mandó aviso de que iba a venir a cazar, pa que le hiciera un puesto no lejos de una fuente. Fijese usted que yo conozco la finca mejor que mi cuerpo. Yo sabía dónde estaban las perdices y adónde iban. Le hice un puesto bien hecho y en buen sitio. Nos fuimos con dos escopetas. Entraban... ¡cómo entraban! Yo no hacía más que cargarle las escopetas y él, venga a tirar y tirar. Sin moverse, aquella tarde mató cincuenta y seis perdices. Era muy buen cazador el señor conde.

—Y esa noche usted y su mujer comerían perdiz.

—No, señor. No me dio ninguna.

Quedó pensativo, con la cabeza abrumada. Tras unos instantes la alzó con lentitud y siguió:

—Los señores tienen muchos amigos, compromisos... Me dio dos pesetas de plata, de las que había antes.

—¿Y usted no cazó nunca por su cuenta?

—Nunca. Lo pillan a uno el guarda o los civiles y luego vienen los dares y tomares.

—Ya.

—El señor conde tenía tres hijas. Montaban a caballo y cazaban. La menor, que era muy guapa, mató cuatro lobos en una batida.

Con la colilla entre los exangües labios, el viejo ladea la cabeza, que gira con dificultad sobre el flaco cuello rugoso. En el cristal deslustrado hay un sueño vaporoso, aneblinado, de fincas con manantiales, huertas con frutales y de montes con encinas y pinar, llenos de ladridos de perros, de lobos acobardados, de cazadores intrépidos y de arriesgadas amazonas.

Después de una larga pausa, pausa cargada de años, suspira y dice:

—Seguramente es el señor conde quien le ha dicho al guarda que me deje recoger leña seca.

—¿Sí?

—Seguro. Aunque hace muchos años que no me ve, ése se acuerda de mí. El otro día me pilló el guarda cogiendo leña y no me dijo na. Si el señor conde no le hubiera dicho que me dejara coger leña, el guarda me habría dicho que la dejara y que no volviera. ¡Quién sabe! Hasta podía haberme denunciado.

—¿No le dijo nada?

—Ni una palabra.

—¿Y cuánto dice que le pagan por el haz?

—Tres duros.

—¿Me lo vende?

El viejo ladeó la cabeza y, con gesto desconfiado, me asestó el cristal del ojo bueno.

—¿Pa qué quiere usted un haz de leña?

—Es asunto mío. Se lo compro y no tiene que llevarlo al pueblo.

La duda se reflejaba en el cristal transparente, herido por los rayos del sol.

—Vamos —insistí. Le doy cinco duros por él y no tiene que llevarlo al pueblo.

—Usted se chancea.

—Nada de chanzas. Le estoy proponiendo un trato. ¿Le conviene?

El cristal brillante parecía animarse con el destello de la esperanza; en el deslustrado persistía un vago sentimiento de duda, de desconfianza. Tras un silencio de lucha interna, concedió:

—Bueno. Si usted se empeña...

El caminante saca cinco duros de su portamonedas y los pone en las manos del viejo. Este los mira, los acaricia y los guarda en el bolsillo del chaleco.

—¿Otro pitillo? —le ofrezco.

—Bueno. Lo guardaré para luego.

—Me despido, abuelo. Que lo pase bien y que encuentre buena a su mujer.

—Gracias.

Y cuando he vuelto la espalda:

—¿No se lleva usted el haz?

—¿Para qué lo quiero?

—Entonces, ¿por qué lo ha comprado?

—Para liberarle de su carga. Para que, al menos un día, regrese usted descansado al pueblo.

—Entonces, ¿a usted no le sirve?

—No, señor.

—¿No lo quiere pa na?

—Para nada.

Al llegar a la curva vuelvo la cabeza. El viejo, muy lento, camina detrás de mí, hipando, con la carga en los riñones, con la visera de la gorra a dos cuartas del suelo. Me detengo y espero.

—¿Recuerda usted cómo se llamaba la hija menor del conde, la que mataba lobos?

Con el haz entre el ribazo y la espalda, el viejo se esfuerza por recordar. Por fin dice:

—No; no me acuerdo. Y sí que lo sabía; pero era un nombre raro, como si no fuera cristiano. Bueno, cristiano sí que lo sería. El señor conde no iba a poner a su hija un nombre que no fuera cristiano. Quiero decir que no era un nombre de los que se oyen entre los pobres.

—¿No sería Silvia?

—¿Silvia? Quizá fuera eso, pero no lo juraría. La memoria me falla mucho. Con la edad pierde uno todo, menos las ganas de vivir.

La tarde refresca. Suena vigoroso un claxon. En el automóvil que cruza rauda creo reconocer a mi viajera, con su aire distinguido, con gafas oscuras. A su lado va sentado un cuarentón de aspecto deportivo y no menos distinguido. Mi viajera no me ha reconocido y no ha parado el coche. Debajo de las ruedas, el soplo de los neumáticos aventaba el polvillo del camino.

Y el caminante se ha quedado triste. Lo que son las cosas, el caminante se siente contrito y casi culpable, porque sin saber cómo se le ha venido a las mientes que la figura de la miseria y el dolor humanos no han desaparecido de nuestros campos, que es frecuente encontrarla a lo largo de nuestros caminos en la forma de un viejo casi ciego, de setenta y siete años, con un haz de leña a cuestas. Escalando las cumbres de las montañas, recorriendo caminos y aldeas perdidas, el caminante encuentra vidas oscuras y dolientes y, por todas partes, quisiera ir acumulando en el pecho el sentir y el penar de los otros, ensancharse, dilatarse hasta confundir con la propia existencia la existencia y el vivir de los demás.

Hoyocasero está a la vera de la carretera, recostado en la ladera de la montaña. Por su proximidad al río, por su arbolado, es quizá el menos pobre de los pueblos del alto Alberche, aunque su aspecto no difiere mucho del de los ya mentados. Huyen sus habitantes del aire puro de la sierra en busca de la atmósfera viciada de las ciudades y de las lenguas extrañas. Escapan incluso los que tienen tierras, los que poseen bienes de fortuna.

Tras una vuelta por las calles, que no son calles, torna el caminante a la carretera y en la primera curva se echa a un lado para dar paso a un *Citroën 2CV*. Se para el vehículo.

Está ocupado por don Gerardo, cura inquieto, viajero y poeta, su hermana Pilar y Maria Luisa. A ésta última el caminante la conoce sólo de vista.

—¿Adónde vas, disfrazado de vagabundo, por estos caminos? —le pregunta el cura.

Don Gerardo ha trotado por los caminos del mundo. Por los de Europa y América de “clergyman”, por los de la diócesis con hábitos talarés. Don Gerardo tiene amigos en todas partes y se complace en el trato llano, de igual a igual, con los humildes.

—De algo hay que disfrazarse para andar por el mundo. Unos nos disfrazamos de vagabundos o turistas, otros de guardias y otros de curas. El disfraz de cura es el mejor: un salvoconducto, un seguro de respeto y de buena acogida.

—Y algunas veces de desconfianza. ¿Y el de vagabundo?

—El de vagabundo desata el furor de los perros. Y el recelo de la gente de bien.

—Sube, mala persona.

El caminante desaloja del lado de su hermano a Pilar. A Pilar, con sus veinte años, menuda y con grandes ojos negros, en los que rebosa la alegría, le va como anillo al dedo el apelativo de chica. Morena de cutis claro y sonrosado, tiene la nariz fina y palpitante, la boca carnosilla y roja. El pelo largo y negro como la tinta, le cae hasta los hombros. En moderno y en pequeño, recuerda su cara a la de las madonnas de los pintores italianos renacentistas.

—¿Qué te trae por aquí?

—Recorro esta sierra.

—¿Preparas algo?

—Sí.

—Has elegido mala época. Ahora está esto desagradable.

—¿Cuándo está agradable?

—Hombre, lo que se dice agradable para vivir aquí, nunca. Para pasar el día de pesca, es estupendo en la primavera avanzada y en el verano.

Dejamos atrás curvas y gargantas con chopos acerados y robles cobrizos. Empieza el pedregal desnudo. Ralea el pastizal. Coronamos una cuesta. A la izquierda de la carretera, disimulado en la falda de un monte gris, entre piedras redondeadas por la erosión, se columbra la mancha parduzca del pueblo, anunciado por las siluetas de algunos álamos.

—Ya hemos llegado —dice el Padre. Y, torciendo a la izquierda, entramos por un camino difícil. Después de cambiar de velocidad, por lo brusco de la subida, se para en una explanada ante un edificio nuevo, con grandes ventanas. Son las escuelas.

—Bueno, vagabundo, quedas libre para saciarte de campo. Puedes ir adonde quieras. Todo es tuyo. Yo te lo regalo.

—Gracias, eres muy espléndido.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Don Gerardo y las chicas entran en una de las escuelas. El viajero queda solo y mira el contorno. La explanada sirve de patio de recreo y campo de deportes a los niños y las porterías están hechas de troncos de chopo, que aún conservan las blancas cortezas.

En su afán de ver, el viajero entra en Navalosa. La calle principal es una senda abrupta y maloliente que conduce a la plaza. La tal plaza es un ensanche escarpado en el que se hallan la iglesia, el Ayuntamiento y el Comercio, con mayúscula. El viajero lo curioseá todo: el paisaje urbano y las gentes. Las casas, no más altas que él, con entradas estrechas, muy bajas, orladas de franjas de cal o de cal al azufre. Las puertas, toscas, partidas por la mitad. En algunos casos, la mitad superior está abierta y la inferior permanece cerrada. El viajero se quita las gafas de sol para otear el interior. Cuchitriles de techos bajos y paredes adornadas con fotografías tamaño postal, ensuciadas por las moscas. Una puerta que da acceso a una habitación donde, sobre un catre yace un jergón sucio y sin sábanas. A la izquierda de la puerta de entrada, una escalera de manera de cincuenta o menos centímetros de anchura, que sube hasta el desván. Las casas están construidas a base de piedra, de granito, sin ningún elemento de unión, argamasa ni mortero, entre las juntas de los toscos pedruscos.

Esas casas con fachadas desnudas, desiguales, renegridas, descarnadas, con sus miserables y ruinosos tejados de viejas tejas o de paja, parecen viviendas del Paleolítico adosadas por economía de trabajo y de materiales a enormes peñascos.

Las mujeres —seres humanos— que circulan por las callejuelas erizadas de rocas, por las que corre el agua amarillenta y el orin procedente de los interiores, están a tono con sus casas y con sus míseros ajuares. Visten, en general, ropas negras, viejas, desteñidas por el sol, la lluvia y el aire, e incluso las pocas jóvenes que se ven, a los veinticinco o treinta años, cargadas de hijos, mal alimentadas, parecen ancianas. Tan curtidos y rugosos están sus rostros, canosos sus grasientos cabellos, encorvados sus cuerpos, ajados y estropeados sus lamentables vestidos y calzados. Se las ve caminar bajo pesadas cargas de piorro, transportando cántaros de agua, con escardillos o azadas al hombro.

Aún es invierno y ya se ven moscas y mosquitos en la calle, posados sobre inmundicias, boñigas y cagajones.

La pareja de la Guardia Civil sale del sórdido edificio municipal. Son un cabo y un número. Al viajero se le antoja que, con su macuto al hombre, les inspira desconfianza. Entablan conversación la pareja y una mujer que barre delante de la puerta. Señala la pareja la vieja y achaparrada iglesia, cuyo tejado se ha hundido por la parte de la espadaña. En los ojos azules de la torrecilla se recorta el bronce duro y verde de las campanas.

—¿Cuándo la arreglan? —pregunta el cabo.

—¡Ah! ;Quién sabe! El señor cura quiere que demos cada vecino mil pesetas, pero es mucho dinero.

—Si que es bastante.

—Los hombres están dispuestos a la prestación personal, pero lo que es dar dinero...

El viajero da la vuelta a la iglesia. Montones de apolilladas maderas y cascotes. La entrada está cubierta por un sobradillo y las paredes, de sillares ahumados, amenazan desplomarse. Allí han debido pernoctar los gitanos muchas veces si es que, por acaso, asomaron por el pueblo. La pareja, que también ha dado la vuelta a la iglesia en sentido contrario, ataja el paso al viajero. Interroga el cabo, inquisitivo, al viajero:

—¿Qué se hace por aquí?

—Ya lo ve.

—¿Es del pueblo? —la voz suena aspera, chirriante.

—No.

—¿De dónde es?

—De Avila.

—¿A qué se dedica?

—Soy periodista.

El viajero comienza a sentirse inquieto. El cabo, con su uniforme y tricorpio de campo, su galón dorado, su pistola y su fusil ametrallador al hombro, no deja de considerarle con el mismo aire de desconfianza, y el número parece participar del mismo sentimiento de su superior inmediato. El caminante siente conatos de rebeldía, pero es prudente y sabe del respeto debido a la benemé-

rita. Enfrente de él están los dos guardias, con cara de pocos amigos. En un plano superior, detrás de ellos, el Ayuntamiento, con su sórdido aspecto, sus ventanucos cruzados por pesados barrotes de hierro, que hacen pensar en lóbregos calabozos. La benemérita tiene reglamentos estrictos, es celosa en el cumplimiento del deber. El servicio, el orden y el honor son su divisa.

—Su documentación, ¿me hace el favor?

—Con mucho gusto.

El viajero le entrega su tarjeta de identidad. El cabo la toma, la lee y se la devuelve.

—No tiene usted pinta de periodista.

—Ya. El hábito no hace al monje.?

—¿Qué le trae por aquí?

—Recojo datos para un libro.?

—¿No le parece esto muy feo y muy pobre para un libro?

—Me parece interesante. Es hermoso.

—¡Bah! Aquí no hay más que miseria.

El hielo se ha roto. Hablamos del pueblo y de la comarca, de sus condiciones de vida. Estamos de acuerdo en que las gentes viven pobremente y en que el terreno es misero. Los habitantes, al decir del cabo, están acostumbrados a esa vida desde hace siglos y no les parece que viven tan mal. El cabo y el número no se ponen de acuerdo sobre algunos puntos de los que, ahora, quieren ilustrar al viajero, que aprovecha la oportunidad para despedirse:

—Les dejo. Hasta otra vez.

—Adiós.

Mientras camina, remira el caminante las viviendas sin luz, sin ventilación. Allí se vive. Allí alumbran las mujeres y nacen los niños. Los mismos niños que circulan por las callejas de cieno y estiércol.

—¿Trabajas, niño?

—Sí, señor.

—¿Cuántos años tienes?

—Diez.

Trabaja el pequeño huerto de patatas y hortalizas, rodeado de bardas, con

algún frutal, o el diminuto campo de centeno también con su cerca de pedruscos. Pregunto a la mujer, seguramente, su madre:

—¿Así ha sido siempre?

—Y así será.

—¿Hasta cuándo?

—¡Quién sabe!

¿Por qué estas gentes no emigran? ¿Por qué están aferradas a su vida secular, al yermo de su tierra, a sus miserias? Aquí se rompe la ley del éxodo del campo a la ciudad, porque estos seres viven tan mal que albergan la creencia de que sus condiciones de existencia no mejorarían cambiando de medio. Y, sin embargo, el hombre propende al mejoramiento como la planta a la luz. ¿Por qué se agarran a esta tierra estéril, como los líquenes y la vegetación raquítica, que pugnan por arraigar en este suelo de granito? El mejoramiento, quizá el bienestar, están a dos pasos, en los coches de línea, en los camiones que van a Madrid.

El caminante está de nuevo en la explanada y desde allí contempla el paisaje. Hacia el Sur, la barrera de las montañas de Gredos, que se extiende desde saliente a poniente, obstruye el horizonte. Al Este, en el fondo del barranco, Burgohondo y Navaluenga, donde empiezan los viñedos y los frutales. Son terrenos menos miserios. Al Oeste, el puerto del Pico y más a la derecha, la masa de Gredos, con su Almanzor cubierto por nieves perpétuas. Lo inmediato, lo próximo, es la sierra semipelada, de escaso y bajo matorral, azulada o violácea, con vegas ínfimas junto al Alberche. Cañones y gargantas se hunden a sus pies, se redondean las lomas y, a su frente, se yerguen los picos. El paisaje es árido, triste, resignado como las gentes del lugar. Pero también es vigoroso, tremendamente vigoroso. Y, de pronto, el viajero se da cuenta de que empieza a gustarle, que es inmensamente hermoso en su severidad, en su suelo descarnado, en su pobreza obscena en la que ya late y germina una vida elemental, envuelta en la nítida e incomparable luz de la montaña carpetovetónica. Y se le ocurre al caminante que todo ese paisaje que, en perspectiva inmensa, se extiende ante sus ojos plegándose, retorciéndose y contorsionándose, es como el manto de un carmelita imposible, descuidadamente tendido y del que el sol arrancara extraños reflejos.

El viento es suave y se nota la tibieza del sol.

Resuena en el interior del edificio la voz del Padre Gerardo, que sale clara y distinta por los ventanales abiertos. Deduce el caminante que la predicación está a punto de terminar y, en efecto, sobreviene un minuto después un murmullo de voces que se mezcla al estrépito de sillas y pupitres que se desplazan. Compactos, silenciosos y lentos, salen grupos de hombres, mujeres y niños. Por último, aparecen don Gerardo y las chicas con los maestros.

Habla Pilar al caminante:

—¿Verdad que el día es hermoso?

—Como de primavera.

—¿Te gusta el paisaje?

—Mucho.

—¿Qué has hecho en todo este tiempo?

—He entrado en el pueblo para verlo.

—¿Qué te ha parecido?

—Muy mal.

—No lo sabes bien. Tendrías que haber pasado aquí unos días y entrado en las casas. Así y todo, no es bastante. Hay que oír lo que cuentan el médico y los maestros. Sobre todo, el cura y el médico. Describen unos cuadros que se cae el alma a los pies.

—He visto a la Guardia Civil.

—¿Y qué?

—Me han interrogado como si fuera sospechoso.

—¡Ja, ja, ja! Con esa pinta. Y te has asustado.'

—Me han dicho que tengo cara de buena persona.

—¿La Guardia Civil?

—Una mujer muy guapa.

—Ya, ya. Así será ella. Como la Guardia Civil tiene mejor ojo, ha pensado que estabas planeando algún robo. Si te han visto dando vueltas alrededor de las bardas...

—¡Bueno! ¿Tengo yo cara de robagallinas?

Pilar se pone bruscamente seria.

—Cara de buena persona, cara de buena persona... Cara de facineroso es lo que tienes.

—Aunque has reaccionado tarde te has picado.

—No es verdad.

Pasan don Gerardo y los maestros a otra de las aulas. Se nos incorpora María Luisa con una cámara en bandolera. A María Luisa le crece abundante y fuerte vello negro en la sotabarba.

—¿Nos acompañas hasta lo alto del cerro? —pregunta Pilar.

—Sí. Creo que va a ser un buen ejercicio.

Atravesamos el pueblo. En las callejas, chiquillos sucios de gordas cabezas, troncos raquiticos, abultados vientres y flacas extremidades. Pasada la plaza, casi en las afueras, nos cruzamos con la pareja, que conduce a un hombre joven, flaco, huesudo. La silueta de una mujer se recorta, negra, sobre el fondo gris humo de la pared. Pilar se le acerca.

—¿Qué ha hecho? —le pregunta.

—Le ha pegado una paliza a su mujer que la ha dejado por muerta.

—¿Por qué?

—Dice que esconde el dinero y que no le quiere dar de comer.

La subida al cerro no presenta dificultades. Camina el viajero delante de las chicas y, de vez en cuando, se vuelve para darles la mano y ayudarles a subir algún ribazo. Tardamos cerca de una hora en llegar al pie de la cruz. Jaldan las chicas.

—¡Qué cansada estoy! —exclama Pilar—. No parecía que hubiera tanta pendiente.

—Es más fuerte la del Almanzor —dice el caminante con sorna.

Pilar sigue con la vista la dirección que señalan el brazo y el índice extendidos del viajero. El Almanzor nos muestra su poderosa testa blanca, que brilla como un espejo. Corre una brisa fresca.

—Es frío el vientecillo —dice María Luisa.

—Del mismísimo cogollo de las nieves —responde Pilar.

María Luisa se retira un poco en busca del ángulo favorable para obtener una buena fotografía del pueblo. Pilar está de pie sobre una roca plana y su silueta se recorta contra el azul del cielo. Con la falda sacudida por el viento, que

se la ciñe a los muslos y el vientre, se recoge el pelo en la nuca en un cambio de horquillas. Utiliza las dos manos en la tarea y el viajero piensa que, en aquella actitud, no hay mujer que no resulte provocativa.

—¿Verdad que el panorama es hermoso? —comenta ella.

—No está mal del todo. Me parece muy apetecible.

Ella se da cuenta de que la miro y, habiendo captado la intención, dice zumbona:

—Eres un sinvergüenza.

El caminante se hace el ingenuo:

—¿Por qué?

—Y un verde.

—No sé por qué me insultas. ¿Por lo que he dicho?

—Por la intención.

—¿Qué intención?

—Ya lo sabes. A las amigas no se les dicen esas cosas.

—Las amigas, por el hecho de serlo, no dejan de ser mujeres.

—¿Cuándo hablarás en serio?

La pregunta queda sin respuesta. El caminante cree que a Pilar le habría gustado prolongar la conversación, pero María Luisa se nos acerca. Nos habla de la cruz, de un muerto. Después de la guerra, la sierra estuvo infesta de maquis. Durante el descenso habla de guerrillas, de luchas, de batidas organizadas por la Guardia Civil con la ayuda del paisanaje.

Son las tres de la tarde. Los maestros han preparado una buena comida, a la que el caminante se halla invitado. A base de huevos y matanza. Melocotón en almíbar. Café y copa. Son las cinco y don Gerardo emprende el regreso a Avila con su hermana y María Luisa.

Salimos a la explanada. El vientecillo es frío y penetra. Nos despedimos. Pilar está contenta, le arden los ojos.

—¿Nos veremos?

—Por supuesto.

—¿Y continuaremos la conversación?

—¿Con un facineroso y todo lo demás?

—Tienes cara de buena persona.

Parte el *Citroën* y el caminante se vuelve a los maestros.

—Yo también me marchó.

—¿Adónde?

—A Navatalgordo.

—Le cogerá la noche en el camino y no encontrará posada. Quédese, tenemos cama para usted.

El caminante se queda. Por la noche juega al tute subastado con el maestro y su mujer, y les gana —muy a pesar suyo, debe confesarlo— catorce duros con cincuenta céntimos.

De Navalosa a Navatalgordo son 10 kilómetros de mala carretera. Estrecha y zigzagueante, a medida que el valle se abre y dilata, se separa del río y asciende hacia la cumbre. No se distinguen signos de arbolado si no es allá abajo, en las márgenes del río y al otro lado, en las laderas de Gredos. Poco a poco va desapareciendo todo vestigio de pasto y quedan solitarias, acá y allá, las matas del piorno. Emerge la corteza de granito y todo es gris, tremendamente gris. El paisaje es un desierto de piedra. Espera uno, a la vuelta de una curva, encontrar una garganta con algún árbol, con un remiendo verde. Después de muchas curvas, uno se da cuenta de la inutilidad de su espera, porque aquellos parajes son la desolación de lo gris. El canchal sucede al canchal. La carretera serpentea y por encima está el cielo limpio. No hay nubes, no hay humo, no hay pájaros. Ni siquiera águilas ni buitres. Se siente uno preso en la libertad de lo gris. Lo gris, lo gris duro de la piedra, sobrecoge, amilana. Está uno solo. Por encima, el cielo, de un azul puro e inclemente. ¿Cómo puede, entre Navalosa y Navatalgordo, ser el cielo inclemente?

El cielo está en íntima relación con la naturaleza. La naturaleza, en Navatalgordo, es una paisaje de dureza mineral y esa dureza se transmite al cielo. La tierra, en esa zona, es inhóspita, hostil, insolidaria. En la lucha del hombre con la naturaleza, a la larga, vence el hombre. Por eso vive en los desiertos de arena y en los desiertos de hielo. También vive en los desiertos de piedra. La vida en su lucha a escala planetaria, a escala universal, ha triunfado hasta

ahora y probablemente continuará triunfando durante centenares de millones de años. La vida, la vida humana, ha triunfado y triunfa cada día en lucha constante contra la naturaleza en Navatalgordo. ¿Cómo? Uno no se lo explica. Tampoco se lo han explicado al caminante. Antiguamente, y de ese antiguamente todavía no hace demasiados años, existía una fuente de ingresos. Pero es preferible dejar de lado esa historia. Antes, la fuente de ingresos con que nutrir la miseria, existía. Con el cambio de los tiempos, la fuente se agotó.

—¿Y ahora, buena mujer, de qué viven ustedes?

—Ahora vivimos como podemos. La misericordia de Dios es grande.

El valle del Alberche es ancho, un enorme foso entre dos sistemas montañosos. A partir de Hoyocasero encontramos en nuestro camino muchos pueblecitos en cuyo nombre entra el término nava. Navalosa, Navatalgordo, Navarredondilla, Navandrinal, Navalunga, Navalmoral de la Sierra, San Juan de la Nava. También quedan atrás y a la izquierda, Navaquesera y Navala-cruz. Al otro lado del Alberche, Navalsauz. De todos los que el caminante recorre, es Navatalgordo el que se asienta en la nava más elevada, sobre un pedregal y, por encima el cielo. Las otras navas están más abajo, hay que descender hacia el río. En Navatalgordo crujen las piedras bajo el sol y el hielo.

Sin embargo, el viajero ha tenido suertecilla. El aire está quieto; el cielo, limpio y el sol es tibio. Son las doce y media de la mañana. La explanada de las escuelas se llena de gritos jubilosos, de carreras de niños y de niñas que chillan, juegan y alborotan. Una vida nueva, pujante y extraña, cuajada de no se sabe qué promesas, estalla en el pedregal.

Una muchacha rubia, en el quicio de la puerta de la escuela, mira hacia el interior. El cabello, como una cascada lisa y luminosa, le cae hasta la mitad de la espalda. La muchacha rubia es fuerte y alta, clara de cutis y de ojos como una holandesa. Viste con gusto. El caminante la mira con asombro. “¿Será posible que entre estas piedras...?”.

—¿Es de aquí? —pregunta a la mujer señalando a la muchacha.

—Sí, señor; es mi hija.

La joven ha entrado en la escuela.

—Pues tiene usted una hija muy fina. Cuando la he visto pensé que sería la hija o la hermana de algún maestro. Tiene trazas de estudiante.

—Es mi hija. La he tenido cuatro años sirviendo en Madrid.

La mujer suspira. Vestida de negro, atezada, con el pelo canoso, no debe ser vieja, aunque lo parece.

—Su hija es rubia y usted es morena.

—Ya. No nos parecemos en nada.

La muchacha rubia sale de la escuela llevando sobre las espaldas, como un saco, a un chico corpulento y lo deja con cuidado en un sillón de ruedas. Hace una señal con la mano a su madre y se aleja empujando el sillón.

—¿Y el chico?

—También es hijo mío. Son lo único que tengo.

—¿Qué le pasa?

—Tiene parálisis progresiva.

El caminante no puede evitar un estremecimiento.

—¿No lo han llevado al médico, a Madrid, a Barcelona?

—Sí. Lo he tenido en San Juan de Dios. Lo han visto muy buenos médicos.

—Ahora hay centros de recuperación.

—Sí, señor. Pero para mi hijo no hay nada. Eso va cada día peor. Tiene dieciséis años. Antes era como todos, no crea usted que nació así.

—¿Qué tiempo hace que lo tiene así?

—Seis años y cada día lo veo ir a menos. Desde los seis va a la escuela y a los diez empezó a perderme fuerzas. A lo primero subía la escalera él solo con la cartera y todo. Luego, ya no podía con la cartera y se la subían sus compañeros. Los compañeros le quieren mucho, ¿sabe usted? Mi hijo es muy bueno, muy humilde. Si un compañero le hace una trastada —los chicos, ya se sabe, a veces hacen el mal a posta—, siempre procura buscarle excusas. “Ha sido sin querer”, dice, para que el señor Maestro no los castigue.

El caminante sigue con los ojos a la muchacha rubia, que empuja el sillón de ruedas. Con su falda blanca, con su jersey amarillo, con su cabello en cascada, la muchacha tiene aire de princesa de cuento nórdico. La mujer continúa hablando:

—Cuando ya no pudo con la cartera los chicos se la cogían y le ayudaban a subir y a bajar, pero llegó un momento en que ya no podían con él. Pesaba

mucho, se les caía y rodaba escaleras abajo. Entonces venía yo a traerlo y a recogerlo, a cuestras, como lo ha sacado mi hija. Ahora ya pesa demasiado y no puedo con él. Por eso me he traído a mi hija y le hemos comprado el sillón de ruedas.

—¿No vive amargado?

—No, señor.

—¿Ni tiene mal carácter?

—Es un bendito. Dios le ha dado su santa paciencia. ¿No le digo que disculpa a todo el mundo? Y eso que va peor cada día.

—¿Y tiene ganas de ir a la escuela?

—Sí. Le sirve de entretenimiento y aprende. Es muy listo. Todo lo que les explica el señor Maestro se le queda en la cabeza. Ahora tiene peor letra. Le fallan las manos. Cada día las tiene más flojas y pronto no podrá escribir nada. En San Juan de Dios le gustaba estar. Como todos los chicos estaban poco más o menos, no hacía comparaciones.

Suspiró y se pasó la mano por la frente:

—Aquí cada día está más triste.

—Se comprende.

—Me dijeron que era incurable, que no se recuperaba y que me lo trajera. ¿Qué iba yo a hacer?

El caminante cree que debe decir algo, pero no sabe qué. Aventura:

—Ahora hay muy buenos especialistas; quizá...

La mujer le interrumpe:

—Lo he llevado hasta a la curandera.

—¿Hay curandera aquí?

—No. En Navandrinal. Ya solamente me queda Lourdes y eso está muy lejos, en Francia. Para ir a Lourdes hace falta mucho dinero.

—Ya.

—Y si yendo a Lourdes la Virgen hiciera el milagro, valdría la pena empeñarse. Pero me he enterado. En San Juan de Dios había muchos enfermos que habían estado en Lourdes.

—Entonces...

—Esperaremos lo que Dios quiera. Hasta que la parálisis se lo lleve, como

se llevó a mi marido, como se llevó a mi cuñado. Los hombres de mi familia han muerto todos de parálisis. Mi hijo ni siquiera llegará a hombre. Y yo, bien sabe Dios que le pido que me entierre con él.

—No diga eso. Tiene usted una hija que es una flor.

—Mi hija ya no me necesita.

La mujer echa a andar y de pronto se vuelve.

—¿Tiene usted familia aquí?

—No, señora. Soy vagabundo.

—¿De los que piden limosna?

—Hasta ahora no. ¿Sabe usted dónde podrían darme de comer pagando?

—Como no sea en el bar... No es este pueblo de comidas.

—¿Dónde está el bar?

—¿Ve usted aquella casa blanca?

—Sí.

—Pues allí es.

El caminante da una vuelta por el pueblo seguido por chiquillos mugrientos y miradas curiosas. Finalmente cae por el bar. Es un local pequeño, oscuro, con bancos de madera a lo largo de las paredes y dos veladores. Detrás del mostrador, con tablero de formica, una rubiales rolliza, quinceañera, sirve a dos clientes, mozalbetes de dieciocho años.

—¿Qué quiere usted? —pregunta, contrariada.

—Un vaso de tinto.

La moza sirve el vaso. Los mozalbetes, de codos en el mostrador, ignoran al caminante.

—¿Qué puede darme de comer, señorita?

La rubiales, al oírse llamar señorita, dulcifica el gesto, que lo había puesto de vinagre.

—¿De comer? —Llama a través del vano de la puerta que hay detrás del mostrador: —¡Madre!

—¿Qué quieres?

—Ven.

Acude la mujer limpiándose las manos en el delantal. Morena y ojinegra,

rozagante y fondona, viste el hábito pardo de las carmelitas en cumplimiento de una apurada promesa.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Escruta con atención al forastero que ha llevado su vaso al velador del rincón, se ha sentado en el banco y se ve señalado por la barbilla de la hija.

—Quiere comer.

—¿Comer? Como no quiera usted huevos fritos y una lata de sardinas o berberechos, no puedo darle nada.

Habla desde el segundo y último peldaño de la breve escalera, enmarcada en el vano de la puerta como una santa en su hornacina.

—Prepare usted los huevos y las sardinas.

Termina de secarse las manos y pasa bajo la tabla del mostrador. Sale. Continúa la cháchara insulsa entre la chica y los mozalbetes. Luchan los rústicos en una demostración de fuerza y hombría, ante los ojos indiferentes de la mozueta. El moreno alto da en tierra con el flacucho rubio y lo inmoviliza. Lo deja y vuelve al mostrador sin darse más importancia. El otro, boca arriba, ríe a carcajadas, que suenan a falso, en un intento de ignorar su humillación. Por fin se levanta, va al mostrador y convida. Hablan en voz baja. Regresa la tabernera trayendo una hogaza grande y morena.

—¿Cuántos huevos le frío?

—Dos.

—¿Quiere usted algún torrezno?

—No vendrá mal. Póngalo y deje las sardinas.

Se agacha la mujer para pasar bajo la tabla y, cuando ya tiene la cabeza debajo, el mozo alto la empuja de lado y la sujeta con la cadera contra la jamba. Ríe la tabernera jocunda y carnal.

—¡Déjame, haragán!

—¿Que te deje? Tira.

El haragán aprieta con ganas.

—Suelta y no seas pollino, que me haces daño.

—Anda, escápate si puedes.

Ríe la comadre halagada y cachonda y el haragán le larga amistosa manotada en la nalga.

—¡Déjala!

Agil, esquivo el ganapán la bofetada de la moza y sale tras el mostrador la mujer encarnada por el asobino, sin que el arrebato de la cara ni la lumbre de los ojos revelen más que la satisfacción de la hembra cortejada.

—¡Gamberro!

Se marcha y reanudan la conversación los mozos y la rubiales. Entran dos camioneros y piden botellines de cerveza. El local se llena de voces y de la música de un transistor. Se abre la puerta para dar paso a nuevos clientes. Dos jovencitas con pantalones y cara de turistas piden *Coca-cola*.

Sirve la tabernera los huevos con tocino, pan y una naranja.

—Traigame otro vaso de tinto, grande.

El caminante tira de navaja y en diez minutos da cuenta del almuerzo. El local ha quedado vacío de clientes y sólo las dos mujeres friegan vasos detrás del mostrador.

—¿Le debo?

—Veintidós pesetas.

El caminante se levanta, entrega veinte duros y le dan la vuelta.

—¿Está muy lejos Burgohondo?

—Dos horas de camino si va usted a pie o en bestia.

—Hasta más ver.

—Vaya usted con Dios.

Retorna el caminante a la carretera. El sol va de vencida. En el vértice de una curva encuentra un coche parado, con un faro colgando, como un ojo fuera de su órbita. A la mano derecha, varios metros más abajo, está volcada una furgoneta, con una puerta desprendida y abollada. Cómo la furgoneta no ha continuado dando tumbos ladera abajo, es cosa que el caminante atribuye a la intervención del Ángel de la Guarda del conductor.

Hablan los dueños de los vehículos en medio de la carretera. De pie, junto al coche, un *Mercedes*, se retuerce las manos la señora, cogida por el susto y el sofoco. Tiene en la rodilla izquierda una rozadura cruzada de vetas rojas.

—¿Necesita algo, señora?

La señora ni mira al caminante. Descarga todo su despecho y desolación clamando contra el marido:

—La culpa de todo la tienes tú, que me traes por estas carreteras. Me duele mucho el tobillo. A ver ahora cómo encontramos un médico. ¿Quién me saca de aquí?

—Espere usted hasta que vengan los de tráfico —dice el de la furgoneta.

—¿Y si no vienen hasta las doce de la noche, vamos a estar aquí hasta esa hora?

—Hasta que vengan.

—Mi mujer necesita un médico.

—Su señora es una quejica. No tiene nada y no van a encontrar un médico en 15 kilómetros a la redonda.

—Ya te lo decía yo que algo nos pasaría. Siempre haces lo contrario de lo que te digo. Tú tienes la culpa, que me traes por estos caminos inciviles.

En su estado de excitación la señora dice lo primero que se le ocurre, sin preocuparse de si pega o no pega.

—¿Necesitan ustedes algo? —pregunta el caminante.

—¿Eh? ¿Qué dice?

—Que si necesitan algo.

—No necesitamos nada. Vaya con Dios.

Desde la carretera se dominan las manchas pardorrojizas de los pueblecitos diseminados en el valle, que está sumergido en una sutil neblina azulada. Las montañas están bañadas por una luz que va del rosa al cárdeno.

Burgohondo no está a la vera misma del Alberche. Hay gargantas de abundante caudal que riegan sus tierras rocosas. En Burgohondo se humaniza el paisaje. Mucho antes de llegar al pueblo hay encinas, pinar, olmos y robles, viñas, huertos con frutales. Son famosos los melocotones de Burgohondo, y no sólo en la tierra de Avila. El caminante llega con la anochecida y encuentra fonda limpia y cena apetitosa.

En la fonda se aloja una maestra.

—Como están solos, les pongo la cena en la misma mesa —dice la fonda.

—Bueno.

La maestra es joven, de Madrid, y tiene hermosos ojos negros. Hablamos durante la cena. Se expresa con aplomo y no se encuentra satisfecha con su destino.

—Las vacaciones son un respiro —dice.

—Pues es el mejor pueblo del valle —le digo—. En Avila, por lo general, los pueblos son pequeños, casi aldeas.

—Sé que éste es de los mejores de la provincia. Pero no hay ambiente.

—¿No será que se encierra usted en su concha?

—A la fuerza. Fuera de ella está el vacío. No hay con quién relacionarse.

—Sus compañeros, el médico...

—Todos están casados. El que menos lleva aquí quince años. No hay chicos jóvenes con los que se pueda hacer amistad.

—Ya. ¿Su vida?

—La que le digo. Dar clases. Algunas tardes me voy con una labor a casa de alguna compañera. Después, como recurso, la televisión.

—Sí, es un problema.

—De tarde en tarde cae por aquí un viajante con el que se pueda charlar un rato. Los más de ellos sólo saben hablar de sus asuntos. Ahora hasta éstos se ponen difíciles. Como tienen coche, prefieren dormir en Avila.

—¿Lleva aquí mucho tiempo?

—Cinco años.

—¿Le gusta su profesión?

—Sí. Aunque está mal pagada, me gusta. Creo que estoy dotada para enseñar a los niños. Mi trabajo es lo único que me proporciona alegrías. Pero, además de maestra, soy mujer y joven.

—Y ahí empiezan los inconvenientes.

—Justo. La televisión no puede llenar todas las aspiraciones vitales ni las inquietudes espirituales de una mujer.

—Pida traslado.

—Eso es lo que tengo pensado. Hasta ahora no lo he hecho por no alejarme de Madrid. En el próximo concurso pediré Bilbao o Huelva y me iré. Todo antes que seguir aquí, vegetando y viendo cómo pasan los días y los años.

—Yo creo que ese problema suyo, el del aislamiento y el de la incomunicación, por unas causas o por otras, es el problema general de la mujer moderna, de la mujer intelectualizada e independiente. La independencia económica y la promoción cultural de la mujer, en el fondo, asustan a muchos hombres.

—Son mentalidades fosilizadas. Los habrá que las prefieran zoquetes y sumisas a cultas e independientes, pero yo creo que son los menos. Antiguamente las cosas eran como usted dice. Ahora, no. La mujer de hoy se da cuenta de que cuando depende económicamente del marido, cuando es “su” mujer, entonces todos los derechos los tiene el hombre. La mujer para el hombre es como una cosa, como un bien del que es propietario y del que se puede ser desposeído.

—La desposesión de ese bien es lo que se llama deshonra.

—Se llamaba. Desde hace tiempo las ideas están cambiando. Ahora se habla más de decencia y de traumas morales. Los conceptos se hacen más rigurosos. Lo que antes era decente no lo es hoy, y viceversa. Por ejemplo, la sumisión está siendo sustituida por la cooperación, por la ayuda, por el espíritu de camaradería. La honra de un hombre ya no depende de las debilidades de su mujer, de su hija o de su hermana. Uno es, moralmente hablando, lo que es por sí mismo, no por lo que hagan o dejen de hacer los otros.

—Estoy de acuerdo con usted, pero en la práctica no siempre las cosas son así.

—Sí. Todavía existen ideas ya caducas, entelequias, verdaderos cadáveres que se mantienen de pie artificialmente.

El binomio hombre-mujer, piensa el viajero, tiene una frontera en cada caso concreto. Más allá de la frontera está el error. El egoísmo y la lujuria no deben ir más allá del amor. El egoísmo y la lujuria, según pensadores y filósofos contemporáneos, han sido los cojinetes en que se ha apoyado el eje de giro de todas las actividades humanas, de todas las sociedades que en el mundo han sido. Cabe suponer que si se cambiaran esos ingredientes en los cojinetes, el eje giraría con mayor suavidad, sin los razonamientos ni sacudidas que caracterizan el convulso funcionamiento de la máquina de las relaciones hombre-mujer y sociales. El amor no es lo mismo que la compasión. A todo el mundo le gusta ser amado, pero nadie quiere ser compadecido. El amor rectamente entendido debe abolir las causas que originan la compasión. El egoísmo y la lujuria

deben ser sustituidos por el espíritu de cooperación, por la conciencia del deber en la libertad.

La naturaleza es monótona, diversa y única. En ella, cada acto no es idéntico al anterior como el elemento de una sucesión monótona no es idéntico al que le precede ni al que le sigue, aunque los tres obedezcan a una misma ley de formación. Los seres, biológicamente, están inmersos en la monotonía, lo que no obsta para que se presenten física y esencialmente distintos. La diversidad radica en la calidad interna, que puede ser la resultante de múltiples componentes de distinto orden. El binomio hombre-mujer... El trinomio hombre, más mujer, más sociedad es complicado. El viajero divaga.

Son las dos de la madrugada y hace frío. Escribiendo, al viajero se le calienta la cabeza y se le enfrian las manos. En realidad, más que frías, las tiene heladas como carámbanos.

A las once de la mañana le despiertan los berridos de un altavoz.

Una cuerda, que divide el rectángulo de la plaza en dos partes iguales, se extiende en una longitud de 50 metros. De esa cuerda penden faldas, combinaciones negras, azules en todos los tonos, amarillas, rosas, salmón; toallas multicolores de todos los tamaños. Delante de esa cuerda están los puestos sobre mesas plegables, en cajones, en hules e impermeables extendidos en el suelo, en un amontonamiento cromático de toda clase de prendas.

Por el micrófono grita el hombre atezado, atronando la plaza:

—Regalos, gangas, mandangas. ¿Tenéis dinero? A gastarlo. Si no tenéis, mirar. Por mirar no os cobro nada. Enaguas a cuatro duros. Los pantalones a quince. Camisetas: dos, tres duros. Niquis, tres duros, más baratos que en fábrica. En Barcelona cuestan más. Si supieran en mi pueblo que he venido aquí para vender más barato, me mataban. Regalos, mandangas.

Una multitud variopinta se inclina sobre la larga fila de cajones. Manosea, vacila, elige, compra, abandona las prendas. Son viejas arrugadas, cuarentonas curtidas, jovencitas en flor, gordas con altos peinados, flacas renegridas. Mamás con niños de la mano, en brazos, con mandiles y sin ellos, con los pelos largos y cortos.

Los vendedores son dos hombres, dos mujeres y dos niños. Las mujeres tienen buena planta. Una de ellas, gruesa, de treinta años, viste falda negra y jer-

sey azul. Lleva un delantal de grandes bolsillos con el peto arrollado en la cintura. Garbosa, por encima de los cajones, se desplaza la mancha encarnada del delantal.

En el cardizal del talud, en un extremo de la calle, blanquean los trapos de la colada. Se rompe el sol en las esquinas y proyecta sus espacios de líneas y de sombras en la arena de la plaza. Grita el moreno del micrófono:

—Bragas a duro, para que no os piquen los mosquitos en el culo. A duro. Una ganga. Verdaderos regalos. A duro. Para todos los culos. Combinaciones. ¡Qué combinaciones a seis duros! ¿Cuatro? ¡Nada! A eso me cuestan a mi y tengo que venderlas a seis. Gangas, mandangas, regalos.

La otra mujer, más joven, con pelo castaño rojizo y falda escocesa, también tiene un delantal azul con grandes bolsillos. En uno guarda los billetes y en el otro las monedas. Una cicatriz le corta la mejilla izquierda. El aire hace ondear como banderas las prendas multicolores que cuelgan de la cuerda. Un guardia municipal, con su sobada gorra de plato, con raído uniforme de pana y una carpeta en la mano, pasa y vuelve a pasar ante la larga fila de puestos. Las mujeres, inclinadas sobre los revoltijos de prendas, enseñan las corvas. A una gitana sucia, joven, sin medias y con barro hasta las rodillas, que lleva un churumbel en brazos, le cuelga un pecho exangüe. Una cliente gorda, distraídamente, se rasca el trasero. La vendedora de la cicatriz en la mejilla, quizá sin darse cuenta, la imita.

—¿Tenéis lombrices? —grita un chusco.

—Que se va Dominguito el cariñoso. ¡Qué barato! ¡Qué barato! Combinaciones a seis duros. Bragas a duro. Seis meses en Alemania. Niquis a seis duros, pantalones a quince.

Dominguito el cariñoso es rubio y viste pantalón vaquero, camisa azul y chaqueta a cuadros.

—Quince duros el pantalón. La toalla, treinta pesetas.

Deja el micrófono en manos de una niña de tres años. En un balbuceo desgarrado, grita la niña las mismas palabras que oye desde que nació:

—Bragas a duro. Dos camisetas, tres duros. Calcetines a duro.

Descansan las motocicletas y los automóviles junto a las aceras. Una joven morena, apoyada en el quicio de la puerta de la droguería, con los brazos cru-

zados, otea la plaza bulliciosa. Luego juega a mirarse, a hurgarse en el esmalte de las uñas, como si encontrase en ello un extraño, un misterioso e intelectual placer. Prohíbe el guardia municipal el uso del micrófono a Dominguito el cariñoso. En la obra de la esquina suena el estrépito de los martillos de los albañiles. Centellean los cascós entre la estructura de hierros pintados de rojo. Exhalan los ladrillos un entrecortado gemir rosáceo. La joven de azul se lleva una mano a la cadera, otra a los labios, contorsiona la figura y se mira las corvas.

Una aire centroeuropeo irrumpe en la plaza. Largas melenas rubias, piel clara y sonrosada, ojos azules. Piernas largas y firmes, seno breve. La acompañan el marido y la suegra. El es moreno, de larga y desmelenada greña negra, con jersey azul a ramos. Llevan bajo el brazo esponjas en bolsas de plástico y dos toritos negros con vistosas banderillas verdes y rojas.

Envaradas, pasan de largo las mujeres ricas, las que compran en la capital o en Madrid.

Por el cielo cabalgan muy altas algodonosas nubes y dejan claros de un azul intenso, transparente. Las prendas blancas, rosas, azules, naranjas, centellean al sol. Dispersas, escaqueadas como una guerrilla, trepan las vides por la falda de una colina pedregosa, coronada de chaparros y de matorral.

Afloja la venta.

—Claro que le va, señora —dice la del mandil encarnado—. Mire usted el cuello.

—¿Cuánto vale?

—Quince duros.

—La de la cicatriz en la mejilla coloca fajas negras de señora.

—Para el frío son estupendas. Se pegan al cuerpo y está una que es una gloria.

A una rubia alta, con falda corta y muslos robustos que acompaña a su hija.

—Para el verano es estupenda. Ajusta bien y es transpirable.

La vendedora se da palmadas en el vientre.

—Una toalla por ese precio no la compra en ninguna parte.

La plaza ha quedado tranquila. En un extremo, a pleno sol, una muchacha juega con un enorme bull-dog. La muchacha tiene, deshecha, una caja de cartón en las manos, que el perro le va arrebatando poco a poco, con largos, prudentes y sabios mordiscos. La muchacha corre, gira. El perro la persigue, da vueltas, tenaz, a su alrededor. En un balcón corrido se columpia una chiquilla. El guardia municipal, con su traje de pana, con su correa negra, da la vuelta a la plaza atisbando su serenidad luminosa.

El caminante se acerca a Dominguito el cariñoso.

—¿Caballero?

—No voy a comprar. ¿Adónde van ustedes desde aquí?

—A San Juan del Molinillo.

—¿Me pueden llevar?

—Sí. Ya le haremos sitio entre fardos y cajones.

—¿Me dará tiempo a comer?

—Comemos en ruta.

—Compraré unos bocadillos.

—No se tarde. Recogemos enseguida.

En un lugar del camino entre Burgohondo y Navarredondilla, el viajero comparte sus bocadillos de queso y embutido con las tortillas de patatas y los filetes de los ambulantes.

San Juan del Molinillo es la cabeza de municipio de dos anejos: Villarejo y Navandrinal. Para ir a las aldeas hay que tomar caminos que se bifurcan en el ángulo de la iglesia. Villarejo está a 1 kilómetro; Navandrinal, a 4.

San Juan del Molinillo está en la carretera 500, a unos 200 metros de Navarredondilla. Son pueblos que van a menos vertiginosamente.

Villarejo y San Juan del Molinillo están a la vera de una garganta de aguas frías que tienen su hontanar en el vientre de la Paramera. El agua misma de esa garganta fecunda tierras arenosas que cultivan las mujeres y prados en los que pacen las vacas. Hay nogales, higueras, manzanos, cerezos y otros frutales sobre las bardas del camino y junto al arroyo. También abundan el negrillo, el olmo y el roble. En invierno estos pueblecitos son feos, tristes y fríos.

San Juan del Molinillo, hoy, está silencioso. Sólo se oye el piar de los gorrones, el cacareo de las gallinas y, lejano, el canto de un gallo.

El caminante encuentra posada y deja el macuto. En una esquina, a la solana, dos hombres rechonchos, quemados, hacen dos jaulas para conejos con viejas maderas. A su lado, sentado en el suelo y recostado contra la pared, un baldado los mira trabajar.

—¿Qué tiempo llevas así? —le pregunta uno de ellos.

—Va para seis años.

Sale la mujer, atezada y gorda, con una silla para el marido baldado y le ayuda a sentarse. Alrededor del hombre, de unos treinta años, juegan una niña y un niño de dos y tres años. Son sus hijos. El baldado, por no se sabe qué misteriosa enfermedad, encuentra los medios para fecundar a su hembra.

Se acerca un chiquillo que ha conseguido quitar una torcaz mortalmente herida al alcotán.

—Es el único pobre que queda en el pueblo —dice.

Bajo el sol, en los prados dormidos, rumian las vacas.

El caminante toma la carretera de Navandrial. Son 4 kilómetros cuesta arriba, por un mal camino. Más allá de Navandrial está la cresta de los Baldíos, con el pico Zapatero, de 2.146 metros de altura. Navandrial ha tenido siempre fama de ser uno de los pueblos más pobres del valle del Alberche. Sus habitantes, consecuentes con su miseria, son humildes, retraídos. Los niños no asisten a las escuelas, los mandan a la sierra a guardar cabras entre los canchales. Sus moradas son más sórdidas, si cabe, que las de Navalosa y las de Navatalgordo. Ahora los navandrinaleños están contentos porque tienen luz eléctrica y han aprendido a salir del lugar. Salen a trabajar a Francia, a Suiza, a Alemania. Vuelven con dineros y, los que nunca tuvieron casa, no se compran un piso en Madrid ni piensan en montar negocios; gastan sus ahorros en levantar una casa en Navandrial. Los dueños del terreno, que no tuvieron que ir a trabajar a Alemania, a Francia ni a Suiza, les cobran un riñón por el solar. Evidentemente, las gentes de Navandrial son sentimentales y tienen apego a su tierra.

En Navandrial, en una casa de aspecto bastante decente para lo que es la aldea, vive la curandera, a la que por muchas personas se atribuyen curaciones

casi milagrosas. La curandera tiene clientela que le llega de lejos. De Avila, de Salamanca, de Toledo, de Madrid... Los curanderos son como una especie de forúnculo molesto en el trasero de la Medicina.

Encuentra el caminante, a su entrada en la aldea, que es mayor que la cabeza del municipio, campesinos y campesinas de escasa talla, resecos y brujidos.

—Oiga, buena mujer, ¿me podría decir dónde vive la curandera?

La mujer, con el sombrero de paja típico de las serranas de Avila, se vuelve y explica:

—¿Ve usted aquella casa con cuatro acacias delante?

—Sí.

—Pues aquélla es.

En todo el lugar hay cuatro casas nuevas. De las viejas, es la que tiene mejor traza y la única que tiene árboles en la fachada.'

El caminante se llega hasta ella y toca en la puerta que está cerrada. Sale una mujer de unos treinta y cinco años y buen aspecto. Es limpia y no tiene cara de hechicera.

—¿La curandera?

—Soy yo. ¿Qué quiere?

Al caminante no le pasa nada, no le duele nada. El caminante no quiere nada, pero tiene que decir algo.

—Una ayuda para el caminante.

—El caminante es joven y puede trabajar —contesta airada la curandera. Y le da con la puerta en las narices.

Después de dar una vuelta por la aldea, subiendo y bajando cuestas, fisco-neando por las viviendas y gentes con el socorrido procedimiento de "una ayuda para el caminante", que no le proporciona socorro ni ayuda, da el caminante en la plazuela. Hay un coche parado de lujosa traza, que tiene la matrícula de Madrid.

Un cura joven y un señor charlan animadamente junto al coche. El caminante se les acerca.

—¿Regresan ustedes?

—Sí —responde el señor.

—¿Pueden llevarme?

—¿Adónde va?

—Hasta San Juan del Molinillo.

—Sí. Espere.

El caminante saca su *Ducados* y ofrece pitillos. Se los aceptan y fumamos. El señor habla al cura, joven barbilampiño, como si el caminante no estuviera allí.

—Estoy convencido, padre, de que, en lo esencial, todo somos iguales.

—No intentará usted convencerme de que es lo mismo ser pobres que ser ricos —le objeta el cura.

—Nadie sabe quién va a ir al cielo, pero sí sabemos lo he leído—, que por encima de las diferencias de clases sociales están la caridad y la piedad que todo lo nivelan.

—Deberían nivelarlo —dice el cura—. Estoy en desacuerdo con su teoría de que usted puede ser un mal amo y su chófer un buen criado. Tiene usted más posibilidades de ser buen amo que él de ser buen criado.

—¿Por qué?

—Porque usted ha nacido amo y él criado.

—Los pinos serán siempre pinos y los cardos, cardos.

—No se trata de dos cosas distintas. La naturaleza del hombre no es distinta. Todos no somos iguales por el nacimiento, pero la naturaleza humana y divina es la misma.

—Perdón, padre. Eso es cierto. Pero todos nacemos desnudos. Luego aprendemos a hablar y a pensar. Las clases han existido siempre y deben existir. Eso es el orden, un orden establecido por la Providencia y por la naturaleza.

—Yo no estoy tan seguro como usted de que la Providencia y la naturaleza hayan establecido ese orden.

—El hecho es que hace muchos siglos que esas concepciones del mundo y de la vida fueron formuladas.

—Sí. Pero tendrá usted que aceptar que la Providencia que ha dado al hombre la libertad, puede permitir, y de hecho permite, que cambien sus ideas. El buen criado puede dudar de la justicia de que el buen o mal amo, por

el hecho de serlo, le sean superiores. Y puede estimar que esas diferencias sociales que la caridad y la piedad deberían nivelar, deben ser suprimidas.

El caminante, absorto, escucha. El cura barbilampiño, sin descomponer el gesto, expone ideas un tanto disolventes.

—Es usted muy joven y muy avanzado, Padre.

—Soy un cura de mi tiempo. Me pregunto y le pregunto a usted: ¿Por qué hemos de considerar que esas diferencias han de existir siempre?

—Porque así lo establecen las leyes y el derecho.

—¿Qué leyes y qué derecho?

—Las leyes y el derecho que la costumbre ha ido sancionando y que los hombres han ido haciendo poco a poco.

—Las leyes han sido hechas por los ricos.

—¿Y qué?

—Que no se ha consultado con los pobres ni con los criados a cerca del contenido de las leyes.

—¿Qué sabe un criado de derecho ni de leyes?

—Ahí está el *quid* de la cuestión.

—¿Qué?

—Que el amor y el criado no son iguales, como no lo son la saciedad y el hambre, la cultura y la ignorancia, la miseria y la opulencia. No me negará usted que todas esas cosas existen contrapuestas.

—Mire, Padre; la humildad consiste precisamente en aceptar con resignación la suerte que Dios nos da.

—¿Y quién le asegura a usted —salta el cura con viveza—, que Dios ha destinado a cada uno la clase de vida que lleva? ¿No será que los hombres interferimos la voluntad de Dios cuando nos deja en libertad para pensar y obrar?

—Dios da a cada uno según sus merecimientos, Padre.

—No. Nos ha puesto en este valle de lágrimas y nos ha dado el libre albedrío, nuestra tremenda libertad, para que actuemos según nuestra voluntad y según nuestro leal saber y entender. También nos ha dado el *Decálogo*. Nos equivocamos, podemos equivocarnos porque todos somos falibles. Incluso creyendo interpretar los designios de Dios, podemos ir contra esos designios.

La humildad está en no creerse nunca seguros y en reconocer el error. Dios es justo y nos ha creado libres.

—Pues nos ha hecho un flaco servicio concediéndonos la libertad.

—También es misericordioso.

—A mí me han enseñado, Padre, que es omnipotente y perfecto. Y yo le pregunto: ¿Cómo de las manos de un ser omnipotente y perfecto puede salir la criatura humana tan imperfecta y maleable?

—Porque la criatura humana ha sido creada libre.

Vistiendo abrigo de visón, sale una señora de la casa de la curandera. Es tri-gueña, de ojos melados y frisa en los cuarenta. El señor avanza afectuoso a su encuentro.

—¿Qué? —le pregunta.

—Me ha dado los nombres de tres yerbas. Las compraré en casa de un herbolario.

—¿Piensas tomar tisanas?

—No pierdo nada con probar. Al fin y al cabo las medicinas las hacen con yerbas. La curandera no tiene cara de hechicera ni de idiota.

—Menos mal, si eso te alivia.

Mientras rueda el coche hacia San Juan del Molinillo, al caminante le ha dado por cavilar. Piensa que se ha escrito mucho y se ha hablado más acerca de la hidalguía y de la dignidad de los menesterosos españoles. Se le vienen a las mentes lecturas de Quevedo, de Cervantes, Lazarillo de Tormes, Guzmán de Alfarache... Los pícaros simulaban una dignidad de la que carecían, querían ocultar sus miserias, pasar por lo que no eran. Hasta no hace muchos años, tanto en España como fuera, los menesterosos hablaban a los opulentos con el cubrecabezas en la mano. La mendicidad y la truhanería siempre se han avenido mal con la dignidad. Los tiempos han cambiado y ya nadie lleva cubrecabezas.

El caminante, que se ha levantado tarde por temor al frío de la mañana, después de desayunar chocolate con picatostes y pagar cama, cena y desayu-

no, macuto al hombro, deja atrás San Juan del Molinillo y toma el camino de Navalmoral de la Sierra. No está lejos. Una hora de camino yendo despacio. La carretera llanea conservándose a cierta distancia del vientre berroqueño de La Paramera. Algunas vegas con arbolado, encinas y robles y pastizal.

La mañana está clara. Luce el sol y las montañas están azules. Algunos trozos de vid en medio del pedregal. Navamorale de la Sierra es otra cosa. A Navalmoral de la Sierra acuden veraneantes en los meses de estío. En Navalmoral hay huertas, hay viñas, hay frutales. Por las calles, bastante abandonadas, se ven acequias por las que corre el agua.

La plaza está animada por el mujerío. En una fuente abrevan, en ese momento, una punta de vacas. Detrás de las escuelas, un vendedor ambulante de zapatos expone su mercancía sobre mesas de tijera. El caminante se acerca y observa que los zapatos expuestos son todos del mismo pie. También hay zapatillas. Mujeres renegridas, desdentadas, arrugadas como pasas, se arraciman ante el tenderete y se prueban el calzado que les conviene. Algunas lo llevan a su casa para que se lo pruebe el familiar impedido o enfermo y al cabo de un rato vuelven para realizar la compra. Entonces, el vendedor, saca de un cajón o de un saco el zapato compañero y se termina la venta. Las que prueban el zapato allí mismo y les va bien, obtienen el compañero por el mismo procedimiento.

En la plaza, cara al sol, hay varios automóviles y furgonetas. Los pueblos de la sierra, igual que los del llano, igual que las ciudades, se motorizan. Debajo de una furgoneta, con el mono grasiento, tendido boca arriba, un mecánico hurga con llaves y destornilladores en las entrañas de un motor.

La puerta de la posada, abierta en el hastial y con poyos de granito a ambos lados, está orientada al mediodía. El caminante empuja la puerta, una puerta de hierro y cristal, y entra en el vestíbulo. El piso, de losas de piedra, está limpio, aljofifado y las paredes, de un blancor incólume, enjalbegadas de cal.

El caminante, que a la vista de tanta limpieza y pulcritud respira complacido, tiene enfrente una puerta que da al comedor y a la izquierda otra, por la que se pasa a la cocina. Por esa puerta sale una mujer vieja, vestida de negro, con el inevitable pañuelo negro cubriéndole la cabeza a modo de turbante. La vie-

ja mira al viajero con ojos vivarachos, cargados de simpatía. La viejecita es flaca, arrugada y pulcra.

—Buenos días —saluda el caminante.

—Buenos días. ¿Qué quiere usted?

—¿Podrían prepararme de comer?

—¿Cómo?

La viejecita es sorda. A la viejecita el paso del tiempo le ha comido las carnes, le ha robado los dientes y le ha atrofiado los órganos del oído. Esperando la respuesta se lleva la mano izquierda a la oreja, en forma de pantalla.

El caminante repite la pregunta elevando el tono de la voz.

—¡Ah! —Sonríe. Y la sonrisa ilumina su interior de mujer humilde y buena—. Yo no soy más que la abuela.

—Ya.

—Está muy mal lo de la comida, ¿sabe usted? No se encuentra la carne.

La viejecita ha entristecido su rostro y lleva las manos a los bolsillos del delantal en busca de algo con qué ocuparlas.

Al caminante le asalta una comezón de intranquilidad. No le seduce la perspectiva de buscar dónde comer y no encontrar. El caminante estima en su justo valor la calidad e importancia de los buenos manjares, pero nunca fue exigente. Siempre supo atemperar las exigencias del estómago al volumen de la bolsa y nunca fue más allá de sus posibles, aunque no le faltaran ganas para ello.

La vieja, viéndole cariacontecido, dice:

—A ver si viene el ama, que es mi nieta, y puede darle razón.

Mohino, el caminante sale a la calle tibia de sol y endereza sus pasos hacia el "BAR PERNALES. ESPECIALIDAD EN CARNE ASADA". En el umbral de la cocina, la inevitable anciana vestida de negro, le recibe adusta:

—¿Qué desea?

En el poyo de la cocina, contra el blanco de los azulejos, se destaca la mancha rojiza veteada de amarillo de un costillar.

—¿Me puede preparar comida?

—No. No tengo carne.

Y sin más, la mujer vuelve la espalda al caminante, dando a entender que

ha dicho su última palabra. La inquietud de éste se acrecienta y se afirma en la sospecha de que comer lo que sea no va a resultar fácil.

Retorna a la posada. En la puerta está la posadera. Frisa en la treintena y tiene las mejillas sonrosadas y el mirar alegre, afectuoso. Toda su persona transpira limpieza, sana y agradable limpieza campesina.

Pequeña y robusta, sonríe al ver acercarse al caminante:

—Usted y yo nos hemos visto.

—Sí. El año pasado comí en su casa.

—Ya decía yo...

Nos saludamos.

—¿Y este año, puede usted darme de comer?

—No se encuentra carne, ni buena ni mala. Hace cinco días que no matan. Como no quiera usted huevos...

—Lo que sea. Una sopa. Y si tiene usted algo de matanza...

—Bueno, sí. Ya le prepararé algo. A las dos tendrá la comida.

—De acuerdo.

—¡Qué día tan hermoso! ¿Verdad?

—Sí que lo es. Hasta luego.

—Hasta luego.

El sol claro pone tibieza y transparencia en el aire quieto de la mañana. Junto al abrevadero, entre las otras, una vaca, con el rabo enhiesto, muge desahogadoamente.

El mecánico de la capital, tendido debajo de la furgoneta, contesta a preguntas de los civiles.

El vendedor, grave y escueto, va dejando su mercancía en manos de las arracimadas mujeres.

La pareja, capotes con lamparones, barro en las botas y sol en los tricor-nios, se aleja pausadamente camino de Navaluenga.

El dueño de la furgoneta, alto, enjuto y cenceño, trastea en las herramientas, va, viene, hace observaciones al mecánico, gira en torno al vehículo y, malhumorado, refunfuña frases deshilvanadas, entreveradas de tacos.

Por una calle embarrada, estrecha y corta, el caminante llega a una plaza rectangular con una fuente en el centro. El sol deja sentir su caricia sobre los

árboles desnudos y friolentos, sobre la plaza solitaria. Tras los cristales de las pequeñas ventanas atisban miradas curiosas. Toma el caminante la calle de la derecha que lleva hasta la iglesia. Ligeras nubes de color de humo avanzan sobre el valle, diluyéndose en la atmósfera y rayando con franjas de gasa el cielo de un azul desvaído. En lo inmediato, en el suelo en torno, hielo sucio en los charcos, en medio del arroyo, a lo largo de las bardas erizadas de zarzas, cubriendo los troncos de los árboles abatidos. Algo más lejos, en los huertos, se ven filas de coles forrajeras, con sus grandes hojas mustias verdeamarillentas. Dispersos, pegados a las bardas y orillando los arroyuelos, resaltan sus afiladas y desnudas ramas hileras y macizos de chopos, robles y negrillos. Con el bronco sonido de su trompeta, un gallo rasga el plácido silencio de la mañana y, como si se tratara de una señal, cantan otros gallos y se oye un lejano sonar de cencerros.

Atraído por su extraña torre, el caminante, envuelto en la manta luminosa y diáfana del sol, camina, sin prisas, hacia la iglesia. A su izquierda, tendidas en cuerdas, se olean las prendas de una colada reciente. Es un mundo varipinto de colores, en el que se entremezclan el negro y el marrón desteñidos, con el azul, el encarnado, el amarillo y el blanco. Pasan dos mujeres que cargan tres grandes banastas llenas de forraje. Cada una de ellas agarra la más voluminosa por un asa y porta una de las otras en la cadera.

—Buenos días —saludan.

—Buenos días.

En la carretera cercana braman los motores, resuena un claxon y se distingue una nube de polvo. Un camión y un turismo adelantan con dificultad a dos carretas cargadas con troncos de árboles y ramas de piorno. Por encima de los tejados, una chimenea lanza una fuerte columna de humo de un plomo sucio. Al final de la calle, junto al atrio de la iglesia, el gallo cantor picotea el hielo, rodeado de su caterva de gallinas.

—Buenos días —saluda una moza morena, con flequillo cayéndole sobre los ojos. La moza arrea un borriquillo cargado con aguaderas y cántaros panzudos y rojizos.

—Buenos días.

En el atrio de la iglesia charlan dos mujeres de buen ver y un viejo cojo con garrota y pata de palo. Una de las mujeres tiene aire ciudadano, viste abrigo negro y ciñe el cuello con un pañuelo de seda malva. El caminante, que ha sacado un libro del macuto, se acerca despacioso con el libro en la mano. Al pasar, la mujer de aires ciudadanos le mira un instante. Es morena, con abundoso pelo negro y anda a vueltas con los treinta. A medida que la mañana avanza se pone el cielo más azul y el aire más transparente.

El caminante, antes de sentarse en la solana para leer, da un vistazo a la iglesia y a su raro campanario, en el que no falta el inevitable nido de las cigüeñas.

La iglesia es vieja como el caserío. Observándolo todo, uno recuerda los pueblos que ha dejado atrás, tan parecidos, y no sabe cuál es más viejo. Tampoco sabe si, en éste, la iglesia es más vieja que las casas o las casas son más viejas que la iglesia. ¿Qué fue primero, la gallina o el huevo? Aquí, como en todos los pueblecitos del Alberche, las gentes son viejas. Viejas de siglos. En el atuendo y en las costumbres. En el trabajo y en el vivir. En la forma de entender la vida. En el pueblo hay automóviles, hay camiones. También se ven antenas de radio y de televisión, mas la vida yace anclada en el medievo. Las casas, como en todos los pueblecitos de la sierra, son bajas de techumbre, construidas de piedra granítica con la pátina parda de los siglos, sin argamasa en las juntas. Las ventanas son pequeñas, con postigos de viejas maderas cuarteadas, plagadas de remiendos. Todo ofrece un aspecto de misera y vieja decrepitud. En algún ventanuco recientemente aseado, hay una persiana verde, postigos encristalados y dos macetas de geranios que ponen la nota alegre, vital, en el conjunto de un pardo sucio. Pasan hombres y mujeres nada limpios, pobremente vestidos, arreando sus vacas.

En el atrio hay tres acacias sin hojas y una cruz de los caídos. Hay escritos nueve nombres en la piedra. La gente, habituada a ver aquella cruz, ya no lee los nombres. Los que los tenían ya no son, pasaron y sus huesos reposan en cualquier cementerio o a las orillas de algún río de los que surcan la Piel de Toro.

—Buenos días.

—Buenos días.

Ha saludado un hombre prematuramente envejecido, que apoya su andar renqueante en una cachava y que mira con indisimulada curiosidad al forastero. La gente de estos pueblecitos del alto Alberche es amable, hospitalaria y curiosa. Por todas partes al forastero le llueven los buenos días. Al viejo renqueante se le une otro que no lo es menos. Se paran, hablan, asaetean al caminante unas veces con descaro y otras a hurtadillas. Finalmente, desaparecen cojeando por la espalda de la iglesia.

Los gorriones pian en los tejados, en las ramas de los árboles y, de cuando en cuando, proyectan sobre la arena del suelo la sombra fugaz de su vuelo. Desde el atrio de la iglesia, arrullado por el murmullo zumbante del agua que corre por la acequia, bañado por el claro y tibio sol de marzo, se domina el terreno que baja en declive abrupto, erizado de cerros coronados de encinas, hasta el Alberche. Enfrente y al fondo, el telón de Gredos con los lomos blancos. Más abajo, el telón es azul y, desde la mitad de su falda hasta el pie, de un gris sombrío, arropado en brumas vaporosas. En las umbrías relumbran como espejos las manchas de los ventisqueros y, en las gargantas, los arroyos cristalinos con agua de nieve a los que uno, sin querer, asocia el rumor fresco y apacible que, desde hace un rato, le acaricia los oídos.

El viajero ha tomado asiento en un banco a la puerta de la iglesia y ha abierto el libro que tiene en la mano. Es el libro una obra de Pío Baroja que lleva por título *El árbol de la ciencia*. En ese libro, Pío Baroja habla de la Universidad de Madrid, de los profesores y de los estudiantes. Pío Baroja, en algunos de sus libros habla de Avila y de sus pueblos, pero no habla de los pueblecitos del Alberche. En *La dama errante* nos dice cosas de Guisando, de El Hornillo y nos da su versión —una versión de descreído, por otra parte— de la aparición milagrosa de Nuestra Señora de Chilla. También nos cuenta cómo pasó una noche con pastores y montañeses en Gredos, del jolgorio en que participó entre un grupo de rústicos y mozas serranas. Esa descripción no tiene nada que envidiar a las sabrosísimas del Arcipreste de Hita. Pero ¿y nuestro Alberche, nuestros pueblecitos serranos del alto Alberche?

En la atmósfera tibia de la solana, el aire es puro y fresco, como arrancado del cogollo mismo de las nieves. Penetrado por la diaphanidad del día, por la luz, por la quietud del aire, por el azul del cielo, por la masa compacta y dura de la tierra en torno, el caminante, que ha leído unas líneas, se abstrae y cierra los ojos.

—Buenos días.

Ahora es una mujer la que saluda. Flaca, alta, con el rostro arrugado, curtido, tiene el andar airoso y no aparenta edad. Lo mismo puede tener treinta años que cincuenta, quizá más. A su lado camina un niño de cuatro años, la piel dorada y las ropas muy pobres y sucias. De las inmundicias del camino, el niño recoge una vieja bolsa de caucho.

—Tira eso y no cojas porquerías —le riñe la madre.

La madre viste raidas ropas negras y se cubre la cabeza con un gorro pirata de seda, de un azul marino nuevo y brillante.

El caminante deja el libro en el poyo y enciende un pitillo. Los huertos, minúsculos, cercados de bardales, exhiben, tímidos, entre el esqueleto de los frutales, el verde tierno e incipiente de los sembrados en los lomos de los caballones. Los prados, de un verde compacto, vibran bajo la caricia del sol y de la brisa. Una vieja cava en un huerto en el que crecen dos filas de coles. Un caballo bayo de cola y crines ambarinas, tira de un arado. Por los caminos circulan mujeres vestidas de negro, con negros pañuelos en la cabeza y, en las manos, hatillos, cestos y cubos. Cubos de plástico, rojos, azules, amarillos... El caminante se pregunta por los hombres y por las mujeres jóvenes de este pueblo, de los pueblecitos serranos del Alberche.

Acá y allá, montones de estiércol, hacinas de pino.

Una sombra quebrada se proyecta sobre la arena y la voz cascada del viejo con la pata de palo interrumpe el cavilar del forastero.

—Tomando el sol, ¿eh?

—Sí. Como los lagartos.

—Tenemos un día hermoso.

—Ya. Quién lo diría...

Hay un silencio como si todo ya estuviese dicho. Cantan los gorrones, los jilgueros y un abejorro de alas transparentes deja oír su zumbido. El viejo,

con la contera de su pata de palo traza un círculo en la arena y encarándose con el viajero le espeta, sin más preámbulos:

—¿Qué le trae por aquí?

—El buen tiempo.

—Los días de atrás han sido peores. ¿Tiene usted familia aquí? —Y como excusándose—. Si no está mal preguntar.

A uno, que ya está avezado a estas embestidas, le divierte la incontenida curiosidad aldeana. Respondo, campechano:

—No compro ni vendo nada, amigo.

El viejo titubea un instante, desconcertado por la respuesta, pero se repone enseguida.

—¿Tiene usted aquí familia?

—Tampoco. Viajo por gusto.

—¿No será usted policía o de la Hacienda?

—No. Un ciudadano tan simple como usted.

—Pues si no compra ni vende, ni es policía, ni de la Hacienda, ¿a qué c... viene?

—A ver su pueblo. Me gusta esta tierra.

La contestación parece haber complacido al viejo. Mira al campo próximo, a la lejanía, por encima de los tejados. Por el Norte y el Oeste el cielo es de un azul intenso y limpio. La montaña, desnuda y árida, casi hostil, en su pie, arregaza al caserío. Muy lejos, en el filo de una cresta, un álamo con una encina al pie recorta su silueta delgada y gris contra la transparencia del cielo. Chirrían los ejes de dos carretas. De no ser por las tejas rojas, el caserío se confundiría con el suelo. Suspiró el viejo y dice:

—Ha venido en mala época. Ahora todo está feo. En primavera y en verano ya es otra cosa. El pueblo se anima mucho.

—¿Viene mucha gente?

—Mucha. Ahora no hay aquí más que viejos, lisiados y chiquillos.

—¿Eso?

—Ya nadie quiere a los pueblos. Todos los jóvenes capaces de trabajar se han ido fuera y nos han dejado a los críos.

—¿Al extranjero?

—A Alemania, a Madrid, a Barcelona... A todas partes. Yo tengo tres en Alemania.

—Ya le mandarán dinero.

—Pa vivir no falta. Lo malo es los que se van y no vuelven.

—¿Se quedan allí?

—Unos se quedan pa siempre. Se casan y la mujer tira de ellos. Cuando tienen hijos, ya echan raíces. Otros, los que vuelven con dineros, compran piso y buscan sus negocios en Madrid. A los pueblos ya no los quiere nadie.

—Algunos volverán.

—Pocos. Si vuelven es para unos días. Los que vuelven pa quedarse, malo.

—En Alemania dicen que se gana dinero.

—Sí que lo ganan. Pero no todo honradamente. Sobre todo las mujeres, que me lo tengo yo muy sabido. Mis hijos cuentan y no acaban. Se dan muchos casos... No todas las que van allí van a trabajar como Dios manda. También hay muchos matrimonios deshechos.

—En todas partes cuecen habas.

—Ya. Pero el dinero hay que ganarlo con honra, y no salir de aquí y hacerse pendones.

—Serán las menos.

—Es malo dejar a las mujeres sueltas. Ellas son las que arman las revoluciones. Cuando se ven libres se creen que todo el monte es orégano y así pasa lo que pasa.

—No tanto. La gente siempre exagera.

—No crea. Lo sé de muy buena tinta. Cuando el río suena...

Pasa una yunta de burros arrastrando el timón de un arado. Detrás, una mujer y un hombre ya viejos. De unos alambres, entre acacia y acacia, cuelgan sábanas y otras ropas blancas que seorean al sol.

—Buenos días —saludan la mujer y el hombre.

La respuesta les va por partida doble:

—Buenos días.

El viejo tiene el pelo enteramente blanco y los ojos negros, muy vivos. Mira el libro y su cara se ensombrece.

—Pío Baroja —dice—. Yo he compuesto muchas páginas de ese escritor.

Antes de la guerra yo era cajista de imprenta. Y me gustaba leer. Trabajaba en una imprenta de la calle de San Bernardo.

—¿Cómo vino usted aquí?

—Es mi pueblo y el de mi mujer. Teníamos algunas tierrecillas. El último morterazo que se disparó en el frente de Madrid se llevó mi pierna.

—¿Qué sintió usted?

—Como un estacazo muy fuerte. Cuando me desperté estaba en el hospital. A lo primero no pensé que era tanto.

—Ya. No le dolía mucho.

—No sé si mucho o poco. Lo que sí sé decirle es que el dolor me engañó. Era un dolor sordo y engañoso, que parecía haberse concentrado en las puntas de los dedos del pie. En los dedos del pie de la pierna que ya me faltaba. Fijese si sería el dolor solapado que, durante un rato, creí que tenía mi pierna. Cuando miré hacia abajo y no vi más que el bulto de un pie, entonces lo comprendí todo. ¿Se da cuenta de lo raro que es que le duelan a uno los dedos de un pie que ya no tiene?

—¿No le advirtieron nada?

—Nada. La enfermera me dijo después que el hueso estaba cortado y que la gangrena no esperaba.

—Ya.

—Después, ya sabe usted, uno acaba acostumbrándose a todo.

—Y viene la resignación.

—¿La resignación? No es la resignación lo mismo que la costumbre. Yo estoy acostumbrado, pero no resignado. No creo que me resigne nunca. Sí, eso es lo que me pasa. Piensa uno en lo que pudo haber sido su vida y en lo que es. El muñón me anuncia los cambios de tiempo. Pero no es eso lo peor. Esos dolores pasan pronto. El dolor malo es el otro, ése de no tener resignación, porque ése no pasa nunca. Es raro cómo duelen las cosas que uno ya no tiene.

—Sí. Creo con usted que duelen las cosas que se pierden, que uno ha tenido y que ya no podrá tener nunca. Tenía usted un oficio bonito y noble. ¿Por qué lo abandonó?

—Desapareció la imprenta con la guerra y a un hombre con una pierna de menos no lo quieren en ninguna parte.

—Ya.

—Por eso me vine. Desde entonces no he leído ni un libro ni un periódico. Siempre han sido caros.

—Son un buen refugio.

—Pero hace falta tener dinero para comprarlos. Mi refugio fue éste, la realidad y el trabajo. Sacar adelante a mis hijos. Ahora ellos están fuera y me quedan la mujer, los nietos y la tierra. Yo nunca tuve afición al campo. Sin embargo, cuando se brega con la tierra, cuando se pelea con ella, cuando te da disgustos, uno termina queriéndola como a los hijos o a la madre.

El viejo se ha quedado callado. Me levanto y le digo:

—Le invito a una copa.

—Gracias. Otro día será. Voy con la mujer, que me estará echando de menos.

Y, cojeando se perdió detrás de la iglesia.

Para ir a Navaluenga el caminante tiene dos rutas: volver a Burghondo y luego seguir la orilla del río, o tirar hasta San Juan de la Nava, para luego bajar hasta el pueblo que moja sus tapias en el Alberche. La distancia es más o menos la misma y opta por el segundo camino. Cuando llega a San Juan de la Nava la noche ha cerrado y no es hora de vagar por los caminos. Navaluenga está lejos y hasta el Barraco son 4 kilómetros. Allí, el viajero lo sabe, encontrará yantar y cama. Y como en las noches precedentes, cansado, en su habitación de la fonda, traslada a su cuaderno las impresiones de su andanzas. Las anotaciones requieren tiempo y reflexión que hay que robar al sueño. El caminante busca la objetividad a través de sus apreciaciones subjetivas. A veces se distrae y piensa en otra cosa que no es su trabajo, su objetivo, y teme por la apacibilidad de su vida tranquila, exenta de preocupaciones sentimentales. A la noche siguiente, entre pinos, aguas arriba del Alberche, llega a Navaluenga. El pueblo —melocotones, frutales y pinar— se remoja y atrae a pescadores y veraneantes.

Paseos, conversaciones y notas. También encuestas a mujeres, mozas, hombres maduros y viejos. Por las noches intenta dar forma literaria a lo que ha visto y escuchado. Dos días después, antes de la hora de la comida, aparece Silvia. Paseo, besos y amor entre los pinos. Deliberadamente rehúye Silvia los temas graves. Tiene prisa, me llama aguafiestas y después de comer se marcha, según dice, a Madrid. Le digo que al día siguiente iré a Avila.

—¿A pie?

—Probablemente.

—Es una caminata.

Al día siguiente el caminante se levanta tarde. Con la cabeza despejada revisa, hace acotaciones y ordena sus notas. Después de comer, por los malos caminos, hablando con los pastores y campesinos que topa en su caminar, inicia el viaje de retorno. Otra vez San Juan de la Nava. La noche se rompe en hendiduras blancas, amarillas, verdes, rojas: son las luces de los automóviles y de los camiones que suben y bajan por la carretera 403. En la oscuridad están la montaña de granito, la carretera que serpea. Es el triunfo de la roca, del piorno, de la jara, del lentisco, del tomillo y del cantueso, del pino, de la encina y del roble. Para el caminante, si no tiene suerte, la noche va a ser larga en el pedernal de negras aristas. A estas horas sólo le queda su cansancio físico, el sintiendo del cansado bregar, del hurgar en las vidas arremansadas en las aguas quietas, en las copas inmóviles de las existencias grises. El caminante se siente un poco ahogado bajo un cielo negro de nubes que allá arriba, muy en lo alto y muy lejos, debe estar cuajado de constelaciones nucleares. En el empalme, un coche que toma despacio la curva, le deslumbra y para.

—Vamos, sube y no te quedes ahí pasmado.

—¡Silvia! ¿Vas a Avila?

—¡Qué remedio! Vamos, sube.

Se acomoda el caminante al lado de la viajera y el auto arranca.

—Lo que menos esperaba era encontrarte esta noche. Estoy muy cansado.

—Ya ves; parece como si el destino me hubiera convertido en tu providencia; y qué providencia.

—Sí; una providencia bastante peregrina.

Cauta, desvia ella el rumbo con que se inicia la conversación.

—Bien. ¿Quieres hablarme de tu programa?

—¿De qué programa?

—Del de tus andanzas por esta sierra.

—Nada definido. Una especie de estudio sociológico.

—Sigue.

—Indagar los modos de vida de esta gente, por qué la sierra se queda sola.

Artículos para un periódico.

—Muy interesante.

—¿Qué interés puede tener mi trabajo para ti?

—Mucho.

—No veo...

—Me están haciendo un informe técnico de toda la zona del alto Alberche en una agencia con personal especializado y competente. Sin embargo, me gusta ver las cosas, cotejar los informes con la realidad y elaborar mis propias ideas. Tu estudio, quizá un tanto apasionado por el factor humano, puede serme útil.

—Sigo sin entender.

—Negocios. Quiero comprar terrenos, pueblos enteros por esta zona. La gente se marcha, abandona tierras miserables, estériles, que venderán casi por nada. Es buena ocasión para comprar.

—¿Tienes mucho dinero?

—Bastante. Vendí a tiempo una gran cantidad de acciones. Tengo amigos que me aconsejaron en el momento oportuno y gané. Pero la Bolsa es peligrosa. Es necesario estar en las alturas para saber lo que va a pasar y lo que conviene hacer. Ahora sé que comprar en estas tierras será negocio. La peseta se deprecia y la tierra siempre será la tierra. Lo que ahora me cueste uno, dentro de algunos años valdrá diez. Esto será el pulmón de Madrid. Plantaré árboles de crecimiento rápido, de las especies que me aconsejen como más convenientes. Vendrán las urbanizadoras y...

—Eres un águila para los negocios.

—¿Un águila? Las águilas son el dinero.

—Y la decisión para invertir.

—Aquí no hay riesgo. La tierra siempre estará ahí. Los hombres van y vie-

nen, pasan, pero ella se queda. Mis agentes convencerán a los aldeanos de que vender es negocio. Además, ellos saben que vendiendo, aunque sea barato, no perderán. Si no venden sólo tendrán gastos, contribuciones e impuestos. La tierra no sólo no les producirá nada, sino que será para ellos una carga, un engorro que gravará sus medios de vida en la ciudad. Vendiendo baratas tierras que en sus manos nada valen, ganarán dinero.

—Eres de cuidado.

—Como todo el mundo. Me venderás tu informe en vez de darlo a los periódicos.

—Te lo daré.

—No; regalos no quiero.

—Para mí no se trata de un regalo.

—No mezcles los negocios con los asuntos del corazón, si es que, de verdad, has puesto algo de corazón en esta aventura.

—¿Puedes dudarlo?

—¿Por qué no?

—¿Entonces tú te has entregado a mí sin quererme?

—Me gustaste y me sigues gustando.

—¿Sólo por eso?

—Sí.

—No es bastante, Silvia.

—Quizá existan otras razones.

—¿Las puedo saber?

Silvia vacila un instante:

—Sí.

—Dílas.

—¿Crees que soy una mujer “de bandera” como decís los hombres?

—Sí.

—Y una mujer como yo, casada, ¿por qué crees que se puede entregar?

—Por amor.

—No seas optimista ni romántico. Una mujer de mi clase sólo se entrega por vicio o por un sentimiento mucho más profundo y elevado que el amor.

—¿La maternidad?

—Justamente. Ya te hablé de ello.

—¿Entonces?

—Justamente eso: un hijo. El hijo que hasta ahora no he tenido. Es peligroso a mi edad, pero creo que lo voy a tener y que merece la pena correr el riesgo. El instinto de la hembra que no engaña me ha entregado a ti una vez y otra. Pero creo que con la primera vez bastó. Estaba..., tú no sabes cómo estaba. Sí; creo que sí, que esta vez va de verdad.

—Si no te engañas, tendrás un hijo mío.

—Sí.

—¿Qué haremos en ese caso?

—Nada. No nos volveremos a ver. Y si la casualidad hiciese que nos encontráramos, no nos reconoceríamos. No nos hemos visto nunca.

—No es posible.

—Lo es. Tu hijo será mi hijo y... el de mi marido. No será un hijo adulterino. Como sus padres, tendrá una fortuna inmensa. Me preocuparé por él, hará que otros trabajen para él.

—¿Y si no viniera?

—Será igual. Entre nosotros todo habrá terminado. Pero sé que vendrá, estoy segura. Esta serenidad, esta calma, me lo dicen.

—Eres cruel, despiadada, no tienes sentimientos.

—Tengo los míos, los de mi casta. ¿Crees que sin la crueldad de mis antepasados tendría estas manos que tanto te gustan y que tan bien te han acariciado? Soy práctica.

El viajero, enamorado como un adolescente de hace siglo y medio, como un idiota, permanece inmóvil, quieto, callado, atravesado por mil espadas.

—Entonces no nos veremos.

—No.

—¿Y el informe?

—Me lo enviarás cuando lo hayas concluido y recibirás un cheque nominativo de cincuenta mil pesetas.

—No soy rico, pero puedo pasarme sin ese dinero.

—Tonterías. No quiero quedar en deuda con nadie y menos contigo. Creo que te voy a quedar agradecida y que, aun sin verte, te voy a estimar un poco.

Sólo un poco. Al fin y al cabo no me has dado nada gratuitamente. Ha sido un cambio, una compensación. "Na te pido, na me debes", como dice la copla, y estamos en paz. ¿O no es así? Tengo una memoria fatal. Pero no solamente tienes cara de buena persona; creo que lo eres. Y lo siento, porque tengo la íntima convicción de que te quedas fastidiado. Pero no te apures; todo pasa. Dentro de unos años seguramente pensarás: "la muy zorra, qué buenos ratos me hizo pasar; era una mujer de bandera en todos los terrenos".

Hablaba cinica, descarnadamente, con aquel tono irónico, lleno de gracia, que azucaraba el amargor que destilaban sus palabras. Y al viajero, alelado, con la mente vacía, no se le ocurría nada.

En veinte minutos subimos el puerto y cruzamos la Paramera. Avila es un ascua de luz en la noche. Llegamos al puente sobre el Adaja y Silvia detiene el coche.

—Aquí te dejo —dice—. Y tiende al caminante la mano enguantada y la boca para el beso de despedida.

—¿Me permites que te invite a cenar?

—No.

El agua, bajo los puentes, tiene un clamor antiguo de sierras carpetovetónicas. El caminante ha cerrado su ciclo. La ciudad, con su muralla de piedras rojas, con las masas románicas y góticas de sus templos, con sus piedras de guerra, es como un remanso de aguas dormidas, apaciblemente recostado en el fondo del pasado.

